



*Lazarillo de Tormes*

Edición de FLORENCIO SEVILLA ARCO

**Lectulandia**

El *Lazarillo de Tormes* inauguró el género de la novela picaresca. Relata las desventuras que un joven de origen humilde sufre al servicio de sus amos, entre los que se cuentan un ciego, un clérigo y un hidalgo pobre. Los avatares por los que pasa Lázaro son un magnífico pretexto para plasmar una ácida crítica a la sociedad de la época. Asimismo, el tratamiento de la anécdota, el lenguaje sobrio y eficaz, y una nueva concepción en el uso de los personajes propiciaron una renovación en la literatura del momento.

Esta edición incluye una introducción que contextualiza la obra, un aparato de notas, una cronología y una bibliografía esencial, así como también varias propuestas de discusión y debate en torno a la lectura. Está al cuidado de Florencio Sevilla, catedrático de literatura española de la Universidad Autónoma de Madrid.

Lectulandia

Anónimo

# Lazarillo de Tormes

Penguin Clásicos

ePub r1.0

Titivillus 10.03.16

Título original: *Lazarillo de Tormes*

Anónimo, 1554

Edición: Florencio Sevilla Arroyo

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

# INTRODUCCIÓN

## 1. PERFILES DE LA ÉPOCA

El *Lazarillo de Tormes* ve la luz en pleno siglo XVI, a mediados de la centuria, en una época singularmente extraordinaria, complicada y rica desde todos los puntos de vista: históricamente coincide con los últimos años del reinado de Carlos V, que no representan sino el comienzo de la decadencia de la «España Imperial», gestada desde los años de los Reyes Católicos; culturalmente está presidida por el Renacimiento y, en consecuencia, recoge los frutos producidos por las dos grandes corrientes ideológicas de la primera mitad del siglo: el humanismo y el erasmismo; literariamente, en fin, contempla la eclosión garcilasista y el desarrollo de las viejas corrientes medievales, a la vez que gestiona una espectacular renovación genérica de las fórmulas narrativas o novelescas: picaresca, pastoril, morisca, etc. Pocas veces confluyen tantos, tan diversos y tan complejos condicionantes culturales en un mismo momento histórico, y muchas menos se agolpan para cambiar radicalmente de orientación al unísono, como ocurrirá desde el comienzo mismo del reinado de Felipe II, cuando la España imperialista se convierta en la España contrarreformista.

Y, sin embargo, la novelita —decimos— sale al público, en 1554, con vocación de compromiso recio para con lo histórico, para con lo ideológico y, por supuesto, para con lo literario. Aunque, a primera vista, se nos presenta, según consta en su título completo, como la biografía de un desgraciado sin mayor alcance ni trascendencia (*La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*), realmente está pergeñada a modo de crónica irónica, casi sarcástica, atenta a reflejar y a cuestionar cada detalle del entramado que la vio nacer. Por eso, en sus breves páginas, se reserva espacio para todos y cada uno de los perfiles diferenciables a mediados de siglo: se narra a la vez que el victorioso Emperador celebra Cortes en Toledo, se arremete sin tapujos contra la clerecía, se enuncia desde la voz en primera persona de un pregonero, se plasma en una fórmula narrativa tan original que desembocaría en un nuevo género, etc. Sin duda alguna, su anónimo creador fue bien consciente de las coordenadas histórico-culturales en las que le tocó vivir y no vaciló en incorporarlas, con intención aviesa, a su relato. No resultará difícil rastrearlas desde el propio texto.

Comenzando por lo histórico, salta a la vista que la narración está ideada desde un

enfoque marcadamente histórico, pues aunque son muy pocos los datos de esta naturaleza que contiene, se nos ofrece enmarcada por la expedición a los Gelves («era hijo de un buen hombre, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves», 1), aludida en la niñez del protagonista, y por las mencionadas Cortes de Carlos V, evocadas al final de su peripecia: «Esto fue el mismo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes, y se hicieron grandes regocijos y fiestas» (VII). Puesto que las Cortes en cuestión bien podrían ser las de 1538-1539, un tanto problemáticas y aun luctuosas, y la de los Gelves la expedición de Hugo de Moncada en 1520, sin ninguna resonancia, ello significa que el pregonero quiere asociar sus miserias, sus tragicómicas «fortunas y adversidades», a las de la España de la primera mitad del siglo XVI, identificando incluso la irrisoria «cumbre de toda buena fortuna», con la que cierra sus memorias, con el declinar del imperialismo hispano.

De resultas, el supuesto esplendor y la modernidad de la nueva organización política, la grandeza imperialista del nuevo estado monárquico y autoritario, que en España se había logrado tras el reinado de los Reyes Católicos y el descubrimiento del Nuevo Mundo, se viene abajo estrepitosamente de un plumazo. «Nuestro victorioso Emperador» parece no poder regir ya su vasto imperio y sólo quedan recuerdos de éxitos de antaño, como el apresamiento de Francisco I, rey de Francia en la batalla de Pavía (1525: «en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados de el rey de Francia», 1), y acaso, ecos de las campañas religiosas contra los herejes con el consiguiente resquebrajamiento económico. Por eso, lo que sí salta a primer plano en esta peculiar crónica es la intrahistoria, tan calamitosa, en la que se cimenta el oropel del Imperio. Se trata de un mundo poblado por miserables y regido sin ningún escrúpulo, con mezquindad y vileza, por los que tienen, que suelen ser gente de iglesia (clérigo de Maqueda, buldero, Arcipreste de San Salvador); de una sociedad sumida en la miseria y condenada a sobrevivir de la mendicidad (Lázaro, ciego), a la vez que atenazada por prejuicios religiosos (bulas) y monomanías casticistas (honra); de unos seres casi proscritos desde la cuna por su origen vil: negros, caldereros, prostitutas, porquerones, etc. Ésa es precisamente la auténtica dimensión histórica del *Lazarillo*, cuando no de la España de la primera mitad del mil quinientos.

Culturalmente hablando, no es menos evidente que la obrita, como creación nítidamente renacentista que es, pone el dedo en la llaga de las corrientes de pensamiento fundamentales que se difunden en su tiempo: humanismo y erasmismo. Y no lo hace para contribuir ingenuamente a su difusión, sino, muy al contrario, para replantearlas irónicamente con intenciones corrosivas donde las haya. Así, la rememoración pseudoautobiográfica que ofrece se enuncia desde un «yo» altisonante inicial («Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido», prólogo) que parece erigirse en medida del universo, como si se apostase de salida

por el ideal antropocéntrico impuesto por el humanismo frente a los enfoques teocéntricos heredados del mundo medieval. Y, de hecho, la primera persona, el microcosmos lazarillesco, presidirá rotundamente cada palabra de la obra, hasta el punto de que ésta no rebasa en ningún momento su testimonio personal. Pero, pronto nos damos cuenta de que se trata de un «yo» irónico, malicioso y aun corrosivo: es el punto de vista de un pregonero cornudo y desvergonzado, capaz no sólo de vivir de su abyección, sino también de airear descocadamente su propio envilecimiento. No es que se apueste por el hombre como centro y medida de todas las cosas, al dictado de los tiempos, sino más bien que se cede la palabra a un malnacido para que despotriquee contra lo humano y lo divino, sin dejar títere con cabeza («yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo; y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él», VII), aunque ruede la suya en primer lugar.

En la misma línea, la serie de amos a los que sirve el narrador está básicamente integrada por religiosos (clérigo, buldero, arcipreste, etc.), los cuales son siempre tratados con un anticlericalismo radical y feroz de claro ascendente erasmista. El autor no se conforma tampoco ahora con inscribirse en las corrientes espiritualistas de orientación reformista, ortodoxa o heterodoxa, tendentes a erradicar la escandalosa corrupción de la Iglesia que imperaba en la época. Aquí se trata de responsabilizar al clero en general, sin paliativos, de la inmoralidad reinante en la sociedad, ya sea no ejerciendo la caridad, ya sea atendiendo antes a lo ceremonioso que a la verdadera fe, ya sea envileciendo a los desgraciados para ocultar sus más torpes vicios, etc. No es tanto un erasmismo teórico, en la línea de los Valdés, como un anticlericalismo devastador, ejercido desde la más sutil de las ironías, pero rayano con frecuencia en lo caricaturesco, como ocurre, por ejemplo, con el clérigo de Maqueda que bien parece otro dómine Cabra quevedesco: «Desta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, ¡mi fe!, la culebra, o el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; [...] andaba de noche, como digo, hecho trasgo» (II).

En fin, si histórica y culturalmente el *Lazarillo* descuella por su envergadura y alcance, desde un punto de vista literario sobresale a ojos vistas en el conjunto de la literatura renacentista, sea cual sea el enfoque desde el que lo miremos. Cuando los tiempos apostaban por las grandes series caballerescas, sentimentales, pastoriles, moriscas o bizantinas, por no recordar los entornos mitológicos de las corrientes poéticas garcilasistas, siempre de marcada impronta idealista, la novelita de marras vuelve la vista a la más pura y cruda realidad para erigirse como islote «realista» en un universo de fantasmagorías. De resultas, los caballeros míticos, los amantes arquetípicos, los pastores eclógicos, los escenarios arcádicos y, en suma, el mundo idílico propio de la «edad dorada» queda suplantado, por primera vez en literatura, por una realidad de cal y canto donde sólo caben verdades como puños: miserables desharrapados, pordioseros, hipócritas, sinvergüenzas, callejuelas inmundas, casas

lúgubres... Y todo ello suministrado en una factura compositiva rabiosamente novedosa: la «epístola jocosa», adobada con materiales mitad folclóricos y mitad realistas, pero tan bien diseñada narrativamente que desencadenaría nada menos que un nuevo género, la novela picaresca.

## 2. CRONOLOGÍA

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1506			El cardenal Cisneros funda la Universidad de Alcalá de Henares.
1508			Publicación del <i>Amadís de Gaula</i> , Zaragoza.
1510	Nace Sebastián de Horozco (1510?-1580?), uno de los candidatos más sólidos a la autoría del <i>Lazarillo</i> .	Expedición de García de Toledo a los Gelves, posiblemente aludida en el <i>Lazarillo</i> (I) con motivo de la muerte del padre.	Garcí Rodríguez de Montalvo: <i>Sergas de Esplandián</i> .
1511			Erasmus de Rotterdam: <i>Elogio de la locura</i> . <i>Palmerín de Oliva</i> , Salamanca.
1513			Diego López de Cortegana traduce el <i>Asno de oro</i> de Apuleyo.
1514			Comienza la edición de la <i>Biblia Políglota Complutense</i> . Lucas Fernández: <i>Farsa y églogas</i> , Salamanca.
1515		Francisco I es coronado rey de Francia.	

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1516		Muere Fernando el Católico. Cisneros entra como regente.	Ludovico Ariosto: <i>Orlando furioso</i> .
1517		Carlos I en España. Lutero: Tesis de Wittenberg.	Torres Naharro: <i>Propaladia</i> , Nápoles.
1518		Las Cortes de Valladolid prohíben mendigar fuera de la propia ciudad.	
1519		Carlos I de España es nombrado Emperador: Carlos V, tratado de «victorioso» en la novelita.	
1520		Expedición de Hugo de Moncada a los Gelves, con final afortunado, que bien podría ser la aludida en el texto de la obra en vez de la mencionada de 1510. Carlos I Emperador de Alemania. Levantamiento de las Comunidades en Castilla y de las Germanías en Valencia.	
1525		Batalla de Pavía y apresamiento de Francisco I en Madrid, quizás aludido en el texto mediante los «cuidados del rey de Francia» (II). Las Cortes de Toledo prohíben mendigar sin licencia y denuncian los abusos de los bulderos.	
1526		Rebelión de los moriscos en la sierra del Espadán. Tratado de Madrid entre España y Francia.	Encuentro entre Boscán y Navagero en Granada.

ANO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1527		Saco de Roma por las tropas imperiales. Nace Felipe II en Valladolid.	El Arcediano de Alcor traduce al castellano el <i>Enchiridión</i> de Erasmo.
1528		Creación del Consejo de Indias.	Francisco Delicado: <i>La lozana andaluza</i> . Baltasar de Castiglione: <i>El cortesano</i> .
1529	Muere don Diego López Pacheco, duque de Escalona, acaso aludida en el texto como «villa del duque della» (I). Juan de Valdés, otro de los candidatos a la posible autoría del <i>Lazarillo</i> , publica el <i>Diálogo de doctrina cristiana</i> , Alcalá.	Paz de Cambray o de las Damas.	Antonio de Guevara: <i>Relej de principes</i> , Valladolid.
1530		Clemente VII corona Emperador a Carlos I en Bolonia.	
1532			Feliciano de Silva: <i>Don Florisel de Niquea</i> , Valladolid.
1535		Expedición a Argel y Túnez y toma de La Goleta.	Juan de Valdés: <i>Diálogo de la lengua</i> . León Hebreo: <i>Diálogos de amor</i> .
1535		Nueva guerra con Francisco I.	Muere Erasmo.
1538	Cortes de Toledo, seguramente las asociadas con la «cumbre de toda buena fortuna» al final del <i>Lazarillo</i> .	Tregua de Niza entre Francia y España. Excomuni3n de Enrique VIII.	
1539			Antonio de Guevara: <i>Menosprecio de corte y alabanza de aldea</i> y <i>Epístolas familiares</i> , Valladolid. Boscán traduce los

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
			<i>Cuatro libros del cortesano</i> , Toledo.
1540			Pedro Mexía: <i>Silva de varia lección</i> , Sevilla.
1543			Edición de <i>Las obras de Boscán y algunas de Garcilaso de la Vega</i> , Barcelona.
1545		Comienza el Concilio de Trento.	
1546		Guerra entre Carlos V y los protestantes (Danubio).	Pérez de Oliva: <i>Diálogo de la dignidad del hombre</i> .
1547		Batalla de Mühlberg. Enrique II, rey de Francia. Estatutos de limpieza de sangre en España.	Nacen Miguel de Cervantes y Mateo Alemán.
1548		Dieta de Augsburgo: el <i>Interim</i> .	Juan de Segura: <i>Proceso de cartas de amores</i> , Alcalá.
1552		Guerra con Francia en los Países Bajos.	Núñez de Reinoso: <i>Clareo y Florisea</i> .
1553		María Tudor reina de Inglaterra. Auto de fe en Valladolid.	Antonio de Torquemada: <i>Coloquios satíricos</i> .
1554	Se publican las cuatro primeras ediciones conservadas del <i>Lazarillo de Tormes</i> (Burgos, Alcalá, Amberes y Medina del Campo).	Felipe II casa con María Tudor de Inglaterra.	
1555	Reedición del <i>Lazarillo</i> en Amberes, acompañado de una <i>Segunda parte</i> también anónima.	Paz de Augsburgo.	Se prohíben los libros de caballerías en España.

AÑO	AUTOR-OBRA	HECHOS HISTÓRICOS	HECHOS CULTURALES
1556		Carlos V abdica en su hijo Felipe II y se retira a Yuste.	Fray Luis de Granada: <i>Guía de pecadores</i> , Lisboa.
1559		Paz de Cateau-Cambrésis. Autos de fe contra protestantes en Valladolid.	Valdés: <i>Catálogos librorum qui pñibentur</i> , Valladolid. Jorge de Montemayor: <i>Los siete libros de la Diana</i> , Valencia.
1560		Pérdida de los Gelves.	
1573	Texto expurgado por Velasco del <i>Lazarillo de Tormes</i> , Madrid.		
1574			Melchor de Santa Cruz: <i>Floresta española</i> , Toledo.
1599	<i>Lazarillo de Tormes castigado</i> , Madrid. Mateo Alemán publica su primera parte del <i>Guzmán de Alfarache</i> , a imagen y semejanza del <i>Lazarillo</i> , y desencadena el desarrollo de la «novela picaresca».		

### 3. Lazarillo de Tormes

El Lazarillo, según venimos diciendo, se alza como hito de referencia inexcusable en el centro mismo del panorama histórico-literario del siglo XVI, por más que su creador lo calificase de «nonada». Pese a su brevedad, se nos brinda cuajado de singularidades que no dejan de entrañar otros tantos problemas críticos no siempre resolubles con facilidad: desde su anonimia y peculiar diseño autobiográfico, hasta el «grosero estilo» que lo informan, pasando por los materiales que aglutina y su genial ordenación compositiva, así como por el profundo compromiso ideológico que arrostra, todos son aspectos que han sido sometidos a los análisis más concienzudos que aquí no podremos sino esbozar.

### 3.1. EDICIONES Y FECHAS

Bien sabido es que la novelita gozó de una fortuna editorial de salida poco común, pues, hasta donde sabemos, se publicó en 1554 por partida cuádruple: Burgos, Juan de Junta; Amberes, Martín Nucio; Alcalá de Henares, Salcedo y Medina del Campo, Mateo y Francisco del Canto, sin que ello represente mayor ventaja ni en lo concerniente a la fechación ni en lo relativo al establecimiento del texto: respecto a la primera, los estudiosos han barajado una amplia gama de hipótesis, empeñadas en probar la existencia de una o varias muestras —ya manuscritas o impresas— anteriores a tal fecha (de 1538, 1550 o 1553), con tal de justificar la casi simultaneidad de las cuatro ediciones mencionadas como derivación de una rica tradición textual desconocida para nosotros; en relación con la fijación del texto, baste aquí con decir que, descuento hecho de las adendas apócrifas de Alcalá, las variantes ofrecidas por los cuatro ejemplares conocidos son de detalle y, afortunadamente, apenas afectan a los contenidos o al sentido de la obra, por lo que los especialistas no acaban de ponerse de acuerdo sobre cuál de los textos ha de tenerse como base: para unos el de Amberes por estar menos retocado que el resto, para otros el de Burgos por ser el más correcto y estar más próximo al original, aunque resulta un tanto ripioso, para algunos el más recientemente descubierto, el de Medina del Campo, por aunar la falta de retoques y la fidelidad al supuesto arquetipo. Lo único incontestable parece ser el éxito editorial arrollador del anónimo, que, unido a la ausencia de alusiones al personaje anteriores al 54 y la proliferación de las mismas desde ese año, parece abogar por la existencia de alguna que otra edición perdida de fechas no muy lejanas a las de las conservadas.

Tampoco podemos rebasar el terreno de las simples conjeturas si nos referimos a la fecha de redacción del libro, pues las alusiones históricas e intrahistóricas que ofrece son tan ambiguas y resbaladizas, que no podemos arrojar certeza alguna más allá de considerar el año de 1525 como término *post quem* para su composición: incuestionablemente, en consecuencia, sabemos tan sólo que la obrita se escribió en el segundo cuarto del siglo XVI: después de 1525 y antes de 1554. El hecho es —hemos de aceptar— que las escasas referencias históricas incluidas parecen responder a intenciones puramente irónicas o satíricamente contextualizadoras de las peripecias del muchacho, sin que resulte complicado relativizar su alcance: la expedición a los Gelves es evocada por el narrador de forma equívoca («una cierta armada») y es la madre de Lázaro quien la asocia, no sin ironía, a la gesta militar en cuestión, por lo que podría referirse tanto a 1510 como a 1520; el «duque de Escalona» viene aludido en aposición perifrástica, también irónica («villa del duque della»), la cual apuntará a cualquiera de ellos en pulla alusiva tanto a su conducta como a sus actividades religiosas; los «cuidados del rey de Francia», sacados a relucir cuando más hambre pasa el picaruelo, quizá no pasen de simple chiste disémico montado sobre la

habilidad proverbialmente atribuida a este monarca para sanar («curar») lamparones; por fin, las «Cortes» ya avanzamos que, traídas a colación al par de la irrisoria y vergonzante situación biográfica del protagonista, parecen mera despedida bufa de la epístola que cabe asociar con cuantas celebrase Carlos V en Toledo. Y los asideros históricos descartados, sólo queda especular con la atmósfera espiritual marcadamente anticlerical que se respira en la obra, con la escasez de pan y las ordenanzas mendicativas aludidas de pasada, con el valor elevado del terreno en Valladolid mencionado por el hidalgo o con la incontenible popularidad obtenida desde temprano por el personaje, siempre para concluir que todo apunta hacia una fecha de composición tardía: muy próxima al año de su publicación.

### **3.2. ANONIMIA Y AUTOBIOGRAFÍA**

Las cuatro ediciones conservadas del *Lazarillo* vienen sin nombre de autor, por lo que su anonimia responde a la decisión, de todo punto incontestable, de su autor: quizá porque se dejó llevar por la costumbre de la época en este tipo de obras, acaso, y mucho más probablemente, por miedo a las consecuencias que un escrito tan irreverente pudieran acarrearle, el hecho es que cedió enteramente la redacción y la paternidad de la autobiografía a la persona de su protagonista: un pregonero toledano llamado Lázaro González Pérez. Y lo hizo, según sugirió ya don Américo Castro, con magistral acierto, pues la anonimia se alza como la mejor aliada de la autobiografía: en buena lógica, nadie se habría hecho cargo de contar las calamidades de un buscavidas; en todo caso, nadie mejor que él mismo.

Ello no es óbice, como bien puede suponerse, para que los estudiosos se lanzasen, ya desde antiguo, a la caza y captura del presunto autor de tan genial creación, llegando a cosechar una caterva de sospechosos autores que parece llamada a no agotarse nunca: fray Juan de Ortega encabeza la lista desde que se lo atribuyese, allá por 1605, fray José de Sigüenza, alegando haber encontrado el borrador en su celda; le sigue don Diego Hurtado de Mendoza, nominado por varios bibliógrafos, y respaldado por numerosos críticos alegando el talante mordaz de algunos escritos del candidato; vienen detrás los hermanos Valdés, o alguien de su círculo, Juan y Alfonso: el primero por razones de afinidad estilística y espiritual, el segundo por similitudes erasmistas y de compromiso político y anticlerical; luego le toca a Sebastián de Horozco, ahora con mucha más solidez, en vista de las coincidencias temáticas, anecdóticas, satíricas y aun estilísticas rastreables entre la novelita y la

obra del pretendido autor; más recientemente, se han añadido Torres Naharro, desde planteamientos propios del anagrama, y Gonzalo Pérez, secretario de la Cancillería regentada por Alfonso de Valdés, para terminar implicando al mismo Emperador como destinatario de la carta. Y eso dejando atrás muchas otras atribuciones menos plausibles: Lope de Rueda, Pedro de Rúa, Hernán Núñez de Toledo, Alejo de Venegas, etc.

Pero, vengan las propuestas que vengan, conviene seguir apostando por un anonimato que se nos antoja meditado, coherente e inamovible. Lo único probable es que nos las hayamos —como ampliaremos más abajo— con un humanista erudito, inteligente y mordaz donde los haya, simpatizante de las corrientes erasmistas y buen conocedor del entorno geográfico toledano.

### 3.3. FÓRMULA LITERARIA Y GÉNERO

Bien consciente, entonces, de la peculiar crónica que tiene entre manos, tan descarnada y comprometida ideológicamente, lo primero que hace nuestro autor es distanciarse radicalmente de todos los módulos narrativos idealistas que saturan la España literaria del Emperador; hasta tal punto, que, en más de una ocasión, se ha pretendido explicar su concepción como un fenómeno de reacción satírico-paródica contra aquéllos. Y, en efecto, la vida del pregonero se opone radicalmente tanto a los dos géneros de procedencia medieval que perviven durante el XVI (novela sentimental y libros de caballerías), como a aquellos otros de más tardía acuñación y proliferación: novela pastoril, morisca y bizantina. Así, si lo leemos al par del *Amadís de Gaula* o de *Don Florisel de Niquea*, de la *Cárcel de amor* o del *Proceso de cartas de amores*; si lo comparamos con la *Diana*, la *Galatea* y la *Arcadia*, o bien con el *Abencerraje* y el *Ozmín y Daraja*, ya sea con el *Clareo y Florisea* o con la *Selva de aventuras*, la distancia se prefigura abismal y se comprueba insalvable: la «novedad y fecundidad» —que diría Bataillon— del *Lazarillo de Tormes* parecen inconmensurables.

Lejos de atenerse a los viejos moldes, anquilosados en antiguas fórmulas medievales e inservibles para su empresa autobiográfica que le permitirá escudarse en el anonimato, recurre a una receta experimental, en la línea renovadora que caracteriza a la década de los cincuenta, lograda gracias a la mezcla de la primera persona autobiográfica con la epístola satírico-burlesca. Más en concreto, combina el empleo de la pseudoautobiografía comprometida —según estudió Lázaro Carreter—, a

la zaga de la corriente humanística representada por el *Diálogo de las transformaciones*, el *Viaje de Turquía* o el *Crotalón*, con la tradición epistolar de la carta burlesca semipública, ateniéndose ahora —según Francisco Rico— a «la carta *iocosa de se*». Y la simbiosis de lo epistolar con lo autobiográfico resulta aquí perfecta, pues si la carta provoca la relación en primera persona («pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso», prólogo), a la vez que enmarca cabalmente su desarrollo («parescióme no tomalle por el medio [carta-contestación], sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona [carta-contestación-autobiográfica]», prólogo), sin dejar de salpicarlo de múltiples referencias al destinatario («Huelgo de contar a Vuestra Merced», I; «Vuestra Merced crea», III; «a servicio de Dios y de Vuestra Merced», VII; etc.), la rememoración autobiográfica vertebra novelísticamente, desde el punto de vista del narrador-corresponsal, los contenidos de la respuesta que vienen regidos por las vivencias pasadas del protagonista. Se trata —queremos señalar— de un híbrido, cuyos componentes se conjugan indisolublemente al servicio de los propósitos de su mezclador.

Pero si el *Lazarillo de Tormes* no pasase de ahí, se habría quedado en lozano y acabado producto renacentista más. De las epístolas y autobiografías, por junto o por separado, que lo precedieron a la cuasinovela moderna que termina siendo, hay una distancia abismal, pues la novedosa fusión entrañaba el paradigma de una nueva serie literaria: se alzaría como «antecedente», «precursor», o «fundador» nada menos que de la «novela picaresca»; contenía una fecunda poética novelesca, a cuyas normas se atenderían muchos seguidores (Alemán, Quevedo, López de Úbeda, Espinel, Alcalá Yáñez, etc.), cuyos rasgos esenciales podrían esquematizarse así:

—*Configuración dialogística* más o menos explícita: carta, confesión, conversación, etc.

—Utilización de la *primera persona autobiográfica* para referir las peripecias ficticias de un pícaro.

—Vertebración, argumental y satírica, de la autobiografía mediante el *servicio a varios amos*.

—*Subordinación* retrospectiva de toda la narración al estado de deshonor «caso» final que funciona como cierre de la misma.

—*Comienzo ab origine*, con la subsiguiente linealidad cronológica que evoluciona desde el nacimiento hasta el momento desde el que se rememora.

—*Genealogía vil*, con sus secuelas de marginación social.

—*Punto de vista único* (unilateral en su visión negativa de la realidad) y, a la vez, dual: pícaro-actor y narrador-asceta.

—*Carácter picaresco del protagonista*, causado por la confluencia del linaje vil, las malas compañías y el medio hostil.

—Alternancia de *fortunas y adversidades*.

—*Compromiso ideológico* con una serie de temas recurrentes: linaje vil, determinismo social, afán de medro, honor, etc.

Bastaría sólo con que algún narrador avisado —pongamos que Mateo Alemán— se percatase de la virtualidad satírico-novelesca del diseño, para que se desarrollase el nuevo género, quedando definitivamente configurado en las páginas del *Guzmán de Alfarache*. De que fue indiscutiblemente así tenemos un testigo de excepción: el autor del *Quijote*, según lo expresa Ginés de Pasamonte: «Es tan bueno [el supuesto libro de su vida titulado *La vida de Ginés de Pasamonte*] —respondió Ginés— que mal año para *Lazarillo de Tormes* y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren» (I-XXII).

### 3.4. HISTORIA Y FOLCLORE

En consonancia con el desprecio de los modelos idealistas y en beneficio de la credibilidad de la situación comunicativa urdida por el anónimo autor, la peripecia vital de Lázaro González Pérez es de lo más anodino y cotidiano en la España del momento, tal y como le corresponde a un mísero pregonero. Los materiales que la nutren no van a buscarse, ciertamente, a los grandes modelos literarios clásicos, franceses o italianos, sino a la realidad hispana más corriente y moliente de mediados del quinientos, a la vez que a la tradición folclórica. Una y otra se funden, otra vez, en tan armoniosa e indisoluble alianza, que resulta humanamente imposible desgajar lo histórico de lo cuentístico: gracias a la función catalizadora del «yo» pseudoautobiográfico, lo primero queda literaturizado como simple «eco» realista, lo segundo protagonizado con «aires» de vivencia real, siempre gracias al inteligente diseño del picaruelo, criatura de ficción donde las haya, personaje auténtico si los hubo.

De este modo, son numerosísimos, como bien probó Margarita Morreale, los «reflejos» de la realidad quinientista rastreables en el vivir cotidiano del mozo de muchos amos: el pregonero vil, cartujo y contento con tal de llenar su estómago; el eclesiástico amancebado, sin ningún tipo de escrúpulo o reparo religioso; el molinero ladrón; la mujercilla amancebada; el niño huérfano y vagabundo, maltratado por la justicia, sus amos y las gentes; el mendigo ciego, astuto y rezador, por añadidura ensalmador; el clérigo avaro, despojado de caridad, aficionado a lo seglar y sólo movido por su propio beneficio; el hidalgo desheredado, pero rebosante de

presunción; el maldito echacuervos, negociante religioso y estafador de la religiosidad popular, son, sin duda, algunas de las «personillas» pululantes por las calles españolas renacentistas, como bien prueban las disposiciones legales tendentes a corregir tales desmanes.

No menos palpable resulta el componente cuentístico, folclórico o tradicional, del que se nutre esa peripecia, aparentemente extraída sólo de la más rastrera realidad: el mismo protagonista está prefigurado en ámbitos paremiológicos y literarios como «lacerador», como servidor de trescientos años (Timoneda) o como cabalgador de su abuela (Delicado); las parejas amo-criado que establece Lazarillo (destrón-ciego, criado-clérigo, mozo-hidalgo, cornudo-manceba, etc.), basadas en una relación fabliellesca de burlador-burlado, cuentan con una extraordinaria difusión literaria, cuentística y aun parémica; y más al por menor todavía: una «avara talega» se menciona en una adaptación castellana del *Baldus*, el recurso de la caña para hurtar el vino figura ya en una miniatura de las *Decretales* de San Gregorio, la burla de la longaniza y el poste se recoge en el *Cancionero* (tocino-esquina) de Sebastián de Horozco, la anécdota de la casa lóbrega y oscura figura en el *Liber facetiarum*, las bellaquerías del buldero ofrecen claras semejanzas con la novela cuarta del *Novellino* de Masuccio, etc.

Huelga incidir en que ese adobo de verdades descarnadas y cuentecillos risibles cobra un aire final ciertamente guiñolesco, tan amargo y cruel como bufo y divertido, pero sí conviene resaltar la habilidad del creador para borrar los límites entre la vida y la ficción, seleccionando con todo tino y decoro las situaciones que mejor cuadran al devenir autobiográfico del pregonero toledano que le ha usurpado la palabra.

### 3.5. TÉCNICAS ORGANIZATIVAS

Una vez elegido el marco, medio epistolar y medio narrativo, y el caudal de materiales, entre históricos y cuentísticos, el desafío se le planteaba al creador en el terreno de la *dispositio*: había que organizar coherentemente semejante batiburrillo de fórmulas, temas, personas y motivos. Y es precisamente en este terreno donde el avisado autor da la talla de su talento creativo: lleva a cabo una labor admirable de distribución y acoplamiento de los materiales en cuestión, merced a la cual —como bien explicó Lázaro Carreter— supera cuantos moldes le precedieron. Esto es, los materiales ya enumerados se seleccionan, se organizan y se orientan hacia la explicación de la situación final del personaje, precisamente la que ha motivado la

carta, de modo que quedan significativamente trenzados por ella. Con ello se supera definitivamente la vieja organización en sarta y se abre el camino de lo que llamamos «novela moderna».

Así, a gran escala, el diseño epistolar impone un criterio selectivo en la secuencia cronológica lineal del pasado, exigiendo que se extraigan —según Claudio Guillén— sólo los hitos de conciencia explicativos de la situación moral presente; bastaba con limitarse a la relación de los momentos pasados determinadores de la conciencia moral del «yo» epistolar. El desarrollo autobiográfico, por su parte, permite escindir el punto de vista único en dos perspectivas, correspondientes a otras tantas temporalidades («yo» protagonista-pasado y «yo» narrador-presente), que, bien diseñadas, confluyen sin violencia alguna, para justificarse recíprocamente, al final de la narración. La simbiosis es perfecta: la tradición autobiográfica posibilita la proyección retrospectiva del «yo epistolar» en una «sarta» diacrónica de situaciones pasadas imprescindibles para explicarlo.

Y, a más corto alcance, atendemos a la urdidumbre de un complejo entramado de contrastes, gradaciones, recurrencias o anticipaciones que trenzan sólidamente unos motivos con otros. Por ejemplo:

—Se establecen ciertos paralelismos entre el comienzo y el final de la novela, entre I y VII: el padre «padesció persecución por justicia», mientras que el hijo tiene por oficio «acompañar los que padecen persecuciones por justicia»; la madre decide salir adelante amancebándose («determinó arrimarse a los buenos») y el hijo opta por casarse con una manceba: «yo determiné arrimarme a los buenos».

—Algún que otro motivo concreto, como el del vino, pervive a lo largo de toda la obra: lucha por conseguirlo y es curado con él por el ciego, para acabar luego pregonándolo; incluso, el ciego vaticina «que si un hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú», y luego el Arcipreste lo «ampara»... «porque le pregonaba sus vinos» (el propio narrador había anticipado ya que el vaticinio salió tan «verdadero como adelante Vuestra Merced oirá»).

—El hambre se manipula como eje organizativo de los tres primeros tratados, sometiéndolo a una gradación ascendente que los unifica: con el ciego logra comer moderadamente de vez en cuando (pedazos de pan, algo de vino, una longaniza...); con el clérigo el hambre lo pone al borde de la sepultura, pues apenas consigue nada (cebolla, huesos roídos, pan ratonado, cortezas de queso...); con el hidalgo piensa fenecer irremediabilmente, ya que ni estaca en pared tiene el desventurado.

Sirvan como botón de muestra de una serie interminable que evidencia la conciencia y la voluntad organizativa del autor; tan recia y firme, que no puede dejar de manifestarla, desde el propio texto, por boca de Lázaro, perfectamente consciente del empeoramiento progresivo y graduado de su desventura: «Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya

con ella en la sepultura; pues si déste desisto y doy en otro más bajo, ¿que será sino fenecer?» (II); «Contemplaba yo muchas veces mi desastre, que escapando de los amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, más a quien yo había de mantener» (III).

Incluso sin rebasar el ámbito cerrado del capítulo o tratado, admira el virtuosismo estructurador de nuestro artífice, capaz de idear fórmulas distintas, a cual más acabada y funcional, para cada uno de ellos: el primero se nutre de un largo «repertorio de burlas endiabladas» perfectamente enmarcado por la calabazada en el toro de piedra y el testarazo contra el poste; el segundo se gradúa en un repertorio de ofensivas y contraofensivas regidas por el eje central del «arcaz»; el tercero opta por la presentación ilusionista para confabular a los dos personajes contra la negra que llaman miseria, en una relación zigzagueante de hipocresía y sinceridad. Contemplemos más de cerca, a título de muestra, el tiento y medida con los que se regula el aludido repertorio de ofensivas y contraofensivas frente al arcón en el tratado II:

1. Lázaro consigue una llave del arcaz y se come un bodigo / el clérigo cuenta los panecillos y se percata de la falta.
2. Lázaro parte con disimulo de un bodigo y desmigaja otros / el clérigo lo achaca a los roedores y tapa los agujeros del arca.
3. Lázaro sigue con sus lacerias y agujerea el arca / el clérigo pone una ratonera dentro de ella.
4. Lázaro prosigue «ratonando» los bodigos / el clérigo lo achaca a una culebra y se mantiene en vela para cazarla.

### **3.6. FALLAS ESTRUCTURALES**

Claro que no todo iban a ser logros acertados y, pese a tanta riqueza constructiva o estructuradora, el *Lazarillo* se resiente gravemente, en este sentido, más allá de los tres primeros tratados. Si los núcleos I-III quedan perfectamente trabados, los capítulos IV-VI ofrecen una estrepitosa quiebra constructiva, tan sorprendente que se ha llegado a pensar si no estarán sólo esbozados. Y no será porque la crítica haya regateado esfuerzos explicativos, de una y otra naturaleza, aunque sin conseguir disimular el hiato narrativo que se produce al comienzo del IV.

En efecto, el cambio de orientación novelesca no puede ser más brusco en esta segunda terna: contiene capítulos sin desarrollar (IV y VI), no pasa hambre ni mendiga, actúa como espectador más que como protagonista, intenta medrar, etc. Incluso, podría legitimarse desde diferentes enfoques: quizá sea —como sostuvo Claudio Guillén— que a esta altura de la autobiografía no ocurre nada pertinente para el caso final y por eso se omite; acaso se deba —de acuerdo con Willis— a que no se podía saltar coherentemente del final del III al comienzo del VII y por eso se busca un relleno que distancie ambos extremos, además equilibrado por la mayor extensión del V; es posible que nos las hayamos —como quiere García de la Concha— con un diseño global atenido a la ley del tres (ciego-clérigo-escudero, fraile-buldero-pintor y aguador-porquerón-pregonero), de acuerdo con las distintas fases del vivir lazarillesco (adiestramiento deformativo, constatación madurativa y aplicación oportunista).

Todo podría ser, no cabe duda, pero lo que realmente es no puede negarse: el *Lazarillo de Tormes* es obra de estructura tan unitaria y orgánica en su conjunto como discontinua en su desarrollo narrativo. Lázaro Carreter lo explicó meridianamente: la novelita responde a un nuevo sistema narrativo combinatorio en el que coexisten conflictivamente dos tradiciones: la organización folclórica ternaria, trabada casi geométricamente con técnicas propias de la morfología cuentística, y el enfilage o sarta indeterminada de sucesos. El mérito, y no pequeño, estriba —creemos—, en la habilidad combinatoria del creador, capaz de ordenarlas y coordinarlas perfectamente hacia un fin común, logrando asignarles a cada una el papel que mejor le cuadraba: la interiorización novelesco-subjetiva a la terna folclórica y la narración histórico-objetiva al enfilage.

### 3.7. CASO, INTENCIÓN Y SIGNIFICADO

Nada de lo antedicho tendría demasiado sentido, ni supondría mayor aportación, si no se hubiese enfocado desde y de cara a la situación personal vivida por el protagonista al final de la novela: el «caso»; esto es, el *Lazarillo de Tormes* no sería el *Lazarillo*, la primera novela moderna, sin el triángulo amoroso que provoca y legitima tanto el planteamiento epistolar como el desarrollo autobiográfico; casi diríamos que funciona, simultáneamente, como manantial y desembocadura del fluir de todo el relato. Aquí radica el mayor acierto del autor y desde aquí hemos de

contemplar cuantos aspectos de la obrita analicemos, pues del caso dependen su fisonomía morfológica y su poliedrismo significativo.

Aunque en la novelita no nos enteramos hasta el final, el caso es —nunca mejor dicho— que Lázaro González Pérez, pregonero oficial, vive al arrimo del Arcipreste de San Salvador, a cambio de compartir con el buen clérigo los favores carnales de su propia mujer, lo cual provoca ciertas hablillas de las malas lenguas que le acarrearán disgustos y sinsabores con su bendita:

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer (VII).

En esta tesitura, un Vuestra Merced, señor del pregonero y amigo del Arcipreste, le escribe al marido cartujo solicitándole cuenta detallada de los hechos, también por carta: «pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso». Solicitud que, por supuesto, el criado satisface a su sabor.

Y es precisamente en esta encrucijada de preguntas y respuestas donde el astuto autor urde y fundamenta la riqueza semántica de su experimento novelesco: dependerá de qué se entienda por el «caso», de la intención desde la que se formule la pregunta, del enfoque desde el que se interprete la petición de cuentas y, sobre todo, de la orientación que se dé a la respuesta, para que la novela toda signifique una u otra cosa. Seguramente se trata sólo de un juego de espejos, conscientemente urdido por el autor, para apostar por la polisemia del librito, pero ha ocasionado una polémica interminable entre los que piensan que el caso de marras ha de identificarse con los rumores surgidos por el triángulo amoroso mencionado, y aquellos otros que lo entienden como la trayectoria vital entera del hijo del Tormes que acaba en pregonero, de modo que habría dos casos y no sabemos cuántos puntos de vista entrecruzados.

Pues ocurre —nos parece— que el planteamiento, aunque endemoniadamente retorcido, no es inextricable. Parece obvio que Vuestra Merced pregunta malévolamente y con sorna, desde su atalaya de superioridad, por lo irrisorio de la situación —del *ménage à trois*—, demasiado común en la forma de vida de la clerecía del quinientos como para convertirla en cuestión de deshonra, siempre dispuesto a regodearse con una relación «muy por extenso» del mismo. Pero lo que no alcanza el señorón es que su infame criado percibirá sagazmente por dónde van los tiros («no sé qué y sí sé qué», «Hasta el día de hoy, nunca nadie nos oyó sobre el caso», VII) y será capaz de reorientar la pregunta para asumirla como acusación infamatoria y reconducirla en la respuesta como justificación autobiográfica exculpatoria:

Y, pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso,

parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto (Prólogo).

No acertamos a ver el malentendido por ningún sitio: el de Tormes es bien consciente de que se le piden explicaciones sobre un asunto tan puntual como infamante para su persona, pero decide justificarlo «del principio», presentándolo como resultado de una serie de adversidades pasadas que lo han abocado a sus miserias presentes.

Gracias a tan hábil maniobra, lo que se propone como chanza de «los que heredaron nobles estados» termina saliéndoles al rostro, pues realmente son ellos los encausados como responsables últimos de la desviación moral sufrida por el joven bribón, forzado desde su nacimiento a sobrevivir «con maña y fuerza». Al fin y al cabo, nada puede reprochársele, en materia de honra, a alguien nacido en el Tormes, hijo de ladrón y puta, que pasa su vida entre ciegos astutos, clérigos avaros, hidalgos hipócritas, malditos echacuervos, mujeres *non sanctas* y arciprestes rijosos. Incluso, la trayectoria vital que va desde el río al oficio real no es tan deshonrosa: muchos habrían caído más bajo con esos antecedentes, aquí entendidos no como penales sino como atenuantes. De ahí el «Yo por bien tengo...» rutilante del comienzo de la respuesta autobiográfica.

Otra cosa bien distinta es que nadie en su sano juicio —ni el autor, ni Vuestra Merced, ni los lectores— se tragaría la píldora de que ese desenlace vital entrañe un ascenso calificable de «cumbre de toda buena fortuna», como hace el narrador, y que, de resultas, el planteamiento quede abierto a las interpretaciones más dispares: se trata de una bufonada tendente a ridiculizar el afán de medro de los desheredados, pretende un varapalo contra los de arriba por su responsabilidad en tales desmanes, relativiza y ridiculiza chuscamente el concepto del honor imperante en la época... Pero es que —a nuestro entender— ni siquiera el desvergonzado pregonero se lo cree y es su propio testimonio lo primero que está impregnado de esa genial ironía paródica que informa cada palabra del Lazarillo de Tormes.

### **3.8. MAÑAS ESTILÍSTICAS**

Para cerrar el círculo, añadamos que tan deslumbrante y sibilino experimento novelesco no habría sido posible sin el respaldo de un registro estilístico y lingüístico que estuviese a su altura. Obviamente, el anónimo autor no nos iba a defraudar en este terreno: bajo una frasis tan llana como natural, aparentemente atendida a la norma valdesiana del «escribo como hablo» y regida por el «grosero estilo» que el decoro pide para la bajeza social del emisor de la epístola, se esconde una «desenvoltísima lengua» (v) capaz de urdir las más zahirientes mañas estilísticas.

Dejando al margen los recursos propios del discurso hablado, como conviene a la carta, y los floreos retóricos de humanista, salta a primer plano —según explicó Rumeau— el juego conceptista, no carente de acritud, como soporte esencial de la ironía corrosiva que informa al opúsculo: los refranes aparecen sarcásticamente contrahechos: «determinó arrimarse a los buenos por ser uno dellos» (I); las citas bíblicas se echan a mala parte («Espero en Dios que esté en la Gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados», 1); los contextos se disponen para provocar sentidos inauditos: «para ayuda de otro tanto» (I) significa que los frailes y clérigos hurtan «para sus coimas y para criar a la descendencia habida con ellas»; las «cosillas» (IV), no relatadas, del buen mercedario dejan ancho espacio a la perversidad; el «no sé qué y sí sé qué» deja pocas dudas sobre la moralidad del caso...

En fin, salta a la vista que la antífrasis constituye la médula estilística del *Lazarillo*. Una antífrasis meditadamente polisémica, fruto del más radical de los perspectivismos, que conviene sobremanera a la virtualidad plurisignificativa de este genialmente divertido libro de chistes corrosivos.

## 4. OPINIONES SOBRE LA OBRA

### TEXTOS

«En conclusión, puede decirse que un análisis exhaustivo de la *varia lectio* de *Ve* [...] nos lleva incuestionablemente hacia un ejemplar no simplemente distinto con respecto al arquetipo *X*, sino incluso de más alta calidad; como se vislumbra en las numerosas lecturas auténticas certificadas por *Ve* frente a errores comunes propios de *Am*, *Al* y *Me* (= *X*). En contra, pues, de lo que se ha pensado hasta ahora, el título que le corresponde a *Ve* no es el de *descriptus*, sino más bien el de *recentior non deterior* que, en resumidas cuentas, es mucho más distinguido. En efecto, tras filtrar todas sus escorias (que abarcan desde las pequeñas intervenciones del compilador que hemos identificado en los primeros dos niveles hasta los cortes, más o menos relevantes, que hizo el censor para castigar al pobre Lazarillo), aparece una imagen realmente sensacional.

»¿Tenía acaso Velasco entre sus manos la fantomática edición de Amberes 1550 mencionada por Bonilla? Casi seguramente no lo descubriremos nunca, de no ser que otro albañil, derribando un tabique de otra casa del siglo XVI, no haga un hallazgo parecido al de Barcarrota. Mientras tanto, conformémonos con este cuadro de derivación hecho de siglas, del cual, sin embargo, se desprende que, concertando *X* con *Ve*, se abre la posibilidad de reconstituir el arquetipo de los arquetipos (*W*), es decir, un texto que, si no se identifica precisamente con el original, por lo menos se le acerca mucho».

(Aldo Ruffinatto, *Las dos caras del Lazarillo. Texto y mensaje*, Madrid, Castalia, 2000, pp. 135-36)

## GÉNERO

«En la picaresca, como en otras muchas series literarias, el término género se ha empleado en niveles y con criterios muy distintos: se ha hablado de la autobiografía, de su protagonista característico, del afán crítico, de motivos como el servicio a amos, de su relación frente al mundo real, incluso, de la abundancia de alusiones intertextuales. Es evidente que todos estos rasgos no pueden ser considerados como pertenecientes a un mismo terreno, pero al mismo tiempo hay que aceptar que todos ellos, de una forma u otra, tienen que ver con el género; y, sin embargo, la conclusión que impone la práctica crítica es que no son los más idóneos para definirlo en cuanto tal. Continuamente los desborda y deja en evidencia lo arbitrariamente sesgado de tales planteamientos». (Fernando Cabo Aseguinolaza, *El concepto de género y la*

## MATERIALES

«Luego, una vez que entramos en el relato, en el *Lazarillo*, fácil nos es ir observando —como ha estudiado la crítica hasta la minuciosidad—, que se trata de un verdadero crisol de tradiciones, asumidas con gesto sencillo por el autor anónimo, de modo que se noten apenas las “partes” que lo componen. Es decir, que cuando nos descomponen la obrita señalándonos el conjunto de fuentes, tradiciones literarias, elementos folclóricos, etc., que se han conjuntado, percibimos la capacidad artística del autor, pues en eso también estriba el arte: en dar vida a una criatura nueva a partir de nuestro mundo de experiencias. Para casi todo se ha encontrado un rosario de fuentes».

(Pablo Jauralde Pou, *La novela picaresca*, ed., Madrid, Espasa-Calpe, 2001, p. xvi)

## ESTRUCTURA

«Limitándonos a una simple descripción, parece claro que, en el *Lazarillo*, coexisten dos esquemas estructurales distintos: el marco general de la sarta de relatos según el modelo del *Asno de oro* —modelo fundamentalmente literario, libresco, y la ordenación de los episodios iniciales, fuertemente trabados entre sí, conforme a la ley del tres. Ambos esquemas entran en colisión, por su carácter heterogéneo, y el tránsito entre ellos se produce de modo abrupto: el tema del hambre se ha agotado con el escudero, las referencias internas cesan, en el cuarto tratado se nos escamotea la acción del protagonista, en el quinto se desvanece... Todo da a entender que la extinción de las posibilidades explotadas en los tratados iniciales, ha sido seguida,

correlativamente, de un franco desánimo por parte del autor. Habiendo cesado la ley del tres, el sistema de “enfilage”, que reaparece, no suscita en aquél un deseo de trascenderlo, y nada —o muy poco— hace por superar la *Einsträngigkeit*».

(Fernando Lázaro Carreter, «Construcción y sentido del *Lazarillo de Tormes*», en *Lazarillo de Tormes en la picaresca*, Barcelona, Ariel, 1972, pp. 99-100)

«No nos sorprende que el informe del narrador —biográficamente incompleto— revele al parecer bruscas soluciones de continuidad, puesto que el héroe no se subordina al fluir independiente o biográfico de su vida. El proceso de selección al que Lázaro somete su existencia nos muestra aquello que le importa manifestar: los rasgos fundamentales de su persona. Los puntos culminantes de la obra coinciden con unos hechos de conciencia: con los componentes esenciales de la memoria de Lázaro. Situados y contemplados en el plano de la conciencia, en el presente, los acontecimientos no dan lugar a huecos o interrupciones».

(Claudio Guillén, «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», en *El primer Siglo de Oro. Estudios sobre géneros y modelos*, Barcelona, Crítica, 1988, p. 57)

## SENTIDO

«La confesión, reveladora de las lacras íntimas, abarca todo el texto del *Lazarillo*, es el texto mismo. No es una confesión motivada por el espíritu contrito, por el deseo de penitencia, expiación y enmienda, sino por una cínica aquiescencia al pecado, por una consciente determinación de perpetuarlo como modo constante de vida y que, de modo literariamente genial, acaba implicando en la culpa al “confesor” —Vuestra merced y toda la sociedad— aún más que al “confeso”, según sugerimos repetidas veces. Esta perversa confesión, sutilmente subyacente, se articula, pues, en cada partícula del texto».

(Stanislav Zimic, *Apuntes sobre la estructura paródica y satírica del «Lazarillo de Tormes»*,

«Al final del libro, así pues, V. M. tiene que hacer frente a una serie de opciones: o bien condena a Lázaro, o bien acepta que él mismo ha sido denunciado por incoherente y por descuidado en el mejor de los casos, y por fraudulento en el peor. En cierto sentido, Lázaro ha atrapado limpiamente a su lector al decidir defenderse cuando sólo se le pedían explicaciones, al crearle un papel al lector, obligarlo a desempeñarlo y asegurarse de que no consigue desempeñarlo adecuadamente. Pero Lázaro también nos ha atrapado en otro sentido. Al escribir tan bien, al igual que Cervantes en el *Coloquio de los perros*, ha llevado los valores estéticos a intervenir en cuestiones de realidad y credibilidad. Tenemos que reconocer que un hombre que sabe escribir con tanta agudeza no puede ser del todo malo [...]. También podría ser, naturalmente, —y él mismo nos advierte de ello—, que Lázaro esté proyectando una imagen favorable de sí mismo. Pero de ser así, esa imagen no es sólo la que de él nos querría hacer ver; es también la que él desearía tener de sí mismo, y difícilmente podremos aproximarnos tanto al hombre de veras de otro modo».

(B. W. Ife, *Lectura y ficción en el Siglo de Oro. Las razones de la picaresca*, trad. Jordi Ainaud, Barcelona, Crítica, 1991, pp. 82-83)

## ESTILO

«El *Lazarillo*, por el decoro del personaje, debe estar escrito en estilo humilde o cómico —“grosero” dirá su protagonista—. Su lengua, al igual que la condición de sus personajes y las situaciones, tiene que mantenerse dentro de los límites permitidos por la retórica. El estilo humilde tiende a una lengua de uso habitual, en la que se permite todo tipo de palabras “bajas”, como *jarro*, *narices*, *cogote*, etc., impensables en los otros estilos, así como se exige la presencia frecuente de refranes y de frases hechas, o de barbarismos y solecismos. Son artificios que el autor utiliza sabiamente para dar ese tono coloquial, natural que recorre toda la obra y que produce en el lector la sensación de estar leyendo una epístola hablada. Huye, como Boscán, como Garcilaso, como Valdés, de la afectación, lo que no significa el abandono de la retórica, sino el rechazo de una retórica, la medieval, para aceptar de lleno las normas

de Quintiliano. Por eso su vocabulario y su sintaxis se mantienen en un término medio, ni arcaizantes ni innovadores en exceso; por eso gustan del ritmo binario; por eso huye del hipérbaton y busca el *isocolon*; por eso puede escribir un prólogo como el que abre la obra; por eso, en fin, puede salpicar su obra de sales. El *Lazarillo* es renacentista porque sigue a Quintiliano».

(Alberto Blecua, *La vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*, ed., Madrid, Castalia, 1972, pp. 43-44)

## 5. BIBLIOGRAFÍA ESENCIAL

### *Ediciones*

- BLECUA, A., Madrid, Castalia, 1972.
- CASO GONZÁLEZ, J., *BRAE*, Anejo XVII, Madrid, 1967. —RICO, F., Madrid, Cátedra, 1987.
- RUFFINATTO, A., Madrid, Castalia, 2001.
- SEVILLA ARROYO, F., Barcelona, Plaza y Janés, 1984.

### *Estudios*

- ASENSIO, M. J., «La intención religiosa del *Lazarillo de Tormes* y Juan de Valdés», *Hispanic Review*, XXVIII (1959), pp. 78-102.
- BATAILLON, M., *Novedad y fecundidad del «Lazarillo de Tormes»*, trad. de L. Cortés Vázquez, Salamanca, Anaya, 1973.
- , *Pícaros y picaresca. La pícaro Justina*, vers. cast. de F. Rodríguez Vadillo, Madrid, Taurus, 1982 (2.<sup>a</sup>).
- GARCÍA DE LA CONCHA, V., *Nueva lectura del «Lazarillo»*, Madrid, Castalia, 1981.
- GUILLÉN, C., «La disposición temporal del *Lazarillo de Tormes*», en *Hispanic Review*, XXV, 1957, pp. 264-79.
- IFE, B. W., *Las razones de la picaresca*, Barcelona, Crítica, 1992.
- LÁZARO CARRETER, F., «*Lazarillo de Tormes*» en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1978 (2.<sup>a</sup>), pp. 193-229.
- MARAVAL, J. A., *La literatura picaresca desde la historia social (siglos XVI y XVII)*, Madrid, Taurus, 1986.
- MÁRQUEZ VILLANUEVA, F., «La actitud espiritual del *Lazarillo de Tormes*», en *Espiritualidad y literatura en el siglo XVI*, Madrid, Alfaguara, 1968, pp. 69-137.
- MOLHO, M., *Introducción al pensamiento picaresco*, trad. de A. Gálvez-Cañero, Salamanca, Anaya, 1972.
- MONTE, A. DEL, *Itinerario de la novela picaresca española*, trad. de Enrique Sordo, Barcelona, Lumen, 1971.
- PRIETO, A., «La nueva forma narrativa: *Lazarillo*», en *Morfología de la novela*, Barcelona, Planeta, 1975, pp. 377-427.
- REY HAZAS, A., «Poética comprometida de la novela picaresca», *Nuevo Hispanismo*, I (1982), pp. 55-76.
- RICO, F., *La novela picaresca y el punto de vista*, Barcelona, Seix Barral, 1982 (3.<sup>a</sup>).
- , *Problemas del «Lazarillo»*, Madrid, Cátedra, 1988.

- RUFFINATTO, A., *Las dos caras del Lazarillo. Texto y mensaje*, Madrid, Castalia, 2000.
- VILANOVA, A., «Lázaro de Tormes, pregonero y biógrafo de sí mismo», en *Symposium in honorem prof. Martín de Riquer*, Barcelona, Universidad, 1986, pp. 417-61.
- ZIMIC, S., *Apuntes sobre la estructura paródica y satírica del «Lazarillo de Tormes»*, Universidad de Navarra, 2000.

## 6. LA EDICIÓN

El texto del presente *Lazarillo* se ha fijado tomando como base la recientemente descubierta (1996) edición de Medina del Campo (Mateo y Francisco del Canto, 1554), cuyas erratas y lecturas más discutibles se han contrastado —y corregido cuando procedía— con los otros tres testimonios conservados: Burgos, Amberes y Alcalá. La elección de Medina como texto preferente responde a un concienzudo análisis de las teorías de Jesús Cañas, de Félix Carrasco y de Aldo Ruffinatto, de las cuales puede concluirse —sin más espacio crítico aquí— la mayor proximidad del mismo al original perdido del autor anónimo, zanjando así la vieja polémica sobre la prioridad de Burgos y sus retoques ripiosos o la de Amberes.

Por lo demás, como es habitual en este tipo de ediciones, modernizamos la ortografía, pero sin rebasar el plano gráfico: siempre y cuando el cambio no afecte a la peculiar estructura fónica de la palabra. Por eso, se moderniza el uso de *s*, *ss*, *ç*, *z*, *x*, *j*, *u*, *v*, *b*, *h*,... a la vez que se suprimen ciertas grafías latinizantes («innocente, bulla, peccado, charidad»), pero se respetan los frecuentes cultismos en la ortografía de los grupos consonánticos («tractado, sancto, delicto, perescer»), las aglutinaciones de la preposición *de* y el pronombre («dél») o demostrativo («deste»), y cualquier otra peculiaridad fonética o morfológica («trebejando, parién, ansí, agora, coxcorrones, licuor, huelgo», etc.). Por supuesto, reducimos a la norma actual la acentuación, puntuación, separación de palabras y el uso de los signos suprasegmentales.

Es de justicia añadir que en las tareas ecdóticas hemos tenido muy en cuenta, y respetado en muchas ocasiones, las posturas de Aldo Ruffinatto, cuya última edición

crítica del *Lazarillo de Tormes* se alza como atalaya de filólogos, en tanto en cuanto ha supuesto una renovación sin parangón de los estudios sobre la novelita en todos los sentidos.

# **La vida del Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades**

## PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas, y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos, y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade, y a los que no ahondaren tanto los deleite<sup>[1]</sup>; y a este propósito dice Plinio que no hay libro, por malo que sea, que no tenga algunacosa buena<sup>[2]</sup>. Mayormente que los gustos no son todos unos, mas lo que uno no come, otro se pierde por ello; y así, vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto para<sup>[3]</sup> que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal<sup>[4]</sup>, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto; porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo<sup>[5]</sup>, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras, y si hay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio: «La honra cría las artes»<sup>[6]</sup>.

¿Quién piensa que el soldado que es primero del escala<sup>[7]</sup> tiene más aborrecido el vivir? No, por cierto: mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado<sup>[8]</sup>, y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡Oh, qué maravillosamente lo ha hecho Vuestra Reverencia!». Justó<sup>[9]</sup> muy ruinmente el señor don Fulano, y dio el sayete de armas<sup>[10]</sup> al truhán<sup>[11]</sup> porque lo loaba de haber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

Y todo va dest manera: que, confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada<sup>[12]</sup>, que en este grosero<sup>[13]</sup> estilo escribo, no me pesará que hayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas<sup>[14]</sup>, peligros y adversidades.

Suplico a Vuestra Merced<sup>[15]</sup> resciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se conformaran<sup>[16]</sup>. Y, pues Vuestra Merced escribe se le escriba y relate el caso<sup>[17]</sup> muy por extenso, parecióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia demi persona; y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna<sup>[18]</sup> fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron<sup>[19]</sup> a buen puerto.

## [TRACTADO PRIMERO]

### *Cuenta Lázaro su vida y cuyo hijo fue*<sup>[20]</sup>

Pues sepa Vuestra Merced, ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes<sup>[21]</sup>, hijo de Tomé González y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre; y fue desta manera: mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer<sup>[22]</sup> una molienda de una aceña<sup>[23]</sup> que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años; y, estando mi madre una noche en la aceña preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí; de manera que con verdad me puedo decir nacido en el río.

Pues, siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías<sup>[24]</sup> mal<sup>[25]</sup> hechas en los costales<sup>[26]</sup> de los que allí a moler venían, por lo cual fue preso, y confesó y no negó<sup>[27]</sup>, y padeció persecución por justicia<sup>[28]</sup>. Espero en Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados<sup>[29]</sup>.

En este tiempo, se hizo cierta armada<sup>[30]</sup> contra moros, entre los cuales<sup>[31]</sup> fue mi padre (que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho), con cargo de acemilero<sup>[32]</sup> de un caballero que allá fue; y con su señor, como leal criado, feneció<sup>[33]</sup> su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo<sup>[34]</sup> se viese, determinó arrimarse a los buenos<sup>[35]</sup> por ser uno dellos; y vínose<sup>[36]</sup> a vivir a la ciudad, y alquiló una casilla, y metíase a guisar de comer a ciertos estudiantes, y lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena<sup>[37]</sup>, de manera que fue frecuentando<sup>[38]</sup> las caballerizas.

Ella y un hombre moreno<sup>[39]</sup>, de aquellos que las bestias curaban<sup>[40]</sup>, vinieron en conocimiento<sup>[41]</sup>. Éste algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana; otras veces, de día llegaba a la puerta, en achaque de comprar huevos, y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él<sup>[42]</sup> y habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas, de que vi que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne, y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada<sup>[43]</sup> y conversación<sup>[44]</sup>, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba<sup>[45]</sup> y ayudaba a calentar<sup>[46]</sup>. Y acuérdome que, estando el negro<sup>[47]</sup> de mi padrastro trebejando<sup>[48]</sup> con el mozuelo, como el niño vía<sup>[49]</sup> a mi madre y a mí blancos y a él no, huía dél con miedo para mi madre, y, señalando con el dedo, decía:

—¡Madre, coco!

Respondió él riendo:

—¡Hideputa<sup>[50]</sup>!

Yo, aunque bien mochacho<sup>[51]</sup>, noté aquella palabra de mi hermanico y dije entre mí: «¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros porque no se veen a sí mismos!».

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide<sup>[52]</sup>, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo; y, hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio<sup>[53]</sup> de la cebada que para las bestias le daban hurtaba; y salvados<sup>[54]</sup>, leña, almohazas<sup>[55]</sup>, mandiles, y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas<sup>[56]</sup>, y, cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía<sup>[57]</sup> a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni de un fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto<sup>[58]</sup>.

Y probósele cuanto digo y aun más, porque a mí, con amenazas, me preguntaban, y, como niño, respondía y descubría cuanto sabía, con miedo: hasta ciertas herraduras que por mandado de mi madre a un herrero vendí. Al triste<sup>[59]</sup> de mi padrastro azotaron y pringaron<sup>[60]</sup>, y a mi madre pusieron pena por justicia, sobre el acostumbrado centenario<sup>[61]</sup>, que en casa del sobredicho comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero<sup>[62]</sup>, la triste se esforzó<sup>[63]</sup> y cumplió la sentencia. Y, por evitar peligro y quitarse de malas lenguas, se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana<sup>[64]</sup>; y allí, padeciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico hasta que supo andar, y a mí hasta ser buen mozuelo; que iba a los huéspedes por vino y candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo, vino a posar<sup>[65]</sup> al mesón un ciego, el cual, pareciéndole que yo sería para adestralle<sup>[66]</sup>, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de un buen hombre<sup>[67]</sup>, el cual, por ensalzar la fe, había muerto en la de los Gelves<sup>[68]</sup>, y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre, y que le rogaba me tratase bien y mirase por mí, pues era huérfano. Él respondió que así lo haría, y que me recibía no por mozo, sino por hijo. Y así, le comencé a servir y adestrar a mi nuevo y viejo<sup>[69]</sup> amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí; y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre, y, ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

—Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno, y Dios te guíe. Criado te he y con buen amo te he puesto; válete por ti.

Y así<sup>[70]</sup> me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y, llegando a la puente<sup>[71]</sup> está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro<sup>[72]</sup> y el ciego mandóme que llegase cerca del

animal, y, allí puesto, me dijo:

—Lázaro, llega el oído a este toro y oirás gran ruido dentro dél.

Yo, simplemente<sup>[73]</sup>, llegué, creyendo ser así; y, como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada<sup>[74]</sup> en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

—Necio, aprende, que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.

Y rió mucho la burla.

Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que, como niño, dormido estaba. Dije entre mí: «Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar<sup>[75]</sup>, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer».

Comenzamos nuestro camino, y en muy pocos días me mostró jerigonza<sup>[76]</sup>; y, como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

—Yo oro ni plata no te lo puedo dar, mas avisos<sup>[77]</sup> para vivir muchos te mostraré.

Y fue así; que, después de Dios, éste me dio la vida, y, siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a Vuestra Merced estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio.

Pues, tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, Vuestra Merced sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila: ciento y tantas oraciones sabía de coro<sup>[78]</sup>; un tono bajo, reposado y muy sonable<sup>[79]</sup>, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos ni visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer. Allende desto<sup>[80]</sup>, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parién<sup>[81]</sup>; para las que estaban de parto; para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas: si traía hijo o hija. Pues, en caso de medicina, decía que Galeno<sup>[82]</sup> no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre<sup>[83]</sup>. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión<sup>[84]</sup>, que luego<sup>[85]</sup> no le decía: «Haced esto, haréis estotro<sup>[86]</sup>, cosed<sup>[87]</sup> tal yerba, tomad tal raíz». Con esto, andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo, y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año.

Mas también quiero que sepa Vuestra Merced que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi<sup>[88]</sup>; tanto, que me mataba a mí de hambre, y así, no me demediaba<sup>[89]</sup> de lo necesario. Digo verdad: si con mi sutileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara<sup>[90]</sup> de hambre; mas, con todo su saber y aviso<sup>[91]</sup>, le contaminaba<sup>[92]</sup> de tal suerte que siempre, o las más veces, me cabía lo más y mejor. Para esto, le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo<sup>[93]</sup>.

Él traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo<sup>[94]</sup> que por la boca se

cerraba con una argolla de hierro y su candado y llave; y, al meter de las cosas y sacallas, era con tanta vigilancia y tan por contadero<sup>[95]</sup> que no bastara todo el mundo hacerle menos<sup>[96]</sup> una migaja. Mas yo tomaba aquella laceria<sup>[97]</sup> que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada. Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en<sup>[98]</sup> otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces del un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así, buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba<sup>[99]</sup>.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas<sup>[100]</sup>; y cuando le mandaban rezar y le daban blancas, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada<sup>[101]</sup>; que, por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio aniquilada en la mitad del justo precio<sup>[102]</sup>. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

—¿Qué diablo es esto, que después que conmigo estás no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí<sup>[103]</sup> hartas veces me pagaban? ¡En ti debe estar esta desdicha!

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del capuz<sup>[104]</sup>. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo: «¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí<sup>[105]</sup> un jarrillo de vino cuando comíamos; yo, muy de presto, le asía y daba un par de besos<sup>[106]</sup> callados y tornábale a su lugar. Mas turóme<sup>[107]</sup> poco, que en los tragos conocía la falta, y, por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches<sup>[108]</sup>. Mas, como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió; y, dende<sup>[109]</sup> en adelante, mudó propósito, y asentaba su jarro entre las piernas y atapábale con la mano, y así bebía seguro.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él; y, viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil, y delicadamente, con una muy delgada tortilla de cera, taparlo; y, al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos; y, al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada. Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

—No diréis, tío<sup>[110]</sup>, que os lo bebo yo —decía—, pues no le quitáis de la mano.

Tantas vueltas y tientos dio al jarro, que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido. Y luego otro día<sup>[111]</sup>, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía. Estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso licuor<sup>[112]</sup>, sintió el desesperado ciego que agora<sup>[113]</sup> tenía tiempo de tomar de mí venganza, y, con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro<sup>[114]</sup>, que de nada desto se guardaba<sup>[115]</sup>, antes, como otras veces, estaba descuidado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima. Fue tal el golpecillo, que me desatinó<sup>[116]</sup> y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes, y me quebró los dientes, sin los cuales hasta hoy día me quedé.

Desde aquella hora quise mal al mal ciego; y, aunque me quería y regalaba<sup>[117]</sup> y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y, sonriéndose, decía:

—¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud.

Y otros donaires, que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa<sup>[118]</sup> y cardenales, considerando que, a pocos golpes tales, el cruel ciego ahorraría de mí<sup>[119]</sup>, quise yo ahorrar dél; mas no lo hice tan presto, por hacello más a mi salvo y provecho. Y, aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el maltratamiento que el mal ciego desde allí adelante me hacía: que sin causa ni razón me hería, dándome coxcorrones y repelándome<sup>[120]</sup>. Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

—¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oíd si el demonio ensayara otra tal hazaña.

Santiguándose los que lo oían, decían:

—¡Mirá<sup>[121]</sup> quién pensara de un mochacho tan pequeño tal ruindad!

Y reían mucho el artificio, y decíanle:

—Castigaldo, castigaldo, que de Dios lo habréis<sup>[122]</sup>.

Y él, con aquello, nunca otra cosa hacía.

Y, en esto, yo siempre le llevaba por los peores caminos, y adrede, por le hacer mal y daño, si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que, aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo<sup>[123]</sup>, el cual siempre traía lleno de tolondrones<sup>[124]</sup> y pelado de sus manos; y, aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba

ni me creía, mas tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y, porque vea Vuestra Merced a cuánto se estendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaecieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera; arimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo». Y venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena acogida y ganancia, deteníamosnos; donde no, a tercero día hacíamos San Juan<sup>[125]</sup>.

Acaeció que, llegando a un lugar<sup>[126]</sup> que llaman Almorox<sup>[127]</sup> al tiempo que cogían las uvas, un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna. Y, como suelen ir los cestos maltratados, y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano; para echarlo en el fardel, tornábase mosto, y lo que a él se llegaba<sup>[128]</sup>. Acordó de hacer un banquete, así por no lo poder llevar como por contentarme, que aquel día me había dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar<sup>[129]</sup> y dijo:

—Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad, y es que ambos comamos este racimo de uvas y que hayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos<sup>[130]</sup> desta manera: tú picarás una vez y yo otra, con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo fasta<sup>[131]</sup> que lo acabemos, y desta suerte no habrá engaño.

Hecho así el concierto, comenzamos; mas, luego al segundo lance, el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo debería hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura<sup>[132]</sup> no me contenté ir a la par con él, mas aun pasaba adelante: dos a dos, y tres a tres, y como podía, las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano y, meneando la cabeza, dijo:

—Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has comido las uvas tres a tres.

—No comí —dije yo—; mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

—¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas<sup>[133]</sup>.

Reíme entre mí, y, aunque mocho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaecieron, y quiero decir el despidiente<sup>[134]</sup> y, con él, acabar.

Estábamos en Escalona, villa del duque della<sup>[135]</sup> en mesón, y diome un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas<sup>[136]</sup>, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por el vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo<sup>[137]</sup> delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón; y fue que había cabe<sup>[138]</sup> el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso, y tal que, por no ser para la olla<sup>[139]</sup>, debió ser echado allí. Y, como al

presente nadie estuviese, sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza (del cual solamente sabía que había de gozar), no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador; el cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido, por sus deméritos, había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza, y cuando vine, hallé al pecador del ciego que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo, al cual aún no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas y mordiese en ellas pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo; alteróse y dijo:

—¿Qué es esto, Lazarillo?

—¡Lacerado<sup>[140]</sup> de mí! —dije yo—. ¿Si queréis a mí echar<sup>[141]</sup> algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto.

—No, no —dijo él—, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible.

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel truco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le<sup>[142]</sup> escondía. Levantóse y asíome por la cabeza y llegóse a olerme; y, como debió sentir el huelgo<sup>[143]</sup>, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente<sup>[144]</sup> metía la nariz, la cual él tenía luenga y afilada, y aquella sazón, con el enojo, se había aumentado un palmo, con el pico de la cual me llegó a la gullilla<sup>[145]</sup>. Con esto, y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aún no había hecho asiento en el estómago; y lo más principal: con el destiento<sup>[146]</sup> de la cumplidísima nariz medio cuasi<sup>[147]</sup> ahogándome. Todas estas cosas se juntaron, y fueron causa que el hecho y golosina<sup>[148]</sup> se manifestase y lo suyo fuese vuelto<sup>[149]</sup> a su dueño. De manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz y la negra mal maxcada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

¡Oh gran Dios, quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme dentre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta; y esto bien lo<sup>[150]</sup> merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres, y dábales cuenta una y otra vez, así de la del jarro como de la del racimo, y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire contaba el ciego mis hazañas,

que, aunque yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reír.

Y, en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cobardía y flojedad que hice, por que me maldecía, y fue no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello, que la mitad del camino estaba andado; que, con sólo apretar los dientes, se me quedaran en casa, y, con ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y, no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y, con el vino que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta. Sobre lo cual discantaba<sup>[151]</sup> el mal ciego donaires, diciendo:

—Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo del año que yo bebo en dos. A lo menos, Lázaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida.

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y arpadado<sup>[152]</sup> la cara, y con vino luego sanaba.

—Yo te digo —dijo— que si un hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú.

Y reían mucho, los que me lavaban, con esto, aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió mentiroso, y después acá<sup>[153]</sup> muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía; y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante Vuestra Merced oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo<sup>[154]</sup> dejalle; y, como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego<sup>[155]</sup> que me hizo, afirmélo más. Y fue así, que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna, y había llovido mucho la noche antes; y, porque el día<sup>[156]</sup> también llovía y andaba rezando debajo de unos portales que en aquel pueblo había, donde no nos mojamos<sup>[157]</sup>; mas, como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

—Lázaro, esta agua es muy porfiada, y cuanto la noche más cierra más recia; acojámonos a la posada con tiempo.

Para ir allá, habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande. Yo le dije:

—Tío, el arroyo va muy ancho; mas, si queréis, yo veo por donde travesemos más aína<sup>[158]</sup> sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho, y saltando pasaremos a pie enjuto<sup>[159]</sup>.

Parecióle buen consejo, y dijo:

—Discreto eres; por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta<sup>[160]</sup>, que agora es invierno y sabe mal el agua, y más llevar los pies

mojados.

Yo, que vi el aparejo a mi deseo, saquéle de bajo de los portales y llevélo derecho de un pilar o poste de piedra que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y díjele:

—Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay.

—Como llovía recio y el triste se mojaba, y con la priesa que llevábamos de salir del agua, que encima nos caía, y, lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme dél venganza), creyóse de mí y dijo:

—Ponme bien derecho y salta tú el arroyo.

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar, y doy un salto y póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro, y díjele:

—¡Sús<sup>[161]</sup>! Saltá todo lo que podáis, porque deis deste cabo<sup>[162]</sup> del agua.

Aun apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón, y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, y cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

—¿Cómo, y olistes la longaniza y no el poste? ¡Olé<sup>[163]</sup>! ¡Olé! —le dije yo.

Y déjole en poder de mucha gente que lo había ido a socorrer, y tomo la puerta de la villa en los pies de un trote, y, antes que la noche viniese, di comigo en Torrijos<sup>[164]</sup>. No supe más lo que Dios dél hizo, ni curé de<sup>[165]</sup> lo saber.

## [TRACTADO SEGUNDO]

### *Cómo Lázaro se asentó<sup>[166]</sup> con un clérigo, y de las cosas que con él pasó*

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda<sup>[167]</sup>, adonde me toparon mis pecados con un clérigo, que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego, y una dellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me recibió por suyo<sup>[168]</sup>.

Escapé del trueno y di en el relámpago, porque era el ciego para con éste un Alejandro Magno<sup>[169]</sup>, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la laceria del mundo estaba encerrada en éste: no sé si de su cosecha era, o lo había anejado con el hábito de clerecía.

Él tenía un arcaz viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con un agujeta<sup>[170]</sup> del paletoque<sup>[171]</sup>; y, en viniendo el bodigo<sup>[172]</sup> de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras algún tocino colgado al humero<sup>[173]</sup>, algún queso puesto en alguna tabla o, en el armario, algún canastillo con algunos pedazos de pan que de la mesa sobran; que me parece a mí que, aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara. Solamente había una horca<sup>[174]</sup> de cebollas, y tras la llave, en una cámara en lo alto de la casa. Déstas tenía yo de ración una para cada cuatro días, y cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano al falsopecto<sup>[175]</sup>, y, con gran continencia, la desataba y me la daba, diciendo:

—Toma y vuélvela luego, y no hagáis sino golosinar.

Como si debajo della estuvieran todas las conservas<sup>[176]</sup> de Valencia, con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo; las cuales él tenía tan bien por cuenta, que, si por malos de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro. Finalmente, yo me finaba de hambre.

Pues, ya que conmigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario<sup>[177]</sup> para comer y cenar. Verdad es que partía conmigo del caldo, que de la carne, ¡tan blanco el ojo!,<sup>[178]</sup> sino un poco de pan, y ¡pluguiera a Dios que me demediara!

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carnero, y enviábame por una, que costaba tres maravedís. Aquélla le cocía, y comía los ojos y la lengua y el cogote y sesos y la carne que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos; y dábamelos en el plato, diciendo:

—Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo: ¡mejor vida tienes que el Papa!

«¡Tal te la dé Dios!», decía yo paso<sup>[179]</sup> entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué dalle salto<sup>[180]</sup>; y, aunque algo hubiera, no pudiera cegalle, como hacía al que Dios perdona (si de aquella calabazada feneció), que todavía, aunque astuto, con faltalle aquelpreciado sentido, no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese como él tenía. Cuando al ofertorio estábamos, ninguna blanca en la concha<sup>[181]</sup> caía que no era dél registrada: el un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el caxco<sup>[182]</sup> como si fueran de azogue<sup>[183]</sup>. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta, y, acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar. No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino, mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compasaba de tal forma, que le turaba toda la semana. Y, por ocultar su gran mezquindad, decíame:

—Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber, y por esto yo no me desmando como otros.

Mas el lacerado<sup>[184]</sup> mentía falsamente, porque en cofradías y mortuorios que rezamos<sup>[185]</sup>, a costa ajena comía como lobo y bebía más que un saludador<sup>[186]</sup>.

Y, porque dije de mortuorios, Dios me perdona, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana, sino entonces; y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la Extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración, y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase a la parte que más servido fuese, como se suele decir, mas que le llevase deste mundo. Y cuando alguno déstos escapaba, ¡Dios me lo perdona!, que mil veces le daba al diablo, y el que se moría otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería cuasiseis meses, solas veinte personas fallecieron, y éstas bien creo que las maté yo, o, por mejor decir, murieron a mi recuesta<sup>[187]</sup>; porque, viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba; que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado<sup>[188]</sup> de la hartura, tornando a mi cotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces; mas no la vía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo, mas por dos cosas lo dejaba: la primera, por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza que de pura hambre me venía; y la otra, consideraba y decía: «Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en

la sepultura; pues si déste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?». Con esto no me osaba menear, porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y, a abajar otro punto<sup>[189]</sup>, no sonara Lázaro ni se oyera en el mundo.

Pues, estando en tal aflicción, cual plega<sup>[190]</sup> al Señor librar della a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso<sup>[191]</sup> a mi puerta un calderero<sup>[192]</sup>, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar<sup>[193]</sup>. «En mí teniades bien que hacer, y no haríades poco si me remediásedes», dije paso, que no me oyó.

Mas, como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Sancto, le dije:

—Tío, una llave de este arca he perdido, y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en ésas que traéis hay alguna que le haga<sup>[194]</sup>, que yo os lo pagaré.

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que dellas traía, y yo ayudalle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato<sup>[195]</sup>, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios<sup>[196]</sup> dentro del arca; y, abierto, díjele:

—Yo no tengo dineros que os dar por la llave, mas tomad de ahí el pago.

Él tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y, dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida<sup>[197]</sup>; y, aun porque me vi de tanto bien señor, parecióme que la hambre no se me osaba llegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada<sup>[198]</sup> que el ángel<sup>[199]</sup> había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal, y tomo entre las manos y dientes un bodigo, y en dos credos<sup>[200]</sup> le hice invisible, no se me olvidando el arca abierta; y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, paresciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante<sup>[201]</sup> la triste vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso; mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego, al tercero día, me vino la terciana derecha<sup>[202]</sup>. Y fue que veo a deshora<sup>[203]</sup> al que me mataba de hambre sobre nuestro arca, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba, y en mi secreta<sup>[204]</sup> oración y devociones y plegarias decía: «¡San Juan, y ciégale!».

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

—Si no tuviera a tan buen recaudo esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes; pero de hoy más<sup>[205]</sup>, sólo por cerrar puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos: nueve quedan y un pedazo.

«¡Nuevas malas te dé Dios!», dije yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo pasarme el corazón con saeta de montero, y

comenzóme el estómago a escarbar de hambre, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue fuera de casa. Yo, por consolarme, abro el arca, y como vi el pan, comencélo de adorar, no osando recibillo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos, y, lo más delicado que yo pude, del partido partí un poco al pelo que él estaba<sup>[206]</sup>, y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

Mas, como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto, que otra cosa no hacía, en viéndome solo, sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios (que así dicen los niños). Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho<sup>[207]</sup>, trujo a mi memoria un pequeño remedio, que, considerando entre mí, dije: «Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros<sup>[208]</sup>. Puédese pensar que ratones, entrando en él, hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta<sup>[209]</sup> me hace vivir. Esto bien se sufre».

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles que allí estaban, y tomo uno y dejo otro, de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco. Después, como quien toma gragea<sup>[210]</sup>, lo comí y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca, vio el mal pesar, y sin dubda creyó ser ratones los que el daño habían hecho, porque estaba muy al propio contrahecho<sup>[211]</sup> de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro y vio ciertos agujeros, por do<sup>[212]</sup> sospechaba habían entrado. Llamóme diciendo:

—¡Lázaro, mira, mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

—¿Qué ha de ser? —dijo él—. Ratones, que no dejan cosa a vida.

Pusímonos a comer, y quiso Dios que aun en esto me fue bien; que me cupo más pan que la laceria que me solía dar, porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

—Cómete eso, que el ratón cosa limpia es.

E así, aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas, por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verle andar solícito quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

«¡Oh Señor mío», dije yo entonces, «a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos y cuán poco turan los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi laceria, y estaba ya cuanto que<sup>[213]</sup> alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros, por la mayor parte, nunca de aquélla

carecen), agora, cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos»<sup>[214]</sup>.

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero, con muchos clavos y tablillas, dio fin a sus obras, diciendo:

—Agora, donos<sup>[215]</sup> traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra<sup>[216]</sup> tenéis.

De que salió de su casa, voy a ver la obra, y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un moxquito. Abro con mi desaprovechada llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados, y dellos todavía saqué alguna laceria, tocándolos muy ligeramente, a uso de esgremidor diestro<sup>[217]</sup>. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía<sup>[218]</sup> en sustentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues, estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arca, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito<sup>[219]</sup>, y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo que por allí andaba en parte do le hallase, voyme al triste arca, y, por do había mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y, como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca, y, al tiento, del pan que hallé partido hice según deyuso<sup>[220]</sup> está escrito; y con aquello algún tanto consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco. Lo cual yo hacía mal, y echábalo al no comer; y así sería, porque, cierto, en aquel tiempo no me debían de quitar el sueño los cuidados de el rey de Francia<sup>[221]</sup>.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decir:

—¿Qué diremos a esto? ¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora!

Y sin duda debía de decir verdad. Porque si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada<sup>[222]</sup>, aquella, de razón, había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas a atapárselos. Venida la noche y su reposo, luego yo era puesto en pie con mi aparejo, y cuantos él tapaba de día destapaba yo de noche.

En tal manera fue y tal prisa nos dimos, que sin duda por esto se debió decir: «Donde una puerta se cierra, otra se abre». Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope<sup>[223]</sup>, pues cuanto él tejía de día rompía yo de noche; ca<sup>[224]</sup> en pocos

días y noches pusimos la pobre despensa de tal forma, que quien quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.

De que vio no le aprovechar nada su remedio, dijo:

—Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal, que si andamos más con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor que, aunque hace poca, todavía hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha: armaré por de dentro a estos ratones malditos.

Luego buscó prestada una ratonera, y, con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino<sup>[225]</sup> el gato<sup>[226]</sup> estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio, porque, puesto caso que<sup>[227]</sup> yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, y, sin esto, no perdonaba el ratonar del bodigo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera, y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampilla del gato. Acordaron los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos de haber caído alguna vez. Díjole un vecino:

—En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra, y ésta debe de ser, sin duda. Y lleva razón, que, como es larga, tiene lugar de tomar el cebo, y, aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnase a salir.

Cuadró a todos lo que aquél dijo y alteró mucho a mi amo, y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto<sup>[228]</sup>, que cualquier gusano de la madera que de noche sonase pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie, y con un garrote que a la cabecera, desde que aquello le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos pensando espantar la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía y a mí no dejaba dormir. Íbase a mis pajas y trastornábalas, y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo, porque le decían que de noche acaecía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y aun mordellas y hacerles peligrar.

Yo las más veces hacía del dormido, y en la mañana decíame él:

—Esta noche, mozo, ¿no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve, y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor.

—Plega a Dios que no me muerda —decía yo—, que harto miedo le tengo.

Destá manera andaba tan elevado y levantado<sup>[229]</sup> del sueño, que, ¡mi fe!,<sup>[230]</sup> la culebra, o el culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacía mis saltos. Los cuales daños viendo él, y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo<sup>[231]</sup>.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debajo

de las pajas tenía, y parecióme lo más seguro metella de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego, la tenía tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbase el comer; porque de otra manera no era señor de una blanca quel maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo.

Pues así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin recelo que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es diligencia. Quisieron mis hados, o, por mejor decir, mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener de tal manera y postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba salía por lo hueco de la llave, que de cañuto<sup>[232]</sup> era, y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyó sin duda ser el silbo de la culebra; y, cierto, lo debía parecer.

Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento y sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra; y, como cerca se vio, pensó que allí, en las pajas do yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó. Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí y, dándome grandes voces, llamándome, procuró recordarme<sup>[233]</sup>. Mas, como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba y conoció el daño que me había hecho. Y con mucha prisa fue a buscar lumbre, y, llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, miróla, sacándomela del todo de la boca, y vio lo que era, porque en las guardas<sup>[234]</sup> nada de la suya diferenciaba. Fue luego a proballa, y con ella probó el maleficio. Debió de decir el cruel cazador: «El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado».

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena<sup>[235]</sup>; más de cómo esto que he contado oí, después que en mí torné, decir a mi amo, el cual, a cuantos allí venían, lo contaba por extenso.

A cabo de tres días, yo torné en mi sentido, y vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada<sup>[236]</sup> y llena de aceites y ungüentos, y, espantado, dije:

—¿Qué es esto?

Respondióme el cruel sacerdote:

—A fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado.

Y miré por mí, y vime tan maltratado que luego sospeché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba<sup>[237]</sup>, y los vecinos; y comiéndanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y, como me hallaron vuelto en mi

sentido, holgáronse mucho y dijeron:

—Pues ha tornado en su acuerdo<sup>[238]</sup>, placera a Dios no sera nada.

Ahi tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reirlas, y yo, pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre, y apenas me pudieron demediar. Y asi, de poco en poco, a los quince dias me levante y estuve sin peligro (mas no sin hambre) y medio sano.

Luego otro dia que fui levantado, el seior mi amo me tomo por la mano y sacome la puerta fuera; y, puesto en la calle, djome:

—Lázaro, de hoy más, eres tuyo y no mio<sup>[239]</sup>: busca amo y vete con Dios, que yo no quiero en mi compania tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego.

Y, santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.

## [TRACTADO TERCERO]

### *Cómo Lázaro se asentó con un escudero<sup>[240]</sup>, y de lo que le acaesció con él*

Desta manera, me fue forzado sacar fuerzas de flaqueza, y, poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di comigo en esta insigne ciudad de Toledo, adonde, con la merced de Dios, dende a quince días se me cerró la herida. Y, mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna; mas, después que estuve sano, todos me decían:

—Tú bellaco y gallofero<sup>[241]</sup> eres. Busca, busca un amo a quien sirvas.

«¿Y adónde se hallará ése —decía yo entre mí—, si Dios agora de nuevo<sup>[242]</sup>, como crió<sup>[243]</sup> el mundo, no le criase?».

Andando así discurriendo de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo, topóme Dios con un escudero que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme, y yo a él, y díjome:

—Mochacho, ¿buscas amo?

Yo le dije:

—Sí, señor.

—Pues vente tras mí —me respondió—, que Dios te ha hecho merced en topar comigo; alguna buena oración rezaste hoy.

Y seguíle, dando gracias a Dios por lo que le oí, y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana cuando este mi tercero amo topé, y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasábamos por las plazas do se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba, y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propia hora cuando se suele proveer de lo necesario; más muy a tendido paso<sup>[244]</sup> pasaba por estas cosas. «Por ventura no lo vee aquí a su contento», decía yo, «y querrá que lo compremos en otro cabo»<sup>[245]</sup>.

Desta manera anduvimos hasta que dio<sup>[246]</sup> las once. Entonces se entró en la iglesia mayor<sup>[247]</sup>, y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia. A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre mi nuevo amo que se proveía en junto<sup>[248]</sup>, y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una después de mediodía, y llegamos a una casa ante la cual mi amo se paró, y yo con él; y, derribando el cabo de la capa sobre el lado

izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta, y entramos en casa; la cual tenía la entrada obscura y lóbrega de tal manera que parecía que ponía temor a los que en ella entraban, aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras<sup>[249]</sup>.

Desque fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos, y, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él; y, hecho esto, sentóse cabo della<sup>[250]</sup>, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad. Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla<sup>[251]</sup> que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara<sup>[252]</sup>.

Esto hecho, estuvo así un poco, y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto. Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave, ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta<sup>[253]</sup>, ni tajo<sup>[254]</sup>, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome:

—Tú, mozo, ¿has comido?

—No, señor —dije yo—, que aún no eran dadas las ocho cuando con Vuestra Merced encontré.

—Pues, aunque de mañana, yo había almorzado<sup>[255]</sup>, y, cuando así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos.

Vuestra Merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado<sup>[256]</sup>, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas, y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor; finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera. Y, con todo, disimulando lo mejor que pude, le dije:

—Señor, mozo soy que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta, y así fui yo loado della fasta<sup>[257]</sup> hoy día de los amos que yo he tenido.

—Virtud es ésa —dijo él—, y por eso te querré yo más; porque el hartar es de los puercos, y el comer regladamente es de los hombres de bien.

«¡Bien te he entendido!», dije yo entre mí. «¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!».

Púseme a un cabo del portal, y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios<sup>[258]</sup>. Él, que vio esto, díjome:

—Ven acá, mozo. ¿Qué comes?

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo de tres que eran, el mejor y más grande, y díjome:

—Por mi vida, que parece éste buen pan.

—¿Y, cómo agora —dije yo—, señor, es bueno?

—Sí, a fe —dijo él—. ¿Adónde lo hubiste<sup>[259]</sup>? ¿Si es<sup>[260]</sup> amasado de manos limpias?

—No sé yo eso —le dije—, mas a mí no me pone asco el sabor dello.

—Así plega a Dios —dijo el pobre de mi amo.

Y, llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados como yo en lo otro.

—Sabrosísimo pan está —dijo—, por Dios.

Y, como le sentí de qué pie coxqueaba, dime priesa, porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría<sup>[261]</sup> a ayudarme a lo que me quedase. Y con esto acabamos casi a una. Comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas, y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado; y entró en una camareta<sup>[262]</sup> que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo, y, desque hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

—Señor, no bebo vino.

—Agua es —me respondió—, bien puedes beber.

Entonces tomé el jarro y bebí. No mucho, porque de sed no era mi congoja.

Ansí estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo, metióme en la cámara donde estaba el jarro de que bebimos y díjome:

—Mozo, párate<sup>[263]</sup> allí, y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante.

Púseme de un cabo y él del otro, y hecimos la negra cama, en la cual no había mucho que hacer, porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo<sup>[264]</sup>, sobre el cual estaba tendida la ropa<sup>[265]</sup>, que, por no estar muy continuada a lavarse, no parecía colchón, aunque servía dél, con harta menos lana que era menester. Aquél<sup>[266]</sup> tendimos, haciendo cuenta de ablandalle, lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enjalma<sup>[267]</sup> maldita la cosa tenía dentro de sí, que, puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban y parecían a lo propio entrecuesto<sup>[268]</sup> de flaquísimo puerco; y, sobre aquel hambriento colchón, un alfamar<sup>[269]</sup> del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome:

—Lázaro, ya es tarde, y de aquí a la plaza hay gran trecho; también en esta ciudad andan muchos ladrones, que, siendo de noche, capean<sup>[270]</sup>. Pasemos como podamos, y mañana, venido el día, Dios hará merced; porque yo, por estar solo, no estoy proveído, antes, he comido estos días por allá fuera; mas agora hacerlo hemos<sup>[271]</sup> de

otra manera.

—Señor, de mí —dije yo— ninguna pena tenga Vuestra Merced, que bien sé pasar una noche y aun más, si es menester, sin comer.

—Vivirás más y más sano —me respondió—, porque, como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco.

«Si por esa vía es», dije entre mí, «nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza, y aun espero, en mi desdicha, tenella<sup>[272]</sup> toda mi vida».

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las calzas<sup>[273]</sup> y el jubón<sup>[274]</sup>, y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice; mas maldito el sueño que yo dormí, porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar y encenderse<sup>[275]</sup>; que con mis trabajos, males y hambre pienso que en mi cuerpo no había libra<sup>[276]</sup> de carne; y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces (Dios me lo perdone) y a mi ruin fortuna, allí, lo más de la noche; y lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos, y comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón, sayo y capa; y yo que le servía de pelillo<sup>[277]</sup>. Y vísteseme muy a su placer, de espacio<sup>[278]</sup>. Echéle aguamanos<sup>[279]</sup>, peinóse, y púsose su espada en el talabarte<sup>[280]</sup>. y, al tiempo que la ponía, díjome:

—¡Oh, si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro<sup>[281]</sup> en el mundo por que yo la diese; mas ansí, ninguna de cuantas Antonio<sup>[282]</sup> hizo no acertó a ponelle los aceros tan prestos<sup>[283]</sup> como ésta los tiene.

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos, diciendo:

—¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de lana.

Y yo dije entre mí: «Y yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras».

Tornóla a meter y ciñóse la, y un sartal<sup>[284]</sup> de cuentas gruesas del talabarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles meneos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so<sup>[285]</sup> el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

—Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, y haz la cama, y ve por la vasija de agua al río, que aquí bajo está; y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque, si yo viniere en tanto, pueda entrar.

Y súbese por la calle arriba, con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente al conde de Arcos<sup>[286]</sup>, o, a lo menos, camarero<sup>[287]</sup> que le daba de vestir.

«¡Bendito seáis Vos, Señor», quedé yo diciendo, «que dais la enfermedad y ponéis el remedio<sup>[288]</sup>! ¡Quién encontrará a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque agora es de mañana, no le cuenten por bien almorzado? ¡Grandes secretos son, Señor,

los que Vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañará aquella buena disposición y razonable capa y sayo? Y quién pensará que aquel gentilhomme se pasó ayer todo el día con aquel mendrugo de pan que su criado Lázaro trujo un día y noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda<sup>[289]</sup> del sayo? Nadie, por cierto, lo sospechará. ¡Oh, Señor, y cuántos de aquéstos debéis Vos tener por el mundo derramados, que padescen por la negra que llaman honra, lo que por Vos no sufrirán!».

Ansí estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Tornéme a entrar en casa, y en un credo la anduve toda, alto y bajo<sup>[290]</sup>, sin hacer represa<sup>[291]</sup> ni hallar en qué. Hago la negra dura cama, y tomo el jarro y doy conmigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran recuesta<sup>[292]</sup> con dos rebozadas<sup>[293]</sup> mujeres, al parecer de las que en aquel lugar no hacen falta<sup>[294]</sup>, antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano<sup>[295]</sup> a refrescar y almorzar, sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quien se lo dé<sup>[296]</sup>, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y, como digo, él estaba entre ellas hecho un Macías<sup>[297]</sup>, diciéndoles más dulzuras que Ovidio<sup>[298]</sup> escribió. Pero, como sintieron dél que estaba enternecido<sup>[299]</sup>, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar, con el acostumbrado pago<sup>[300]</sup>. Él, sintiéndose tan frío de bolsa<sup>[301]</sup> cuanto caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto, y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituidas<sup>[302]</sup>, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era<sup>[303]</sup>.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa, de la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester; mas no hallé con qué. Púseme a pensar qué haría, y parecióme esperar a mi amo hasta que el día demediase, y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fue mi experiencia.

Desde que vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó y tórnome a mi menester<sup>[304]</sup>. Con baja y enferma voz y inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas, como yo este oficio le hobiese mamado en la leche (quiero decir que con el gran maestro, el ciego, lo aprendí), tan suficiente<sup>[305]</sup> discípulo salí, que, aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que, antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas<sup>[306]</sup> en el cuerpo, y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada, y al pasar por la Tripería<sup>[307]</sup> pedí a una de aquellas mujeres, y diome un pedazo de uña<sup>[308]</sup> de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entré, vínose para mí. Pensé que me quería reñir la tardanza, mas mejor lo hizo Dios. Preguntóme dó<sup>[309]</sup> venía. Yo le dije:

—Señor, hasta que dio las dos estuve aquí, y de que vi que Vuestra Merced no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes, y hanme dado esto que veis.

Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo de la halda traía, a la cual él mostró buen semblante, y dijo:

—Pues esperado te he a comer, y de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso, que más vale pedillo por Dios que no hurtallo. Y así Él me ayude como ello me parece bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo, por lo que toca a mi honra; aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca a él yo hubiera de venir!

—Deso pierda, señor, cuidado —le dije yo—, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta, ni yo de dalla.

—Agora, pues, come, pecador; que, si a Dios place, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que, después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo, que hay casas desdichadas y de mal pie, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Ésta debe de ser, sin duda dellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mía.

Sentéme al cabo del poyo, y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda. Y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan, y, disimuladamente, miraba al desventurado señor mío, que no partía<sup>[310]</sup> sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servían de plato. Tanta lástima haya Dios de mí como yo había dél, porque sentí lo que sentía, y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme<sup>[311]</sup> a convidalle; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba quel<sup>[312]</sup> pecador ayudase a su trabajo del mío<sup>[313]</sup>, y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre. Quiso Dios cumplir mi deseo, y aun pienso que el suyo; porque, como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome:

—Dígote, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo vee hacer que no le pongas gana, aunque no la tenga.

«La muy buena que tú tienes», dije yo entre mí, «te hace parecer la mía hermosa».

Con todo, parecióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

—Señor, el buen aparejo hace buen artífice: este pan está sabrosísimo, y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor.

—¿Uña de vaca es?

—Sí, señor.

—Dígote que es el mejor bocado del mundo, y que no hay faisán que ansí me sepa.

—Pues pruebe, señor, y verá qué tal está.

Póngole en las uñas la otra<sup>[314]</sup> y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco; y asentóseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana<sup>[315]</sup>, royendo cada huesecillo de aquéllos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

—Con almodrote<sup>[316]</sup> —decía— es éste singular manjar.

«Con mejor salsa lo comes tú», respondí yo paso.

—Por Dios, que me ha sabido como si no hubiera hoy comido bocado.

«¡Ansí me vengan los buenos años como es ello!»<sup>[317]</sup>, dije yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos, y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

Y, por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo<sup>[318]</sup>.

Contemplaba<sup>[319]</sup> yo muchas veces mi desastre: que, escapando de los amos ruines que había tenido y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más; y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase<sup>[320]</sup>, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa<sup>[321]</sup>, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres, y en tanto yo, por salir de sospecha, desenvolvíle el jubón y las calzas, que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecho cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la hubiese tenido mucho tiempo. «Éste», decía yo, «es pobre, y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clérigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano besada y al otro de lengua suelta<sup>[322]</sup> me mataban de hambre, aquéllos es justo desamar y aquéste es de haber mancilla»<sup>[323]</sup>.

Dios es testigo que hoy día, cuando topo con alguno de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros, por lo que he dicho. Sólo tenía dél un poco de descontento: que quisiera yo que no tuviera tanta presunción, mas que abajara un poco su fantasía<sup>[324]</sup> con lo mucho que subía su necesidad. Mas, según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada: aunque no haya cornado de trueco, ha de andar el birrete en su lugar<sup>[325]</sup>. El Señor lo remedie, que ya con este mal han de morir.

Pues, estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa

vivienda<sup>[326]</sup> no durase. Y fue, como el año en esta tierra fuese estéril de pan<sup>[327]</sup> acordaron el Ayuntamiento que todos los pobres extranjeros<sup>[328]</sup> se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen fuese punido<sup>[329]</sup> con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a<sup>[330]</sup> cuatro días que el pregón se dio, vi llevar una procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles<sup>[331]</sup>; lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar<sup>[332]</sup>.

Aquí viera, quien vello pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores della: tanto, que nos acaesció estar dos o tres días sin comer bocado ni hablar palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas<sup>[333]</sup> hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de<sup>[334]</sup> nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento<sup>[335]</sup>. Que de la laceria que les traían me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba<sup>[336]</sup>.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado<sup>[337]</sup> de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa, bien los estuvimos sin comer; no sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡Y velle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y, por lo que tocaba a su negra que dicen honra, tomaba una paja de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los que nada entre sí tenían<sup>[338]</sup>, quejándose todavía<sup>[339]</sup> de aquel mal solar, diciendo:

—Malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, obscura; mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer; ya deseo se acabe este mes por salir della.

Pues, estando en esta afligida y hambrienta persecución, un día, no sé por cuál dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real<sup>[340]</sup>, con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia<sup>[341]</sup>; y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

—Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y merca pan y vino y carne: ¡quebrems el ojo al diablo<sup>[342]</sup>! Y más te hago saber, porque te huelgues: que he alquilado otra casa, y en ésta desastrada<sup>[343]</sup> no hemos de estar más de en cumpliendo el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por Nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido, ni he habido descanso ninguno; mas, ¡tal vista tiene y tal obscuridad y tristeza! Ve y ven presto, y comamos hoy como condes.

Tomo mi real y jarro, y, a los pies dándoles prisa, comienzo a subir mi calle, encaminando mis pasos para la plaza, muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituido en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste; porque, yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía, que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a deshora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared por darles lugar, y, desde el cuerpo pasó, venían luego a par del lecho una que debía ser su mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres; la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

—Marido y señor mío, ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!

Yo, que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra, y dije: «¡Oh, desdichado de mí, para mi casa llevan este muerto!».

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente<sup>[344]</sup>, y vuelvo por la calle abajo, a todo el más correr que pude, para mi casa; y, entrado en ella, cierro a grande prisa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga ayudar y a defender la entrada. El cual, algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

—¿Qué es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has<sup>[345]</sup>? Por qué cierras la puerta con tal furia?

—¿Oh, señor —dije yo—, acuda aquí, que nos traen acá un muerto!

—¿Cómo así<sup>[346]</sup>? —respondió él.

—Aquí arriba lo encontré, y venía diciendo su mujer: «Marido y señor mío, ¿adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben!». Acá, señor, nos le traen.

Y, ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo, tenía ya yo echada la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto, y yo todavía me recelaba que nos le habían de meter en casa. Y, desde fue ya más harto de reír que de comer, el bueno de mi amo díjome:

—Verdad es, Lázaro: según la viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; más, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve por de comer.

—Dejálos, señor, acaben de pasar la calle —dije yo.

Al fin, vino mi amo a la puerta de la calle, y ábrela esforzándome<sup>[347]</sup>, que bien era menester, según el miedo y alteración, y me tornó a encaminar. Mas, aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello, ni en aquellos tres días torné en mi color; y mi amo, muy risueño todas las veces que se le acordaba aquella mi consideración.

Destá manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada<sup>[348]</sup> en esta tierra; porque, desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía. Al fin se cumplió mi deseo, y supe lo que deseaba; porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda<sup>[349]</sup>, y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino<sup>[350]</sup>.

—Señor —dije yo—, si él era lo que decís y tenía más que vos, ¿no errábades en no quitárselo<sup>[351]</sup> primero, pues decís que él también os lo quitaba<sup>[352]</sup>?

—Sí es, y sí tiene, y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano<sup>[353]</sup>.

—Paréceme, señor —le dije yo—, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más.

—Eres mochacho —me respondió— y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el cabdal<sup>[354]</sup> de los hombres de bien. Pues hágote saber que yo soy, como ves, un escudero; mas, ¡vótote a Dios<sup>[355]</sup>! si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado del todo el bonete, que otra vez que venga me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada<sup>[356]</sup>, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona. Acuérdome que un día deshonré<sup>[357]</sup> en mi tierra a un oficial<sup>[358]</sup>, y quise poner en él las manos<sup>[359]</sup>, porque cada vez que le topaba, me decía: «Mantenga Dios a Vuestra Merced»<sup>[360]</sup>. «Vós, don villano ruin —le dije yo—, ¿por qué no sois bien criado<sup>[361]</sup>? ¿Manténgaos Dios, me habéis de decir, como si fuese quienquiera?»<sup>[362]</sup>. De allí adelante, de aquí acullá<sup>[363]</sup>, me quitaba el bonete y hablaba como debía.

—¿Y no es buena maña<sup>[364]</sup> de saludar un hombre a otro —dije yo— decirle que le mantenga Dios?

—¡Mirá mucho de enhoramala<sup>[365]</sup>! —dijo él—. A los hombres de poca arte<sup>[366]</sup> dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de «Beso las manos de Vuestra Merced», o por lo menos «Bésoos, señor, las manos», si el que me habla es caballero. Y ansí, de aquel<sup>[367]</sup> de mi tierra que me atestaba de mantenimiento, nunca más le quise sufrir; ni sufriría ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que «Manténgaos Dios» me diga.

«Pecador de mí», dije yo, «por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue».

—Mayormente —dijo— que no soy tan pobre que no tengo en mi tierra un solar de casas, que a estar ellas en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella Costanilla de Valladolid, valdríen más de docientas veces mil maravedís<sup>[368]</sup>, según se podrían hacer grandes y buenas; y tengo un palomar, que, a no estar derribado como está, daría cada año más de docientos palominos; y otras cosas que me callo, que dejé por lo que tocaba a mi honra. E vine a esta ciudad pensando que hallaríe un buen asiento<sup>[369]</sup>, mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia muchos hallo, mas es gente tan limitada<sup>[370]</sup>, que no los sacarán de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo, porque de hombre os habéis de convertir en malilla<sup>[371]</sup>, y si no, «Andá con Dios» os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos; y

las más y las más ciertas, comido por servido. Ya cuando quieren reformar conciencia y satisfaceros vuestros sudores, sois librado en la recámara<sup>[372]</sup>, en un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. Pues ¿por ventura, no hay en mí habilidad para servir y contentar a éstos? Par<sup>[373]</sup> Dios, si con él topase, muy gran su privado<sup>[374]</sup> pienso que fuese, y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro, y agradalle a las mil maravillas: reílle hía<sup>[375]</sup> mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo; nunca decille cosa con que le pesase, aunque mucho le cumpliese; ser muy diligente en su persona<sup>[376]</sup>, en dicho y hecho; no me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver; y ponerme a reñir, donde él lo oyese con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba; si reñiese con alguno su criado, dar unos puntillos agudos<sup>[377]</sup> para le encender la ira, y que pareciesen en favor del culpado; decirle bien de lo que bien le estuviese, y, por el contrario, ser malicioso mofador; malsinar<sup>[378]</sup> a los de casa y a los de fuera; pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas; y otras muchas galas desta cualidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien; y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos, antes los aborrecen y tienen en poco y llaman necios, y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle.

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa.

Pues, estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquilé de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta, y de dos meses le alcanzaron lo que él en un año no alcanzara<sup>[379]</sup>. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos<sup>[380]</sup> y que a la tarde volviesen; mas su salida fue sin vuelta.

Por manera que, a la tarde ellos volvieron, mas fue tarde. Yo les dije que aún no era venido. Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo, y fuime a las vecinas y contéles el caso, y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino, mas a estotra puerta<sup>[381]</sup>... Las mujeres le responden:

—Veis aquí su mozo y la llave de la puerta.

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba, y que tampoco había vuelto a casa desde salió a trocar la pieza, y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el trueco<sup>[382]</sup>. De que esto me oyeron, van por un alguacil<sup>[383]</sup> y un escribano<sup>[384]</sup>. Y helos do vuelven luego con ellos, y toman la llave, y llámanme, y llaman testigos, y abren la puerta, y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa, y halláronla desembarazada<sup>[385]</sup>, como he contado, y dícenme:

—¿Qué es de la hacienda de tu amo: sus arcas y paños de pared<sup>[386]</sup> y alhajas de casa<sup>[387]</sup>?

—No sé yo eso —le respondí.

—Sin duda —dicen ellos— esta noche lo deben de haber alzado<sup>[388]</sup> y llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está.

En esto, vino el alguacil y echóme mano por el collar<sup>[389]</sup> del jubón, diciendo:

—Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo.

Yo, como en otra tal no me hubiese visto (porque asido del collar sí había sido muchas veces, mas era mansamente dél trabado, para que mostrase el camino al que no vía), yo hube mucho miedo, y, llorando, prometíle de decir lo que me preguntaban.

—Bien está —dicen ellos—; pues di lo que sabes y no hayas temor.

Sentóse el escribano en un poyo para escrebir el inventario, preguntándome qué tenía.

—Señores —dije yo—, lo que éste mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado.

—Bien está —dicen ellos—; por poco que eso valga, hay para nos entregar<sup>[390]</sup> de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso? —me preguntaron.

—En su tierra —les respondí.

—Por Dios, que está bueno el negocio —dijeron ellos—. ¿Y adónde es su tierra?

—De Castilla la Vieja me dijo él que era —les dije.

Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

—Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese.

Las vecinas, que estaban presentes, dijeron:

—Señores, éste es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero, y no sabe dél más que vuestas mercedes, sino cuánto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa, y le damos de comer lo que podemos, por amor de Dios, y a las noches se iba a dormir con él.

Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos<sup>[391]</sup>, sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo; los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquél. Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón<sup>[392]</sup> con el viejo alfamar de la vieja; y, aunque no iba muy cargado, allá van todos cinco dando voces. No sé en qué paró. Creo yo quel pecador alfamar pagara por todos; y bien se empleaba<sup>[393]</sup>, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, do acabé de conocer mi ruin dicha, pues, señalándose<sup>[394]</sup> todo lo que podría contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí.

## [TRACTADO CUARTO]

### *Cómo Lázaro se asentó con un fraile de la Merced<sup>[395]</sup>, y de lo que le acaesció con él*

Hube de buscar el cuarto<sup>[396]</sup>, y éste fue un fraile de la Merced, que las mujercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente<sup>[397]</sup>. Gran enemigo del coro<sup>[398]</sup> y de comer en el convento, perdido por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar: tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Éste me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días, ni yo pude con su trote<sup>[399]</sup> durar más. Y por esto y por otras cosillas<sup>[400]</sup> que no digo, salí dél<sup>[401]</sup>.

## [TRACTADO QUINTO]

### *Cómo Lázaro se asentó con un buldero<sup>[402]</sup>, y de las cosas que con él pasó*

En el quinto<sup>[403]</sup> por mi ventura di, que fue un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas<sup>[404]</sup> que jamás yo vi ni ver espero, ni pienso nadie vio; porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.

En entrando en los lugares do habían de presentar la bulla, primero presentaba<sup>[405]</sup> a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana, si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdiñales<sup>[406]</sup>. Ansí procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bulla.

Ofreciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia<sup>[407]</sup> dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín, por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance<sup>[408]</sup> y desenvoltísima lengua. E si sabían que los dichos clérigos eran de los reverendos<sup>[409]</sup> (digo, que más con dineros que con letras y con reverendas se ordenan), hacíase entrellos un Sancto Tomás<sup>[410]</sup> y hablaba dos horas en latín (a lo menos que lo parecía, aunque no lo era).

Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen; y para aquello hacía molestias al pueblo, e otras veces con mañosos artificios. Y, porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo<sup>[411]</sup>, había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bulla, ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello, y, pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo para otro día de mañana despedir la bulla.

Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación<sup>[412]</sup> él y el alguacil; y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. Él llamó al alguacil ladrón, y el otro a él falsario. Sobre esto, el señor comisario<sup>[413]</sup>, mi señor, tomó un lanzón que en el portal do jugaban estaba; el alguacil puso mano a su espada, que en la cinta tenía. Al ruido y voces que todos dimos, acuden los huéspedes<sup>[414]</sup> y vecinos y métense en medio; y ellos, muy enojados, procurándose de desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas, como la gente al gran ruido cargase<sup>[415]</sup> y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse con las armas, decíanse palabras injuriosas; entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario y las bullas que predicaba que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponellos en paz,

acordaron de llevar al alguacil de la posada a otra parte. Y así, quedó mi amo muy enojado; y, después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fue; y así, nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fue a la iglesia y mandó tañer a misa y al sermón para despedir la bulla. Y el pueblo se juntó, el cual andaba murmurando de las bullas, diciendo cómo eran falsas y que el mismo alguacil, riñendo, lo había descubierto. De manera que, atrás que<sup>[416]</sup> tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrescieron.

El señor comisario se subió al púlpito, y comienza su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien y indulgencia como la sancta bulla traía.

Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil, y, desde hizo oración, levantóse y, con voz alta y pausada, cuerdamente, comenzó a decir:

—Buenos hombres, oídme una palabra, que después oiréis a quien quisierdes. Yo vine aquí con este echacuervo<sup>[417]</sup> que os predica, el cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio y que partiríamos la ganancia. Y agora, visto el daño que haría a mi consciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bulas que predica son falsas y que no le creáis ni las toméis, y que yo, *directe* ni *indirecte*<sup>[418]</sup>, no soy parte en ellas, y que desde agora dejo la vara y doy con ella en el suelo<sup>[419]</sup>. Y si en algún tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos cómo yo no soy con él ni le doy a ello ayuda, antes os desengaño y declaro su maldad.

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar el alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo. Mas mi amo les fue a la mano<sup>[420]</sup> y mandó a todos que, so pena de excomunió, no le estorbasen, mas que le dejasen decir todo lo que quisiese. Y así, él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si quería decir más, que lo dijese. El alguacil dijo:

—Harto más hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta.

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y, puestas las manos<sup>[421]</sup> y mirando al cielo, dijo así:

—Señor Dios<sup>[422]</sup> a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible: tú sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mí toca, yo lo perdono, porque tú, Señor, me perdones. No mires a aquél que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a Ti hecha te suplico, y por justicia te pido no disimules; porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta sancta bula, y dando crédito a las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y, pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro; y sea desta manera: que si es

verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados<sup>[423]</sup> debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos; y si es verdad lo que yo digo, y aquél, persuadido del demonio, por quitar y privar a los que están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su malicia.

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado<sup>[424]</sup>, y da tan gran golpe en el suelo que la iglesia toda hizo resonar; y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcella y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra.

El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos. Unos decían: «El Señor le socorra y valga». Otros: «Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio».

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas<sup>[425]</sup>, a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reciamente, porque no había mula falsa<sup>[426]</sup>, en el mundo que tan recias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato, porque más de quince hombres estaban sobre él, y a todos daba las manos llenas<sup>[427]</sup>, y si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia; que el planto<sup>[428]</sup>, y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte<sup>[429]</sup> para apartalle de su divina contemplación.

Aquellos buenos hombres llegaron a él, y, dando voces, le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre, que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago; mas, si en algo podría aprovechar para librarle del peligro y pasión<sup>[430]</sup> que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente y a todos los que alrededor estaban, y muy pausadamente les dijo:

—Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado<sup>[431]</sup>; mas, pues Él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias<sup>[432]</sup>, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda y Su Majestad perdone a éste, que le ofendió poniendo en su sancta fe obstáculo. Vamos todos a suplicalle.

Y así, bajó del púlpito y encomendó<sup>[433]</sup> aquí muy devotamente suplicasen a Nuestro Señor tuviese por bien de perdonar a aquel pecador y volverle en su salud y sano juicio, y lanzar dél el demonio, si Su Majestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas, y, delante del altar, con los clérigos, comenzaban a

cantar con voz baja una letanía<sup>[434]</sup>. Y, viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía<sup>[435]</sup> sino un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la cual hizo llorar a toda la gente (como suelen hacer en los sermones de Pasión de predicador y auditorio devoto), suplicando a Nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento<sup>[436]</sup>, que aquel<sup>[437]</sup>, encaminado por el demonio y persuadido de la muerte y pecado, le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bula y púsosela en la cabeza; y luego el pecador del alguacil comenzó, poco a poco, a estar mejor y tornar en sí. Y, desde que fue bien vuelto en su acuerdo<sup>[438]</sup>, echóse a los pies del señor comisario y demandóle perdón; y confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio: lo uno, por hacer a él daño y vengarse del enojo; lo otro, y más principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bula.

El señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos. Y a tomar la bula hubo tanta prisa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer, y hijos y hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva<sup>[439]</sup> de lo acaecido por los lugares comarcanos<sup>[440]</sup>, y cuando a ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de balde. De manera que, en diez o doce lugares de aquellos alrededores, donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermón.

Cuando se hizo el ensayo<sup>[441]</sup>, confieso mi pecado, que también fui dello espantado y creí que así era, como otros muchos; mas con ver después la risa y burla que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso<sup>[442]</sup> y inventivo de mi amo<sup>[443]</sup>. Y, aunque mochacho, cayóme mucho en gracia; y *no aprovechaba, y que estaban tan rebeldes en tomarla, y que su trabajo era perdido, hizo tocar las campanas para despedirse; y, hecho su sermón y despedido desde el púlpito, ya que se quería abajar, llamó al escribano y a mí, que iba cargado con unas alforjas, y hízonos llegar al primer escalón, y tomó al alguacil las que en las manos llevaba, y las que yo tenía en las alforjas púsolas junto a sus pies, y tornóse a poner en el púlpito con cara alegre y arrojar desde allí, de diez en diez y de veinte en veinte, de sus bulas hacia todas partes, diciendo:*

—*Hermanos míos, tomad, tomad de las gracias que Dios os envía hasta vuestras casas, y no os duela, pues es obra tan pía la redención de los captivos cristianos que están en tierra de moros, porque no renieguen nuestra sancta fe y vayan a las penas del infierno, siquiera ayudades con vuestra limosna y con cinco PaterNostres y cinco Avemarías, para que salgan de cautiverio. Y aun también aprovechan para los padres y hermanos y deudos que tenéis en el Purgatorio, como lo veréis en esta*

*sancta bula adorar la cruz. Y ansí vinieron los alcaldes los primeros y los más ancianos del lugar, viniendo uno a uno, como se usa.*

*Y el primero que llegó, que era un alcalde viejo, aunque él le dio a besar la cruz bien delicadamente, se abrasó los rostros y se quitó presto afuera. Lo cual visto por mi amo, le dijo:*

*—¡Paso quedo, señor alcalde! ¡Milagro!*

*Y ansí hicieron otros siete o ocho. Y a todos les decía:*

*—¡Paso, señores! ¡Milagro!*

*Cuando él vido que los rostriquemados bastaban para testigos del milagro, no la quiso dar más a besar. Subióse al pie del altar y de allí decía cosas maravillosas, diciendo que, por la poca caridad que había en ellos, había Dios permitido aquel milagro, y que aquella cruz había de ser llevada a la sancta iglesia mayor de su obispado; que por la poca caridad que en el pueblo había, la cruz ardía.*

*Fue tanta la prisa que hubo en el tomar de la bula, que no bastaban dos escribanos ni los clérigos ni sacristanes a escribir. Creo de cierto que se tomaron más de tres mil bulas, como tengo dicho a Vuestra Merced.*

*Después, al partir, él fue con gran reverencia, como es razón, a tomar la sancta cruz, diciendo que la había de hacer engastonar en oro, como era razón. Fue rogado mucho del Concejo y clérigos del lugar les dejase allí aquella sancta cruz, por memoria del milagro allí acaescido. Él en ninguna manera lo quería hacer; y al fin, rogado de tantos, se la dejó; con que le dieron otra cruz vieja que tenían, antigua, de plata, que podrá pesar dos o tres libras, según decían.*

*Y ansí, nos partimos alegres con el buen trueque y con haber negociado bien en todo. No vio nadie lo susodicho, sino yo, porque me subí a par del altar para ver si había quedado algo en las ampollas, para ponello en cobro, como otras veces yo lo tenía de costumbre; y, como allí me vio, púsose el dedo en la boca, haciéndome señal que callase. Yo ansí lo hice, porque me cumplía, aunque, después que vi el milagro, no cabía en mí por echallo fuera, sino que el temor de mí astuto amo no me lo dejaba comunicar con nadie; ni nunca de mí salió, porque me tomó juramento que no descubriese el milagro, y ansí lo hice hasta agora. dije entre mí: «¡Cuántas éstas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente!».*

*Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas<sup>[444]</sup>.*

## [TRACTADO SEXTO]

### *Cómo Lázaro se asentó con un capellán, y lo que con él pasó*

Después desto, asenté con un maestro de pintar panderos<sup>[445]</sup>, para molelle los colores, y también sufrí mil males.

Siendo ya en este tiempo buen mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán della me recibió por suyo; y púsome en poder<sup>[446]</sup> un buen asno y cuatro cántaros y un azote, y comencé a echar<sup>[447]</sup> agua por la cibdad. Éste fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida<sup>[448]</sup>. Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados, y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás<sup>[449]</sup>, entre semana, de treinta maravedís.

Fueme tan bien en el oficio, que, al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán<sup>[450]</sup> viejo y un sayo raído, de manga tranzada y puerta<sup>[451]</sup>, y una capa que había sido frisada<sup>[452]</sup>, y una espada de las viejas primeras de Cuéllar<sup>[453]</sup>. Desde me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno, que no quería más seguir aquel oficio.

## [TRACTADO SÉPTIMO]

### *Cómo Lázaro se asentó con un alguacil, y de lo que le acaesció con él*

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia<sup>[454]</sup> con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso; mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos<sup>[455]</sup>; y a mi amo que esperó, trataron mal, mas a mí no me alcanzaron. Con esto, renegué del trato<sup>[456]</sup>.

Y, pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y, con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré: que fue un oficio real<sup>[457]</sup>, viendo que no hay nadie que medre, sino los que le tienen. En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de Vuestra Merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos que en esta ciudad se venden, y en almonedas<sup>[458]</sup> y cosas perdidas; acompañar<sup>[459]</sup> los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delitos: pregonero, hablando en buen romance.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano; tanto, que en toda la ciudad el que ha de echar vino a vender<sup>[460]</sup>, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello<sup>[461]</sup>, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de San Salvador<sup>[462]</sup>, mi señor, y servidor y amigo de Vuestra Merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada<sup>[463]</sup> suya. Y, visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así, me casé con ella, y hasta agora no estoy arrepentido, porque, allende de ser buena hija y diligente servicial<sup>[464]</sup>, tengo en mi señor el arcipreste todo favor y ayuda; y siempre en el año le da, en veces, al pie de una carga de trigo; por las Pascuas, su carne; y, cuando el par de los bodigos<sup>[465]</sup>, las calzas viejas que deja. Y hízonos alquilar una casilla par de la suya: los domingos y fiestas, casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué<sup>[466]</sup> de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios que ellos dicen la verdad<sup>[467]</sup>; porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumpliré; que él me habló un día muy largo delante della y me dijo:

—Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas nunca medrará. Digo esto porque no me maravillaré alguno<sup>[468]</sup>; viendo entrar en mi casa a tu mujer

y salir<sup>[469]</sup> della. Ella entra muy a tu honra y suya; y esto te lo prometo. Por tanto, no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca: digo, a tu provecho.

—Señor —le dije—, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso, y aun por más de tres veces me han certificado que antes que conmigo casase había parido<sup>[470]</sup> tres veces, hablando con reverencia de Vuestra Merced, porque está ella delante.

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé la casa se hundiera con nosotros; y después tomóse a<sup>[471]</sup> llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado; en tal manera, que quisiera ser muerto antes que se me hubiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello, y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy, nunca nadie nos oyó sobre el caso<sup>[472]</sup>; antes, cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo:

—Mirá, si sois mi amigo, no me digáis cosa con que me pese<sup>[473]</sup>, que no tengo por mi amigo al que me hace pesar; mayormente, si me quieren meter mal<sup>[474]</sup> con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí; y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco; que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo<sup>[475]</sup>; y quien otra cosa me dijere, yo me mataré con él.

Desta manera no me dicen nada, y yo tengo paz en mi casa.

Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso Emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ella Cortes<sup>[476]</sup>, y se hicieron grandes regocijos y fiestas, como Vuestra Merced habrá oído. Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna<sup>[477]</sup>.

## **Actividades en torno a *Lazarillo de Tormes* (apoyos para la lectura)**

# 1. ESTUDIO Y ANÁLISIS

## 1.1. GÉNERO, RELACIONES E INFLUENCIAS

Decíamos en la introducción que el *Lazarillo de Tormes*, ideado al margen de los grandes módulos narrativos difundidos durante el siglo XVI, entrañaba una apuesta experimental encaminada a crear un nuevo canon de literatura más realista —en su caso logrado gracias a la perfecta hibridación de la epístola y de la autobiografía—: la «novela picaresca». Y, de hecho, así fue: en sus pocas páginas latía toda una poética —descrita más arriba— excepcionalmente apta para llevar a cabo empresas novelescas de altos vuelos. Tanto es así, que el género en cuestión no existiría, o resultaría inexplicable, sin el diseño ideado por el autor de marras, por más que no falten quienes consideran (Alberto del Monte, por ejemplo) a nuestro opúsculo como simple precursor de la saga. Aunque nadie se percatase en su tiempo de la virtualidad novelesca que entrañaba, o de la ingente aportación narrativa que suponía, llegando a tenerlo por libro de burlas irrisorias, y aun a condenarlo a «la sepultura del olvido», es innegable que sentó las bases de la larga serie bribiática que se desarrollaría y perduraría casi durante un siglo más.

Hacía falta la voluntad y el talento novelesco de Mateo Alemán para percatarse y rentabilizar, casi cincuenta años después, en torno a mil quinientos noventa y bastantes, la poética novelesca que el tan celebrado como olvidado librito contenía. Y entonces precisamente es cuando se retoma, se replantea y se institucionaliza —que diría Lázaro Carreter— ese género condenado a perderse, en un proceso de apropiación vivificante que pronto sería percibido por autores, lectores e impresores, como bien explicó Claudio Guillén. Luego vendrían a recoger el testigo una serie interminable de seguidores —ya imitadores, ya renovadores, ya desintegradores—, gracias a los cuales, en el peor de los casos, perduraría la receta primitiva más que menos adulterada.

Aunque la nómina de los mismos resulta poco menos que indeterminable, pues depende de los criterios definitorios que la establezcan, y conviene dejarla expuesta a la polémica que siempre la envolvió, digamos que éstos son, por orden cronológico, los autores y títulos comprometidos de algún modo con la ética y la estética lazarllescas:

- 1555 ANÓNIMO, *La segunda parte de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*.
- 1599 MATEO ALEMÁN, *Primera parte de Guzmán de Alfarache*.
- 1602 MATEO LUJÁN DE SAYAVEDRA, *Segunda parte de la vida del pícaro Guzmán de Alfarache*.
- 1604 MATEO ALEMÁN, *Segunda parte de la vida de Guzmán de Alfarache, atalaya de la vida humana*.
- 1604 GREGORIO GONZÁLEZ, *Primera parte del quitón Honofre*.
- 1605 FRANCISCO DE ÚBEDA, *Libro de entretenimiento de la pícaro Justina*.
- 1605? FRANCISCO DE QUEVEDO Y VILLEGAS, *Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños*.
- 1612- ALONSO JERÓNIMO DE SALAS BARBADILLO, *La hija de Celestina-La ingeniosa*  
14 *Elena*.
- 1618 VICENTE ESPINEL, *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*.
- 1619 CARLOS GARCÍA, *La desordenada codicia de los bienes ajenos*.
- 1620 JUAN DE LUNA, *Segunda parte de la vida de Lazarillo de Tormes, sacada de las corónicas antiguas de Toledo*.
- 1620 JUAN CORTÉS DE TOLOSA, *Lazarillo de Manzanares, con otras cinco novelas*.
- 1624 JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ, *Alonso, mozo de muchos amos*.
- 1626 JERÓNIMO DE ALCALÁ YÁÑEZ, *Segunda parte de Alonso, mozo de muchos amos*.
- 1632 ALONSO DE CASTILLO SOLÓRZANO, *La niña de los embustes Teresa de Manzanares*.
- 1644 ANTONIO HENRÍQUEZ GÓMEZ, *Vida de don Gregorio Guadaña*.
- 1646 *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesto por él mismo*.

Desde luego, la cosecha no es parca, teniendo en cuenta que todo arrancó de una «nonada», en «grosero» estilo, motivada por un quítame allá esas pajas entre pregoneros, clérigos y mancebas que picó la curiosidad de un Vuestra Merced cualquiera...

Claro que, la respuesta epistolar del marido cartujo venía interpretada a la medida de su persona y, mitad alegato defensivo, mitad acusación recriminatoria, pregonaba las culpas tanto propias como ajenas en un entramado tan sibilino que difícilmente podían desenredar, ni aun comprender, los inexpertos imitadores. No extrañará, visto lo visto, que nadie calibre, en consecuencia, en su justa medida la «novedad y fecundidad» del *Lazarillo de Tormes*; o que, si alguien lo hizo, fuese incapaz de secundar el desparpajo brillante de su genialidad. Podía asumirse su esqueleto narrativo, como hizo, antes que nadie, Alemán; podía envilecerse al protagonista,

como hizo Estebanillo; podía incidirse en su agudeza verbal, como hizo Quevedo; podía sumársele carnaza digresiva, como hizo Espinel; podía reforzarse su marco dialogístico, como hizo Alcalá...; pero en su conjunto era irreplicable. Por eso precisamente ha de ser considerado como fundador en toda regla —que no como simple precursor— de la estirpe picaresca.

Pero ello no desalentó a los seguidores —bastante numerosos como ya sabemos—, quizá más atentos a adueñarse de las facilidades narrativas del nuevo esquema que dispuestos a adentrarse en sus complejidades constructivas. Por eso, el de Tormes no sólo propició el desarrollo de un nuevo género, sino que también impulsó la aparición de varias continuaciones o segundas partes de su peripecia vital todavía en el seno de aquél. A saber: una segunda parte anónima, concebida como alegoría lucianesca, muy temprana (1555); la segunda parte «legítima» de Juan de Luna, escorada hacia la sátira misógina y anticlerical, en fechas mucho más alejadas (1620); y, en fin, la imitación anodina, de orientación cortesana, llevada a cabo por Cortés de Tolosa en el *Lazarillo de Manzanares* por los mismos años que la anterior. Aunque «nunca fueron buenas», tales continuaciones manifiestan la pervivencia no sólo del patrón narrativo sino también de la fuerza motriz del personaje en sí mismo. Se diría que la «novela picaresca» precisó siempre de «lazarillos» para recorrer su trayectoria genérica.

## 1.2. EL AUTOR EN EL TEXTO

Pues desconocemos —por voluntad suya— incluso el nombre del autor del *Lazarillo*, estará por demás hablar de su presencia en el texto, y quizá convendría dejarlo olvidado en su impenetrable anonimato, que, según vimos, es solidario del diseño autobiográfico. Incluso, cabría aceptar el trampantojo literario de que el único autor real de la obrita es su narrador-protagonista: Lázaro de Tormes, hijo de Tomé González y de Antona Pérez. Desde luego, la suya es la única voz contante y sonante —aquí, pregonante— a lo largo y ancho de la autobiografía —prólogo incluido—, y él es incluso el solo enunciador de sus «fortunas y adversidades», llegando a alzarse como tema exclusivo del relato entero. No habrá que precisar que el sin nombre no tiene ni remotamente nada que ver con el pregonero toledano; parece, incluso, adoptar un punto de vista radicalmente opuesto —como bien ha visto recientemente Ruffinatto— al del pobre vocinglero de sí mismo.

Del autor real, del de carne y hueso, no nos quedan sino puntas y collares

deducibles de las endemoniadas artes creativas y de las malas mañas estilísticas detectables en la letra de su creación; por eso se han propuesto tantos y tantos candidatos como mencionamos en la introducción para llenar vacío tan meritorio. Sea quien fuere, todo induce a pensar que ha de tratarse, ante todas las cosas, de un humanista chocarrero y socarrón, de talante inconformista y simpatizante de las corrientes erasmistas, bien avezado en el *modus vivendi* de la clerecía de su tiempo y con el estilete satírico más sutil, artero y descaradamente afilado de la época.

### **1.3. CARACTERÍSTICAS GENERALES (PERSONAJES, ARGUMENTO, ESTRUCTURA, TEMAS, IDEAS)**

Tras el malévolos giro que el pregonero da a la petición epistolar de Vuestra Merced sobre el «caso», todo su pasado autobiográfico queda cabalmente legitimado como materia novelesca. El argumento de la respuesta, entonces, abarca desde el nacimiento del bribón hasta el momento de la contestación:

Hijo de Antona Pérez y de Tomé González, Lázaro nace en una aceña situada a orillas del Tormes. Siendo todavía niño de corta edad, su padre es acusado de hurto y desterrado, por lo que marcha de acemilero a los Gelves, donde muere. Entonces, su madre se amanceba con un negro, pero éste es enseguida castigado por la justicia y aquélla pasa a servir a un mesón donde Lázaro llega a ser un buen mozuelo. A partir de aquí el protagonista inicia su penosa carrera del vivir: es entregado por su madre, como destrón, a un miserable ciego, con quien pasa no pocas calamidades, hasta que opta por abandonarlo, debido a los malos tratos que el mismo le dispensa. Cae luego en las garras de un avariento clérigo, el cual lo pone al borde de la sepultura de pura hambre, para terminar echándolo de su lado a causa de unos hurtos tan ingeniosos como insignificantes. Se topa, en tercer lugar, con un pobre escudero, sin más hacienda que una buena dosis de presunción, en compañía de quien se verá obligado a mendigar para sustentarlo, sin que ello impida que el amo huya del criado, dejándolo solo ante sus acreedores. Sirve luego, sucesivamente, a un mercedario, a un buldero y a un pintor de panderos, que no parecen dejar la menor huella en su trayectoria vital. Posteriormente sirve de aguador a un capellán, con el que consigue mudar de hábito y ponerse en el de hombre de bien, para entrar después como ayudante de un alguacil y, finalmente, alcanzar el real oficio de pregonero de Toledo. Es entonces cuando el Arcipreste de San Salvador lo casa con una criada suya y se

desata alguna que otra hablilla malévolas sobre la integridad moral de la pareja. Lázaro, atento al provecho que el deshonor conyugal le acarrea, acalla cualquier rumor y logra vivir en paz, disfrutando de las dádivas del generoso eclesiástico. En fin, el peculiar *ménage à trois* llega a oídos de Su Merced y escribe a Lázaro, pidiéndole que le explique extensamente el caso. Éste, obediente, contesta, si bien hace extensiva la explicación del caso a buena parte de su pasado, dando así lugar a la relación autobiográfica o novela.

Salta a la vista que semejante peripecia vital, ese deambular peregrino de amo en amo, acontece a ras de tierra, en un mundo poblado por entelequias, forjadas a medio camino entre la historia y el folclore —decíamos—, donde sólo se individualizan, descuento hecho de Lázaro, el buen Arcipreste y el anónimo Vuestra Merced, precisamente los responsables directos de la corrupción imperante en el mundo descrito. Los demás cuentan como categorías representativas de la ramplonería que se pretende evidenciar: ciego-astuto, clérigo-avaro, hidalgo-hipócrita, buldero-echacuervos, etc., o, sencillamente, no pasan de comparsas amorfas sólo ilustrativas del submundo al que está predeterminado el hijo de malos padres: negros, maledicentes, rebozadas, plañideras, porquerones, murmuradores, etc. Una fauna condenada a sobrevivir «con maña y fuerza» para no lograr salir nunca «a buen puerto»...

Evidentemente es así. Y lo es porque el autor ha seleccionado cuidadosamente — nada dejó al azar— tanto a los «señores» del pordiosero como al entorno social en el que se desenvuelve; se han seleccionado al dictado de los dos temas básicos que dotan de profundidad insondable al sentido de la novela: el honor y la religiosidad — la deshonra y la clerecía, si se prefiere—, puesto que el *Lazarillo* está trazado y desarrollado como un «caso» de deshonor causado y cuestionado por gente de iglesia.

Todo arranca cuando el casado con la manceba se ve instado a rendir cuentas de su desarreglo moral e, inmediatamente, se arroja a defender su propio concepto de la honra, diferenciando dos tipos de «honorabilidad»: la de los afortunados («porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe»), que sustentan acomodaticiamente el concepto tradicional, y la de los pordioseros («y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando, salieron a buen puerto»), forzados a anteponer las necesidades vitales a los escrúpulos de otra suerte. Como éste es su caso, él se atiene al modelo materno («determinó arrimarse a los buenos») y se acerca a los buenos («yo determiné arrimarme a los buenos»), animado, para más inri, por los consejos del Arcipreste: «no mires a lo que pueden decir, sino a lo que te toca, digo, a tu provecho» (VII). El pecado, al fin y al cabo, consiste en haber identificado —por necesidad «bondad» con «provecho», para hacer del último «el manantial de toda moral, incluso de la honra». Nada hay de malo, además, si la única conducta «honorable» que se ha contemplado —«los que heredaron...»— viene dada por el escudero y no se fundamenta sino en la hipocresía,

en la apariencia o en el palillo de dientes, sin ir más allá de «la negra que llaman honra». Y, una vez identificado el honor con el provecho, poco importará aferrarse al «*honos alit artes*» para dejarse llevar por el «deseo de alabanza» y no tener el menor empacho en divulgar literariamente los trapos sucios, aun a costa de quedar cubierto de infamia.

De infamia compartida, pues no queda menos claro en la confesión-exculpatoria —dijimos— que los responsables de tan grave desarreglo moral son los clérigos, contra cuyas «flaquezas» y responsabilidades no hay muchos miramientos. De los nueve señores servidos, nada menos que cinco son miembros del brazo eclesiástico y, a decir verdad, que no tienen desperdicio: un proto-mísero clérigo de Maqueda, arquetípico representante de la avaricia anexa al hábito, y hecho caja registradora de las blancas depositadas en la concha en tanto que celebra los oficios divinos; un fraile mercedario, aficionado a «negocios seculares», llamado «pariente» por unas «mujercillas» y, acaso, pederasta; un buldero, el más desvergonzado, astuto y mañoso echacuervos que pueda imaginarse; un capellán, sin que ello le impida dedicarse al comercio; por fin, un benemérito Arcipreste que no vacila en casar al pregonero con su manceba a fin de perseverar, a cambio de unas dádivas, en su lujurioso y sacrílego amancebamiento. Cual otro Erasmo —diríamos— el autor parece dispuesto a demostrar, más allá del simple anticlericalismo, que no quedan ni atisbos de verdadero cristianismo en el mundo de Lázaro. Eso explica, más allá de las controversias críticas, que la obrita no carezca —como sostuvieron Asensio y Márquez Villanueva— de ribetes erasmianos: «A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto y ruido y voces que en la iglesia había no eran parte para apartalle de su divina contemplación» (v). En todo caso, el oracionero vistoso que es el ciego, el codicioso e inmisericorde clérigo de Maqueda, el adorador de la falsa honra del escudero, el echacuervos maldito... parecen arquetipos del *monachus non es pietas* y representantes aventajados de la religiosidad ceremoniosa en contra de la verdadera fe interior.

## 1.4. FORMA Y ESTILO

Planteábamos que esta artera respuesta epistolar, tramada desde una ironía zahiriente donde las haya, se nos brindaba atendida al «escribo como hablo» valdesiano y disfrazada de «nonada» so capa de «grosero estilo», según convendría al

discurso hablado de un bellaco pregonero. Como no podía haber menos, todo es burla y mentira: la obra está redactada en «un gentil y bien cortado romance», pocas veces igualado, donde se dan cita múltiples recursos, cultos y populares, amén de las «mañas estilísticas» adelantadas en la introducción.

Así, el ideal lingüístico-estilístico imperante en la novela queda a caballo de la imitación del habla real y de la comedida transposición artística: toda una corriente de recursos popularizantes, sin llegar a la jerigonza, confluye con otra de más subidos procedimientos expresivos, sin abusar de la retórica ni rebasar los preceptos de Quintiliano); esto es, la lengua hablada salpimentada acá y allá con algún que otro aderezo ornamental.

A la primera categoría, muy adecuada para la epístola casi «hablada» que la novela es, pertenecen: anacolutos («hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase y huyese de mí», III), elisiones de algún término luego aludido («Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros», II), cruces de construcciones («Mas no quiso mi desdicha, [...] cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos»), empleo de modismos y locuciones proverbiales («rehacer la chaza», «hacíamos San Juan», «a destajo», «sentí de qué pie coxqueaba», «juntóseme el cielo con la tierra», «mi boca era medida»...), proliferación de refranes («echar la sogá tras el caldero», «más da el duro que el desnudo», «el aparejo [...] hace al ladrón»), etc. A la segunda: aliteraciones («sentía, sentéme como solía», «si deste desisto y doy», «comamos hoy como condes»), perífrasis («asar al que de ser cocido, por sus deméritos, había escapado», «escarbando los que nada entre sí tenían»), antítesis («nuevo y viejo amo», «dulce y amargo jarro», «el día que enterrábamos yo vivía»), paronomasias («mandado de mi madre», «tiento me atentaba», «contento y paso contado», «parte para apartalle»), figuras etimológicas («burlas que el ciego burlaba», «la culpa del culpado», «industriado por el industrioso»), iteraciones acumulativas («fortunas, peligros y adversidades», «astuto ni sagaz», «quería y regalaba y me curaba», «trabajos y fatigas»)... Sin que falten los más complejos procedimientos: comparaciones («no había piedra imán que así trajese a sí como yo con una paja larga de centeno», «todas las cañas se señalaban, y parecían a lo propio entrecuesto de flaquéisimo puerco»), metáforas («antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa», «paraíso panal», «en el arca de su seno»), zeugmas («otros donaires que a mi gusto no lo eran», «un buldero [...] y el mayor echador dellas»), disemias («y padesció persecución por justicia», «frío de bolsa», «deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío»), y un sin fin más de juegos léxicos que enriquecen el alcance semántico de la narración, convirtiéndola en un continuo juego de ingenio encaminado a buscar el humor y lograr la risa del lector.

En fin, los registros lingüísticos y estilísticos más esmerados y apropiados para el deslumbrante diseño artístico de esta agrídulce epístola hablada no menos corrosiva que humorística.

## 1.5. COMUNICACIÓN Y SOCIEDAD

La brillantez compositiva, intencional y estilística —en definitiva, literaria— del *Lazarillo* cayó temporalmente en saco roto, pues —según dijimos— no fue secundado hasta casi medio siglo después. Sin embargo, también adelantamos, y es evidente, que la obrita ponía el dedo en la llaga de los problemas más candentes de su tiempo, a la vez que inventaba una forma ignota de hacer novela. Por eso, andando el tiempo, desencadenaría un género nuevo y por eso popularizaría definitivamente al destrón con nombre propio en ámbitos folclóricos.

Más importante es notar ahora que su diseño ambiguo y su consiguiente sentido polisémico, siempre a vueltas con los puntos de vista sobre el «caso» de los de arriba y de los de abajo, no hubo de pasar desapercibido, aunque fuese tomado a risa, en el contexto de las controversias nobiliarias del momento. Polemizaban éstas sobre la supremacía del estado adquirido o del heredado, y, más allá de tal polaridad, concordaban en hacer de la conducta virtuosa el fundamento de cualquier honorabilidad. Lázaro se inscribe decididamente en el ámbito de tales disquisiciones y opta por el bando innovador cuando afirma: «Huelgo de contar a Vuestra Merced estas niñerías para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos, y dejarse bajar siendo altos cuánto vicio» (I). Él, pues, tiene conciencia de haber subido, y nos declara al final hallarse —quizás, sólo «sentirse»— «en la cumbre de toda buena fortuna» (VII), aun a sabiendas de que, literalmente, era mentira. Da igual cómo sea, lo importante es que, llegados a este punto, la polisemia de la novela se irisa en mil direcciones, incluso inabarcables para la mentalidad social de su época: el ascenso de marras puede leerse como argumento *ex contrario* de la postura innovadora, pues la caída moral del personaje confirma la imposibilidad de subir de espaldas a la virtud; «remando» sólo con «maña y fuerza», el «buen puerto» abordado tan sólo puede ser deshonroso. Interpretemos, así, al *Lazarillo* —según postula García de la Concha— como magna réplica paródica o sarcástico testimonio marginal de la inutilidad de la polémica aludida; de ahí que la carrera del vivir de Lázaro se configure como clara inversión paródica del camino a seguir *ad adquirendam nobilitatem*.

En todo caso, la obrita ofrece un único asidero inequívoco: el «yo». Resultará tan equívoco y resbaladizo como se quiera, pero la conciencia del ser y del vivir se esgrime, a pecho descubierto, como única verdad inamovible frente a las convenciones sociales. Por eso *La vida de Lazarillo de Tormes* acabó como uno de nuestros grandes clásicos universales.

## 2. TRABAJOS PARA LA EXPOSICIÓN ORAL Y ESCRITA

### 2.1. CUESTIONES FUNDAMENTALES SOBRE LA OBRA

—El *Lazarillo de Tormes* se publicó, por primera vez, a mediados del siglo XVI, en pleno Renacimiento, ¿pero es realmente una obra renacentista?, ¿por qué y en qué sentido? Con ayuda de algún manual, inténtese aplicar a la novelita los rasgos más típicos de ese periodo cultural y literario.

—Según informamos en la introducción, el *Lazarillo* ofrece algún que otro dato histórico más o menos relevante. Elabórese una lista completa de los hechos de esta naturaleza mencionados en la obra y coméntese su fidelidad y credibilidad. ¿Qué función desempeña aquí lo histórico?

—La anonimidad es tenida como uno de los rasgos consustanciales, al par de la autobiografía, de este genial opúsculo literario. ¿Encuentras alguna razón estética para justificarla?, ¿en qué sentido mejora el diseño constructivo e intencional de la obra? ¿Podría deberse a razones históricas relacionables con la Inquisición?

—El *Lazarillo* se alza como la cabeza visible de un nuevo género narrativo: la «novela picaresca». A partir de las indicaciones de la introducción y de las actividades, coméntese la poética del mismo intentando fijar algún rasgo nuevo. ¿Te parecen características suficientes para definir a la nueva serie en su conjunto?

—Ese nuevo género narrativo se logra —decíamos— gracias a la hibridación de la tradición epistolar con la autobiográfica. ¿Qué funciones desempeña cada uno de los componentes en el conjunto? ¿Qué ventajas se siguen de esa alianza?

—El *Lazarillo* como epístola: registros propios del género epistolar en la obra (fórmulas de apertura y despedida, apelaciones al destinatario, condicionamientos de la información, etc.).

—El *Lazarillo* como autobiografía: componentes propios de la primera persona autobiográfica (punto de vista, narrador y protagonista, rememoración retrospectiva...).

—En la novelita conviven, perfectamente aliados, reflejos de la realidad histórica de su tiempo con abundantes materiales de origen folclórico. ¿Cuáles son los ecos veristas que llegan al libro? ¿Qué cuentecillos pueden rastrearse en el texto? ¿Están bien imbricados unos con otros?

—Establézcase una tipología del cuentecillo breve en el *Lazarillo*, atendiendo a sus orígenes, a las técnicas de intercalación, al protagonismo del personaje central, etc.

—Mantuvimos que el autor anónimo llevó a cabo una tarea magistral de ordenación y acoplamiento de los materiales seleccionados para su libro. ¿Existen vínculos intencionados entre el prólogo y el último tratado? ¿Qué función desempeña el primero en la novela?

—Los tres primeros tratados se nos brindan trenzados por una serie interminable de motivos recurrentes y de gradaciones que los unifican indisolublemente, como es el caso del hambre que comentamos en la introducción. Busca más elementos de esa naturaleza: encuentro con los amos, espacios en los que ocurren los hechos, fardel-arcón-bolsa, etc.

—Intenta ahora rastrear esos mismos elementos en los tratados IV al VI. ¿Siguen existiendo? Explica los cambios de todo tipo que se producen tras III e intenta descubrir los criterios que rigen la organización de la nueva terna. ¿Crees que se produce una ruptura insalvable entre III y IV?

—Posiblemente los titulillos de los tratados no sean originales del autor. Lee la novelita haciendo caso omiso de ellos e intenta explicar su lógica estructural más allá de los mismos.

—El «caso» final es el gozne en el que descansa todo el peso de esta genial creación. Inténtese fijar en qué consiste exactamente, comparando las alusiones al mismo del prólogo con las explicaciones que se nos dan en el tratado VII y atendiendo a todos los enfoques posibles: el de Vuestra Merced, el de Lázaro González, el del lector de la época, el tuyo propio, etc.

—La mayoría de los amos de Lázaro son religiosos y suelen observar una conducta desviada; tanto, que parecen los responsables directos de la falta de moral en la obra. Establézcase la tipología de todos los clérigos que aparecen y coméntese el anticlericalismo del opúsculo. ¿Crees que responde a una mentalidad erasmista? ¿Qué pasajes se relacionan más directamente con las ideas de Erasmo?

—El problema esencial que plantea la novelita tiene que ver con la «deshonra»

marital del cornudo, aunque él procure relativizarla. Pero ¿existe el honor en el mundo lazarrillesco? ¿Qué concepciones del mismo se sostienen en la obra? Compárese la postura ante el mismo de Lázaro y del escudero.

—La moral del picaruelo resulta un tanto chocante, pues parece haber identificado, o confundido, la bondad con la riqueza. Relaciónese la moral que observa cada uno de sus amos con la que sustenta éste al final del libro. ¿Podría entenderse como fruto de un aprendizaje corruptor?

—La novela abunda en temas e ideas secundarios de no corto alcance (hambre, mendicidad, bulas, devoción, justicia, hipocresía, etc.), con independencia de que se tomen a bromas o a veras. Comenta los que te parezcan fundamentales.

—Tras el protagonista y los amos, asoman en los ambientes lazarrianos numerosos personajes de baja estofa. Ensayo una sociología de la obra de cara a perfilar la mentalidad e intenciones satíricas de su creador.

—Siempre suele hablarse de ambigüedad, o de polisemia, para dar cuenta del sentido del *Lazarillo*, pero ¿cuál crees que es realmente su sentido último?

—La respuesta del pregonero se nos ofrece, desde el prólogo, como «nonada» escrita en «grosero estilo», pero luego resulta estar formalmente muy elaborada y desplegar una galería admirable de recursos literarios. Procura identificar en el texto los más posibles, intentando agrupar los de naturaleza popular con los más elaborados retóricamente.

## 2.2. TEMAS PARA EXPOSICIÓN Y DEBATE

—El *Lazarillo de Tormes*, ¿obra renacentista o manierista?

—Perfiles de la historia en el *Lazarillo*: márgenes de credibilidad.

—El ejemplar de Medina del Campo de la edición príncipe de la novela se descubrió no hace mucho. Compárese con cualquiera de los otros tres conocidos (Burgos, Alcalá y Amberes) y procúrese argumentar a favor o en contra de sus aportaciones textuales.

—La edición de Alcalá ofrece varios añadidos que recogemos en nota a pie de página. Discútase sobre la adecuación y pertinencia de los mismos a la trama y al estilo de la obrita.

—La novelita se atribuyó, desde muy temprano, a multitud de autores con tal de resolver su enigmática anonimía. Discútase sobre los diferentes candidatos propuestos y, si parece coherente, elíjase a uno como posible autor real.

—Parte de la crítica considera al *Lazarillo de Tormes* como la primera novela picaresca, en tanto que otros lo tienen por simple precursor. Arguméntese a favor y en contra de cada una de las posturas.

—Analícense diferentes explicaciones críticas sobre la «poética de la novela picaresca» y discútanse los pros y los contras de cada una.

—Pueden crearse dos grupos de estudiantes, de modo que uno defienda la primacía del *Lazarillo* como epístola y el otro como relato autobiográfico.

—El planteamiento autobiográfico arranca de un punto de vista único que se escinde en dos perspectivas: la de presente, correspondiente al narrador, y la de pasado, identificable con el protagonista. Debátase sobre las diferencias morales entre Lázaro-protagonista-niño y Lázaro-narradorpregonero.

—Discútase sobre la supremacía del componente realista o folclórico en la configuración de las andanzas del pícaro.

—La respuesta del pregonero parece estar diseñada con criterios diferentes en los tres primeros tratados y en los tres siguientes. Cuestiónese si se produce una ruptura insalvable entre ambos bloques o si se cree que los cambios son lógicos autobiográficamente.

—El «caso» final es el motivo capital del *Lazarillo*, a la vez que el más resbaladizo. Puede debatirse intentando argumentar desde puntos de vista distintos: a favor o en contra de Vuestra Merced, comprendiendo o ridiculizando a Lázaro, desde el posible enfoque del autor, etc.

—Expóngase un comentario sobre los contenidos religiosos fundamentales de la obra (alusiones a Dios, anticlericalismo y erasmismo) y debátase luego sobre la mentalidad (conversa, reformista, erasmiana) desde la que pudo haber sido escrito.

—Analícese detenidamente el capítulo del buldero y discútase sobre los contenidos erasmistas del mismo.

—El honor y la honra se alzan como temas centrales en la novela. Puede debatirse sobre los perfiles de ambos, sin olvidar la multiplicidad de concepciones y enfoques involucrados en el texto.

—Defiéndase una reacción determinada —importa menos cuál sea— frente a la declaración confesional realizada por el encausado, para luego rebatirla desde posturas enfrentadas.

—Elíjase cualquiera de los temas o ideas presentes en la obra (origen vil, hambre, mendicidad, bulas, devoción, justicia, hipocresía, amancebamiento...) y debátase sobre el enfoque que se le dispensa en la rememoración del pícaro.

—El *Lazarillo* puede explicarse globalmente como obra de burlas, frente a otra lectura que lo entienda como alegato satírico de alcance inconmensurable. Opónganse ambas lecturas.

—La lengua y el estilo de la obra oscilan entre los registros populares y los más cultos. Discútase sobre cuáles predominan y sobre la adecuación lingüística a la condición social del narrador.

—Las fórmulas propias de la carta abundan en las páginas de la novela. Expóngase cuáles son y debátase si logran el efecto de «obra hablada» que persiguen.

—Una vez localizados los recursos conceptistas del librito, decídase si podría considerarse como precursor de tal tendencia estilística.

### **2.3. MOTIVOS PARA REDACCIONES ESCRITAS**

—El Renacimiento español a la luz del *Lazarillo*: características, temas y planteamientos.

—La vida cotidiana en el Siglo de Oro (según la imagen de su entorno que nos transmite el pregonero toledano).

—Toledo en el siglo XVI visto desde el *Lazarillo*.

—El pícaro en la historia y en la literatura: similitudes y diferencias.

—La filosofía de la vida del pícaro como personaje literario.

—Semblanza del autor histórico del *Lazarillo* a la luz del texto.

—Redáctese una epístola intentando remedar la situación comunicativa del *Lazarillo*: alguien superior nos pide cuentas sobre nuestra situación personal poco airosa y respondemos intentando justificarla.

—El costumbrismo en el *Lazarillo de Tormes*.

—La moral del clero en el *Lazarillo*.

—El ambiente familiar de *Lazarillo*: ladrones, fulanas y criados.

—El determinismo social de los desheredados.

—La astucia como único medio de vida: el caso del ciego.

—Religiosidad y caridad en el *Lazarillo*.

—El concepto del honor y el sentido de la honra.

—Perfiles de un escudero áureo.

—Las bulas: explotación de la caridad en los Siglos de Oro.

—Matrimonio por conveniencia y amancebamiento: inmoralidad y supervivencia.

—La discutible cumbre de toda buena fortuna de Lázaro González Pérez.

—Vuestra Merced pregunta: de las intenciones de los poderosos.

—El punto de vista del anónimo autor.

## **2.4. SUGERENCIAS PARA TRABAJOS EN GRUPO**

—Inténtese elaborar una cronología, lo más detallada posible de la época del *Lazarillo*, repartiendo el trabajo de los estudiantes por grandes áreas: historia, sociedad, cultura, arte, literatura, etc., que luego se fundirán en un cuadro global.

—Un grupo de alumnos puede preparar la historia literaria de la primera mitad del XVI, repartíendola por grandes géneros —poesía, prosa y teatro—, que luego se interrelacionarán entre sí y, sobre todo, con el *Lazarillo*.

—La obra se editó por primera vez en 1554, hasta en cuatro sitios a la vez: Burgos, Alcalá, Amberes y Medina del Campo. Si es viable, se puede leer la novelita mientras distintos estudiantes tienen a la vista los cuatro ejemplares para establecer las diferencias textuales que los separan. Luego se decidirá cuál de los textos parece más correcto y fiable.

—Distribúyanse algunas de las obras debidas a la pluma de los autores tenidos como creadores del *Lazarillo* (los Valdés, Sebastián de Horozco, etc.) entre varios estudiantes para que establezcan sus parecidos y defiendan la paternidad del escritor en cuestión.

—Seleccionar unas cuantas novelas picarescas (*Guzmán de Alfarache*, *Buscón*, *Marcos de Obregón*, etc.), de modo que cada alumno identifique en ellas los rasgos de la poética descrita, para poner luego en común los encontrados en cada una y discutir cuáles se cumplen (origen vil, por ejemplo) y cuáles no (caso final, también como ejemplo).

—Repartir la lectura de los cuatro *Lazarillos* áureos (el de Tormes, el de 1555, el de Manzanares y el de Juan de Luna) entre otros tantos estudiantes que luego compararán en grupo las semejanzas y diferencias entre los mismos.

—Buscar entre todos los estudiantes información histórica sobre la vida cotidiana en la primera mitad del XVI para establecer colectivamente los ecos de la misma en las páginas del *Lazarillo*.

—Elegir algunas colecciones de cuentos de los Siglos de Oro (la *Floresta española*, de Melchor de Santa Cruz, por ejemplo) y buscar entre todos cuentecillos comparables con los de nuestra novelita.

—Una vez establecidos tres grupos de trabajo, cada uno de ellos analizará pormenorizadamente la estructura de uno de los tres primeros tratados de la vida de Lázaro, atendiendo a su diseño y organización, para luego compararlos y diferenciarlos entre sí.

—Con ayuda de algún refranero, o repertorio paremiológico de época, pueden

rastrear los ecos del personaje de la obra en el folclore (cabe asignar el trabajo a los estudiantes por bloques alfabéticos: de la *a* a la *c*, de la *d* a la *f*, etc.).

—Elabórense una serie de apéndices para el *Lazarillo* que contengan información de diccionario: glosario de voces de época (con definiciones léxicas), índice de nombres propios (históricos, mitológicos, geográficos, etc.), repertorio de personajes, etc.

## 2.5. TRABAJOS INTERDISCIPLINARES

—Consúltese algún manual o enciclopedia ilustrada sobre la historia, la cultura y el arte del siglo XVI y rastreense motivos renacentistas (arquitectónicos, escultóricos, pictóricos, etc.) de todo tipo relacionables con el mundo lazarllesco.

—En la obra se dan muchos detalles de época relacionados con las viviendas, los vestidos, los precios, etc. Léase la novela atendiendo a esos detalles de cara a elaborar un comentario sobre la intrahistoria que refleja.

—El *Lazarillo* ilustrado: rastreo y comentario sobre la adecuación de las ilustraciones que acompañan a las diferentes ediciones de la obra (puede comenzarse con las que acompañan el inicio de capítulo en alguna de las ediciones príncipe o con las miniaturas de época).

—Márquense sobre un mapa detallado los lugares geográficos mencionados por el narrador en la obra y trácese su itinerario vital, sin dejar de comentar las zonas descritas con mayor detalle.

—Si resultase factible, sería interesante realizar un viaje por la —digamos— «ruta lazariana», asociando los lugares a las escenas contadas en la novelita.

—Como epístola casi hablada que es, el *Lazarillo* puede escenificarse fácilmente, ante la presencia de un supuesto demandante —o Vuestra Merced— y alterando en mayor o menor medida tanto el espíritu como la intención y los contenidos de la respuesta-justificación.

—Convendría ver colectivamente la última adaptación de la obra hecha por

Fernando Fernán Gómez, o cualquier otra adaptación a la televisión o al cine, de modo que luego se comentase en la clase la propiedad con la que se han llevado a cabo.

—Si resulta factible, realícese una grabación de la novelita, procurando modular el tono de voz de acuerdo con las distintas circunstancias vitales que se narran.

—Inténtese ilustrar gráficamente los pasajes más relevantes de la obra, atendiendo a los dibujos o pinturas ya existentes o fijándose en situaciones nuevas, pero procurando siempre captar la intención y sentido del texto.

—Dada su evidente configuración anecdótica, la peripecia vital de Lázaro podría desarrollarse fácilmente en forma de cómic o de tebeo.

## **2.6 BÚSQUEDA BIBLIOGRÁFICA EN INTERNET Y OTROS RECURSOS ELECTRÓNICOS**

—Elaborar una bibliografía, lo más completa posible, sobre la novela picaresca y, en concreto, sobre el *Lazarillo de Tormes*, diferenciando los estudios de conjunto de los particulares y agrupándola en tres grandes bloques: a) ediciones, b) monografías y c) artículos. Puede recurrirse a las bibliografías sobre el género, a las ediciones más difundidas, a las bases de datos de Internet, etc.

—Consúltense las grandes enciclopedias digitales disponibles en CD (Encarta, Micronet, etc.) para rastrear en ellas la información relativa a la época, al género y al *Lazarillo* en sí mismo. Luego se contrastará la información obtenida con la localizable en soporte impreso para discutir las ventajas de una y de otra.

—Si se dispone de copia electrónica de varios ejemplares de la edición príncipe —se pueden digitalizar mediante escáner—, intentar llevar a cabo un cotejo electrónico entre los mismos para establecer listas de variantes y discutir después cuál es el mejor testimonio textual.

—También a partir de una copia electrónica —puede descolgarse de alguna biblioteca de libre acceso de Internet—, podría ensayarse una modernización gráfica del texto mediante la aplicación de sucesivas secuencias de búsqueda y reemplazo (ç

por z, x por j, f— por h—, etc.).

—Rastréense las obras literarias de los autores propuestos como creadores reales del *Lazarillo* recurriendo a cualquier medio bibliográfico.

—Búsquense posibles modelos literarios de la novelita, ya sean epistolares (las *Epístolas familiares*, de Guevara, por ejemplo) o autobiográficos (*El asno de oro*, de Apuleyo, también como muestra) y compárense con el diseño global de la misma.

—Combinando una copia digital y alguna enciclopedia ilustrada, también electrónica, puede elaborarse una edición del *Lazarillo* con ilustraciones que añadan material gráfico (histórico, arquitectónico, pictórico, etc.) a los distintos pasajes de la obra.

—Para terminar, cabría grabar un CD, entre toda la clase, con todos los materiales digitales (textuales, históricos, ilustrativos...) recabados por el grupo de estudiantes.

### 3. COMENTARIO DE TEXTOS

Dada la excepcional brevedad de los capítulos del *Lazarillo* y la magistral trabazón establecida entre sus elementos constitutivos, hemos elegido como objeto de comentario el tratado II entero, pues ocupa un lugar central en la primera terna de los mismos que nos parece especialmente significativo. Atenderemos, sobre todo, al motivo del arca, como eje central del capítulo, desatendiendo, por abusivamente trillados, los aspectos simbolistas.

#### 3.1. EL TEXTO Y SU MARCO

Una vez referidas con todo detalle las circunstancias de su nacimiento, las hazañas de sus viles antecesores y sus peripecias con el primer amo, el ciego, Lázaro de Tormes dedica el capítulo segundo a rememorar sus andanzas al servicio de un clérigo de Maqueda. Se trata de un periodo bastante breve, unos seis meses, en el que el personaje padecerá no pocas «fortunas y adversidades». Tras esa corta estancia en Maqueda, Lázaro pasará a Toledo y entrará al servicio —en el tratado III— de un escudero, todo aires y nada más que aires de grandeza, para proseguir su carrera de padecimientos y su duro aprendizaje. Esto es, cuando el muchacho topa con el clérigo está ya bien adestrado en la escuela de la vida, pero todavía no cuenta con la experiencia suficiente como para adoptar una postura defensiva ante el mundo; sí la tendrá tras «padecer» los malos tratos de este clericucho y la hipocresía del hidalgo.

El capítulo segundo, en consecuencia, desempeña una función ancilar en el bloque mejor trabado de la novela: el formado por los tres primeros tratados. Desde su lugar central, opera como fiel de la balanza de una serie de gradaciones rastreables —según explicamos— a lo largo de los tres primeros capítulos (hambre, malos tratos, despedida, etc.), las cuales se vendrían abajo sin éste su grado intermedio, quedando reducidas a simples dicotomías sin valor organizativo. Así lo declara el mismo pícaro: «Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre, y, dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si éste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?».

Por otro lado, de cara al «caso» final —y ése es el principio rector de todo el libro—, el episodio resulta crucial para justificar la desviación moral del protagonista: de un lado, aprende que ni siquiera los religiosos ejercen la caridad; de otro, percibe que

cuenta únicamente con su industria y maña para alcanzar «buen puerto». Además, como es evidente, el tratado abre la galería de clérigos reprobables que luego se irán sumando a lo largo y ancho del relato, para cargar sobre los muchos de sus pecados la falta de moral imperante en la epístola.

### 3.2. TEMA Y ESTRUCTURA DEL CONTENIDO

Como elemento perteneciente a la primera terna de capítulos, el tratado segundo está presidido por el tema del hambre, respecto al que representa toda una cumbre en la cadena de padecimientos del muchacho: si con el ciego lograba comida, aun a costa de frecuentes «calabazadas», y con el escudero «pasaba» todo lo menos mal que podía pordioseando, en el caso del clérigo ni una ni otra vía quedan abiertas, de modo que se halla en la «cumbre de toda mala fortuna» («vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre»).

Así concebido, este tratado desmembra su asunto central en una serie de intentos desesperados por subsistir, protagonizados por el pícaro, frente a otros tantos encaminados a evitarlo, que realiza el clérigo. El auténtico tema del capítulo, entonces, consiste en la serie de escaramuzas sostenidas por uno y otro miembro de la pareja en torno al arcaz: una especie de enfrentamiento entre las astucias que enseña la madre necesidad y las torpezas que aconseja la madrastra avaricia. No es difícil distinguir las siguientes partes en el planteamiento global:

—Introducción: desde el comienzo hasta que aparece el calderero.

—Enfrentamiento alimenticio: desde el calderero hasta el garrotazo.

—Despedida: desde el garrotazo hasta el final.

La introducción se aprovecha para narrar el cambio de escenario y de patrón («fuime a un lugar que llaman Maqueda, adonde me tropezaron mis pecados con un clérigo»), para suturar el capítulo con el anterior (Lázaro es aceptado por el clérigo merced a que el ciego le enseñó a ayudar a misa) y, sobre todo, para presentar tanto la figura del lacerado clérigo como la penosa vida que el joven lleva en su compañía.

El segundo núcleo, mucho más extenso y elaborado, desarrolla de forma climática el planteamiento inicial: Lázaro lucha denodadamente por salir de su triste

«aflicción», en tanto que el clérigo se desvive por conservar intacto su ruin patrimonio; así, el primero idea, al dictado de su necesidad, una serie de ingeniosas tretas que se corresponden con otros tantos obstáculos arbitrados por su contrincante. Siempre con el arcaz como foco, las acciones de los personajes se escalonan en una secuencia de ofensivas y contraofensivas perfectamente organizada:

—Lázaro consigue una llave y se come un bodigo / el clérigo cuenta los panecillos y se percata de la falta.

—parte un bodigo y desmigaja otros / lo achaca a los ratones y tapa los agujeros con tablas.

—horada el arcaz con un cuchillo para seguir con sus lacerias / clava más tablillas y pone una ratonera.

—sigue ratonando los panes / lo achaca a una culebra y se dispone a cazarla durante la noche.

En fin, la tercera parte funciona como cierre del capítulo —servicio a un amo—, dejando así la vía abierta para enlazar con el escudero y sin dejar de recordar su trabazón con el anterior: «no es posible sino que hayas sido mozo de ciego».

Pero, sin duda alguna, lo más relevante del tratado es la maestría y precisión con la que se gradúan hasta sus más mínimos elementos constitutivos, en progresión casi matemática dependiente del arcaz de marras. Si atendemos a los logros del ratero en detrimento del patrimonio clerical, atenderemos a una minuciosa gradación descendente:

—«tomo entre las manos y dientes *un bodigo*».

—«lo más delicado que yo pude, del partido *partí un poco*».

—«Y comienzo a *desmigajar* el pan...».

E incluso se milimetra la graduación de prevenciones y desvelos por una y otra parte. Las del dómine clerical, por ejemplo, son palpables:

—«Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada quel ángel había llevado».

—«contando y volviendo a contar los panes [...] estuvo un gran rato echando la cuenta».

—«creyó ser ratones...».

—«comenzó a dar a los diablos los ratones...».

—«dábase al diablo, preguntaba a los vecinos...».

—«y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto».

—«andaba tan elevado y levantado del sueño [...] andaba de noche, como digo, hecho trasgo».

—«se llegó a mí con mucha quietud por no ser sentido de la culebra».

### 3.3. ASPECTOS FORMALES

No hará falta precisar que el fragmento elegido participa de las dos tendencias estilísticas, la popular y la culta, nítidamente diferenciables en el conjunto de la novelita. A la primera adscribíamos el *anacoluto* («el mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha, armaré por de dentro a estos ratones malditos»), la *elisión* («grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros»), el *cruce de construcciones* («Mas no quiso mi desdicha..., cerrase la puerta a mi consuelo y la abriese a mis trabajos») y la abundancia de *modismos* («¡tan blanco el ojo!», «en dos credos», «a destajo») o de *refranes* («escapé del trueno y di en el relámpago»). A la segunda, la *aliteración* («moría mala muerte»), la *perífrasis* («el que me mataba del hambre»), la *antítesis* («el día que enterrábamos, yo vivía»), la *paronomasia* («al tercero día me vino la terciana derecha»), o los procedimientos más complicados: *comparación* («como quien toma gragea»), *metáfora* («paraíso panal»), *zeugma* («porque verá la falta [“ausencia”] el que en tanta [“necesidad”] me hace vivir»), etc.

Y, por supuesto, también aquí se agolparán todos esos procedimientos expresivos para crear un entramado contextual tan deslumbrante como endemoniadamente irónico. Pongamos que sea a propósito del tullido arcaz, genialmente personificado aquí para aliarse con las miserias del muchacho en contra de las crueldades clericales:

voyme al triste arcaz, y, por do había mirado tener menos defensa, le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y, como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se

me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca

... ..

—Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal, que si andamos más con él, nos dejará sin guarda; y aun lo peor que, aunque hace poca, todavía hará falta faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha: armaré por de dentro a estos ratones malditos.

Desde luego, se mire por donde se mire, salta a la vista que el anónimo creador de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades* ahorró sólo en el nombre, pero no escatimó en el despilfarro de recursos literarios de toda suerte que terminarían inmortalizando su obra.

# Notas

[1] *Duque de Sessa*: Lope prestó sus servicios a diversos nobles (Alba, Malpica, Lemos...), pero su vinculación más importante fue al duque de Sessa, que le favoreció, pero le exigió no pocas sumisiones. <<

[2] *no hay libro... buena*: es dicho tópico, atribuido por Plinio el Mozo (Cayo Plinio Cecilio Segundo, *Epístolas*, III-10) a su tío Plinio el Viejo. <<

[3] *para*: hace, ocasiona, produce. <<

[4]  *echar a mal*: desechar. <<

[5] *para uno solo*: para uno mismo para sí mismos. <<

[6] *Tulio... artes*: alude a Marco Tulio Cicerón, cuyo «honos alit artes» (*Tusculanas*, I-II—4) alcanzó gran difusión. <<

[7] *es primero del escala*: sube en primer lugar por la escala de asalto. <<

[8] *presentado*: aspirante propuesto para ocupar una dignidad o cargo eclesiástico. <<

[9] *justó*: participó en una *justa* o combate singular entre dos caballeros. <<

[10] *sayetes de armas*: jubón que se ponía debajo de la cota de malla o armadura de cintura para arriba. <<

[11] *truhán*: bufón, chocarrero. <<

[12] *nonada*: nadería, insignificancia. <<

[13] *grosero*: «humilde, ífimo», según pedía la fórmula de modestia. <<

[14] *fortunas*: calamidades, desgracias. <<

[15] *Vuestra Merced*: «Usted»; el destinatario de la carta que le ha pedido cuentas a Lázaro, también por escrito, sobre su situación conyugal, como se explica a continuación. <<

[16] *se conformaran*: se igualasen, se concertaran, se correspondiesen. <<

[17] *caso*: se refiere, como veremos al final de la novelita (Tratado VII), a los rumores suscitados por las relaciones carnales entre su mujer y el Arcipreste. <<

[18] *Fortuna*: es la divinidad clásica, tenida como fuerza ciega y caprichosa, que altera arbitrariamente la suerte de los hombres con el incesante girar de su rueda. <<

[19] *salieron*: llegaron, arribaron. <<

[20] *cúyo hijo fue*: de quién fue hijo, quiénes fueron sus padres. <<

[21] *de Tormes*: sin artículo, porque los nombres de río no lo llevaban. <<

[22] *proveer...*: abastecer de grano... <<

[23] *aceña*: molino de harina movido por la corriente del agua. <<

[24] *sangrías*: sisas, hurtos. <<

[25] *mal*: torpemente. <<

[26] *costales*: sacos de tela, estrechos y alargados, usados para envasar grano o harina.

<<

[27] *confesó y no negó*: parodia irreverentemente a *San Juan* (I-20). <<

[28] *por justicia*: en doble sentido: «mercidamente, como ladrón, por vía judicial» y, a la luz de lo que sigue, «inmercidamente, como mártir, por culpa de la injusticia».

<<

[29] *padeció... bienaventurados*: la burla remite ahora a *San Mateo* (V-10). <<

[30] *cierta armada*: «la de los Gelves», según concreta más abajo. <<

[31] *entre los cuales*: «entre los que fueron», pero también «entre los moros». <<

[32] *acemilero*: el encargado de las mulas o bestias de carga (solían ser moriscos). <<

[33] *feneció*: acabó. <<

[34] *abrigo*: amparo, protección, cobijo. <<

[35] *los buenos*: «los que tienen, los ricos», en contra del sentido moral del refrán: «Allégate a los buenos y serás uno de ellos». <<

[36] *vínose*: se fue, marchóse. <<

[37] *Comendador de la Magdalena*: la parroquia de la Magdalena, en Salamanca, pertenecía a una encomienda de la Orden de Alcántara. <<

[38] *frecuentando*: «relacionándose con los mozos» según lo que sigue. <<

[39] *moreno*: negro. <<

[40] *curaban*: cuidaban. <<

[41] *vinieron en conocimiento*: «se conocieron» y «tuvieron relaciones sexuales». <<

[42] *pesábame con él*: me apesadumbraba con su presencia. <<

[43] *posada*: estancia, alojamiento. <<

[44] *conversación*: trato sexual. <<

[45] *brincaba*: daba saltos con los brazos o sobre las rodillas. <<

[46] *calentar*: arropar. <<

[47] *negro*: maldito. <<

[48] *trebejando*: jugueteando. <<

[49] *vía*: *veía*. <<

[50] ¡*Hideputa!*: «hijo de puta», en sentido literal, y no como simple interjección cariñosa. <<

[51] *bien mochacho*: muy niño. <<

[52] *Zaide*: es nombre morisco («Zayd»). <<

[53] *la mitad por medio*: la cuarta parte. <<

[54] *salvados*: piensos hechos de la cáscara del grano. <<

[55] *almohazas*: rascaderas con dientes de hierro empleadas para cepillar a las bestias.

<<

[56] *hacía pérdidas*: fingía que se habían perdido. <<

[57] *acudía*: socorría, asistía, ayudaba. <<

[58] *No nos maravillemos... a esto*: «No debe extrañarnos que clérigos y frailes roben, unos a los pobres y otros en su convento (*casa*), para sus mancebas (*devotas*) y para socorrer a sus hijos (*para ayuda de otro tanto*), cuando era capaz de hacerlo un esclavo». Esto es: «al igual que el esclavo hurtaba para criar al negrito, los clérigos y frailes roban para conservar el trato carnal con sus amantes y para alimentar a su descendencia». <<

[59] *triste*: desdichado, desgraciado. <<

[60] *azotaron y pringaron*: atormentaron echándole grasa derretida en las llagas causadas por los azotes. <<

[61] *centenario*: cien azotes. <<

[62] *Por no... caldero*: además del sentido del refrán («Por no echarlo todo a perder», «Para evitar males mayores»), aquí se juega con el literal: «Por no ir a la horca, tras el caldero del pringue». <<

[63] *se esforzó*: se animó, sacó fuerzas de flaqueza. <<

[64] *el mesón de la Solana*: ocupaba el sitio donde hoy está el Ayuntamiento de Salamanca. La ironía es evidente, pues el *mesón* era tan mal visto, o peor, que el *molino* o las *caballerizas*. <<

[65] *posar*: hospedarse. <<

[66] *sería para adestralle*: serviría para guiarle (llevarle de la diestra). <<

[67] *buen hombre*: quizá «cornudo». <<

[68] *la de los Gelves*: la ya mencionada «armada contra moros», que puede referirse al intento de conquistar África, llevado a cabo por don García de Toledo, en 1510, con desenlace catastrófico, o bien a la expedición de don Hugo de Moncada, en 1520. <<

[69] *nuevo y viejo*: reciente y anciano. <<

[70] *ansí: así.* <<

[71] *la puente*: era femenino en el XVI. <<

[72] ... *de toro*: porque el que había a la entrada del puente romano salmantino más bien parecía un verraco, como los toros de Guisando. <<

[73] *simplemente*: inocentemente, ingenuamente. <<

[74] *calabazada*: golpe de la cabeza, coscorrón. <<

[75] *avisar*: estar sobre aviso, despabilar. <<

[76] *jerigonza*: jerga o germanía usada por los ciegos. <<

[77] *avisos*: consejos, advertencias, remedios. Recuerda los *Hechos de los apóstoles* (III-6) y los *Salmos* (XXXI-8). <<

[78] *de coro*: de memoria, de carrerilla. <<

[79] *sonable*: armonioso, agradable. <<

[80] *Allende desto*: Además de esto. <<

[81] *pariën*: parían. <<

[82] *Galeno*: Claudio Galeno, el celebrado, junto con Hipócrates y Avicena, médico griego (131—c. 210) que ejerció su profesión en Roma como médico de la Corte. <<

[83] *males de madre*: dolencias o inflamaciones de la matriz. <<

[84] *pasión*: dolor, achaque. <<

[85] *luego*: al instante. <<

[86] *estotro*: esto otro. <<

[87] *cosed*: *coged*. <<

[88] *no vi: vi.* <<

[89] *no me demediaba*: no comía ni siquiera la mitad. <<

[90] *finara*: acabara, matara. <<

[91] *aviso: desvelo.* <<

[92] *contaminaba*: dañaba disimulada y astutamente. <<

[93] *a mi salvo*: sin perjuicio para mí. <<

[94] *fardel de lienzo*: talega o saco de lona. <<

[95] *por contadero*: contándolas una a una, con cuentagotas. <<

[96] *hacerle menos*: quitarle, hurtarle. <<

[97] *laceria*: miseria, mezquindad. <<

[98] *entendiendo en*: ocupándome de, entreteniéndome con. <<

[99] *tiempo... faltaba*: la frase descansa en la terminología del juego de la pelota, donde *rehacer la chaza* vale «volver a jugar la pelota» y *rehacer la falta*, «remediar el error»; por tanto: «oportunidad no para repetir la jugarreta, sino para remediarme de la necesidad en que me tenía». <<

[100] *medias blancas*: monedas de ínfimo valor, pues la *blanca* valía medio maravedí.

<<

[101] *no había... aparejada*: apenas hacía intención el donante de darle la blanca, yo la tenía metida en la boca y preparada la media blanca. <<

[102] *iba... precio*: salía de mi operación financiera reducida a la mitad de su justo valor. <<

[103] *maravedí*: valía el doble que la blanca, y treinta y cuatro equivalían a un *real*. <<

[104] *por cabo del capuz*: de un extremo de la capa. <<

[105] *cabe sí*: junto a él, a su lado. <<

[106] *daba... besos*: bebía un par de tragos. <<

[107] *turóme*: me duró. <<

[108] *a buenas noches*: tanto al ciego como al jarro: «a oscuras, chasqueado», al ciego y «sin gota de vino» a éste y al jarro. <<

[109] *dende*: de ahí. <<

[110] *tío*: es rusticismo por *señor*, para dirigirse a las personas mayores. <<

[111] *otro día*: al día siguiente. <<

[112] *licuor*: licor. <<

[113] *agora*: ahora. <<

[114] *Lázaro...*: se cambia momentáneamente la primera persona narrativa por la tercera. <<

[115] *se guardaba*: se protegía, tenía cuidado. <<

[116] *me desatinó*: me dejó sin tino, me enajenó. <<

[117] *regalaba*: *mimaba*. <<

[118] *tropa*: guarnición u orla de moratones. <<

[119] *ahorraría de mí*: se libraría de mí. <<

[120] *repelándome*: arrancándome el pelo a tirones. <<

[121] *Mirá*: mirad. <<

[122] *de Dios lo habréis*: Dios os lo premiará. <<

[123] *con el... colodrillo*: con el extremo superior del palo de ciego me golpeaba el cogote. <<

[124] *tolondrones*: chichones. <<

[125] *hacíamos San Juan*: «nos despedíamos, nos íbamos», porque era el día en que se solían renovar o romper los contratos. <<

[126] *lugar*: pueblo pequeño, entre *aldea* y *villa*. <<

[127] *Almorox*: en Toledo, junto a San Martín de Valdeiglesias, en el partido judicial de Escalona. <<

[128] *se llegaba*: se acercaba. <<

[129] *valladar*: cercado. <<

[130] *Partillo hemos: lo partiremos.* <<

[131] *fasta*: hasta. <<

[132] *quebraba la postura*: rompía el pacto, no respetaba lo acordado. <<

[133] La edición de Alcalá añade a esta altura del texto el siguiente pasaje:

y callabas], a lo cual yo no respondí.

*Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estábamos, en casa de un zapatero había muchas sogas y otras cosas que de esparto se hacen, y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano, tocó en ellas, y, viendo lo que era, díjome:*

—Anda presto, mochacho, salgamos de entre tan mal manjar, que ahoga sin comerlo.

*Yo, que bien descuidado iba de aquello, miré lo que era, y, como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:*

—Tío, ¿por qué decís eso?

*Respondióme:*

—Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás, y verás cómo digo verdad.

*Y así, pasamos adelante por el mismo portal, y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y, como iba tentando si era allí el mesón adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la Emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:*

—¡Oh mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza ajena, y de cuán pocos tenerte, ni aun oír tu nombre por ninguna vía!

*Como le oí lo que decía, dije:*

—Tío, ¿qué es eso que decís?

—Calla, sobrino, que algún día te dará éste que en la mano tengo alguna mala comida y cena.

—No le comeré yo —dije—, y no me la dará.

—Yo te digo verdad; si no, verlo has, si vives.

*Y así, pasamos adelante, hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me suscedía en él.*

*Era todo lo más que rezaba por mesoneras, y por bodegoneras y turroneas y rameras, y así por semejantes mujercillas, que por hombre casi nunca le vi decir oración. <<*

[134] *el despidiente*: el episodio o caso de la despedida. <<

[135] *Escalona... della*: hasta 1529, el duque de Escalona fue don Diego López Pacheco, marqués de Villena (quizá por eso juega con el término: «villa del») y conde de Santisteban, luego sucedido por su hijo hasta su muerte (1556). Si la referencia es histórica, podría referirse al viejo duque, dado que se rodeó de un círculo de alumbrados entre los que se ha rastreado la autor. <<

[136] *pringadas*: rebanadas de pan untadas con la pringue. <<

[137] *aparejo*: «ocasión», según el refrán que se recuerda a continuación: «El aparejo hace al ladrón». <<

[138] *cabe*: cerca de. <<

[139] *por... olla*: por no servir para el cocido. <<

[140] *Lacerado*: miserable, desgraciado, pobre. <<

[141] *echar*: imputar, achacar. <<

[142] *le: les.* <<

[143] *huelgo*: aliento. <<

[144] *desatentadamente*: sin miramiento alguno, sin tiento. <<

[145] *gulilla*: epiglotis, comienzo de la garganta. <<

[146] *destiempo*: descortesía y desmesura. <<

[147] *cuasi*: casi. <<

[148] *el hecho y golosina*: la fechoría y la longaniza. <<

[149] *vuelto*: devuelto y vomitado. <<

[150] *lo*: la garganta. <<

[151] *discantaba*: comentaba con sorna, bromeaba. <<

[152] *arpado*: arañado. <<

[153] *después acá*: desde entonces. <<

[154] *de todo en todo*: absolutamente, para siempre. <<

[155] *juego*: jugada, jugarreta. <<

[156] *el día*: por el día, durante el día. <<

[157] *mojamos*: *mojábamos*. <<

[158] *más aína*: antes, más rápidamente. <<

[159] *a pie enjuto*: sin mojarnos. <<

[160] *se ensangosta*: se angosta, se estrecha. <<

[161] ¡Sus!: ¡Ánimo!, ¡vamos! <<

[162] *cabo*: lado. <<

[163] ¡Olé!: ¡Oled! <<

[164] ... *Torrijos*: pero Torrijos, pueblo también de Toledo, dista unos 24 kilómetros de Escalona. <<

[165] *ni curé de*: ni me preocupé por. <<

[166] *se asentó*: entró al servicio, bajo asiento o contrato. <<

[167] *Maqueda*: pueblo de Toledo, entre Torrijos y Escalona; el muchacho, en consecuencia, vuelve sobre sus pasos. <<

[168] *me recibió por suyo*: me admitió como criado suyo. <<

[169] *un Alejandro Magno*: «la generosidad misma», pues Alejandro Magno, el celebrado rey de Macedonia (336-323), contaba como arquetipo de liberalidad. <<

[170] *agujeta*: correa o cinta con los extremos metálicos. <<

[171] *paletoque*: capa corta que cubría hasta la cintura, donde se ajustaba a las *calzas* (calzones) mediante la *agujeta*. <<

[172] *bodigo*: bollo de pan ofrendado en las iglesias. <<

[173] *humero*: la parte interior de la campana de la chimenea. <<

[174] *horca*: ristra, serie de cebollas trenzadas por el tallo. <<

[175] *falsopecto*: bolsillo cosido en el forro del sayo a la altura del pecho. <<

[176] *conservas*: frutas endulzadas con azúcar y miel. <<

[177] *ordinario*: gasto diario. <<

[178] ¡*tan blanco el ojo!*: ¡nada! <<

[179] *paso*: en voz baja, entre dientes. <<

[180] *dalle salto*: darle asalto, hurtarle, robarle. <<

[181] *concha*: platillo usado para recoger las ofrendas. <<

[182] *caxco*: casco, cabeza. <<

[183] *azogue*: mercurio. <<

[184] *lacerado*: miserable, avariento. <<

[185] *rezamos*: rezábamos. <<

[186] *saludador*: curandero que sana con la saliva y aliento. <<

[187] *recuesta*: petición, ruego, plegaria. <<

[188] *vezado*: acostumbrado, habituado. <<

[189] *punto*: en sentido musical, por eso el «no sonara» que sigue. <<

[190] *plega*: plazca. <<

[191] *acaso*: de improviso, inesperadamente. <<

[192] *calderero*: quincallero o vendedor y reparador ambulante de cacharros de cocina.

<<

[193] *adobar*: arreglar, reparar. <<

[194] *le haga*: le sirva, le valga a la cerradura. <<

[195] *Cuando... cato*: Cuando menos lo pensaba, inesperadamente. <<

[196] *la cara de Dios*: así se denominaba proverbialmente al pan. <<

[197] *sentida*: notada. <<

[198] *oblada*: ofrenda de pan dada al cura en los funerales. <<

[199] *el ángel*: se refiere al calderero. <<

[200] *en dos credos*: en un santiamén, en un abrir y cerrar de ojos. <<

[201] *dende en adelante*: de allí en adelante, en lo sucesivo. <<

[202] *la terciana derecha*: la fiebre (que repite cada tres días) de lleno. <<

[203] *a deshora*: de improviso, inesperadamente. <<

[204] *secreta*: interior. <<

[205] *de hoy más*: de hoy en adelante. <<

[206] *al pelo... estaba*: al hilo del corte que tenía. <<

[207] *estrecho*: apuro, aprieto, peligro. <<

[208] *aunque... agujeros*: falta algo en los originales, que suele suplirse anteponiendo «de», «con», «tiene», etc. a *pequeños*. <<

[209] *en tanta*: «en tanta falta», pero recogiendo el término no en su acepción anterior («ausencia»), sino con el de «necesidad» (es un zeugma dilógico). <<

[210] *gragea*: confitura muy menuda. <<

[211] *muy... contrahecho*: con mucha propiedad fingido, muy al natural imitado. <<

[212] *do*: donde. <<

[213] *ya cuanto que*: algo, un poco, un tanto. <<

[214] *Mas no... trabajos*: el periodo es tan largo como oscuro, pues parece responder a un cruce de construcciones entre «no quiso» lo que antecede y «sí quiso» lo que sigue. El sentido se aclararía supliendo algún término: «Mas no [lo] quiso mi desdicha..., [sino que] agora...». <<

[215] *donos*: es plural burlesco de *don*. <<

[216] *medra*: mejora. <<

[217] *esgremidor diestro*: esgrimidor experto, que señala sin herir. <<

[218] *ternía*: tendría. <<

[219] *muy quedito*: despacio y sigilosamente. <<

[220] *deyuso*: abajo (antes). <<

[221] *los cuidados... Francia*: puede referirse a las preocupaciones de Francisco I, rey de Francia, preso en Madrid tras la derrota sufrida en Pavía (1525), suponiendo que no se trate de una simple frase proverbial. En esa línea, y dado que a los reyes franceses se les atribuía el don de curar lamparones (tumoraciones en la garganta), habría que entender: «las curas del rey de Francia» (nótese que las opone «al no comer»). <<

[222] *de ellos privilegiada*: con exención de pagarles tributo. <<

[223] *la tela de Penélope*: se refiere a la conocida treta que Penélope, la esposa de Ulises, empleaba para demorar la elección de pretendiente, pues había de desposarse cuando la concluyese y, para evitarlo, destejía de noche lo que tejía durante el día (*Odisea*, II). <<

[224] *ca:* y. <<

[225] *contino*: continuamente. <<

[226] *gato*: ceпо, ratonera. <<

[227] *puesto caso que: aunque.* <<

[228] *a sueño suelto*: a pierna tendida. <<

[229] *elevado y levantado*: desprovisto y falto. <<

[230] ¡*mi fe!*: ¡a fe mía! <<

[231] *trasgo*: duende. <<

[232] *de cañuto*: con la caña hueca, de tubo. <<

[233] *recordarme*: despertarme. <<

[234] *guardas*: dientes o muescas. <<

[235] *vientre de la ballena*: se recuerda burlescamente el conocido pasaje bíblico de Jonás (*Jonás*, II-1 y *San Mateo*, XII-40). <<

[236] *emplastada*: cubierta de *emplastos* o trapos empapados en medicamentos. <<

[237] *ensalmaba*: curaba mediante *ensalmos* (oraciones o conjuros). <<

[238] *acuerdo*: sentido, conocimiento. <<

[239] *eres tuyo y no mío*: eres libre y no estás a mi servicio. <<

[240] *escudero*: hidalgo. <<

[241] *gallofero*: mendrugero, holgazán que vive de la *gallofa* (mendrugos de pan que daban a los pobres en los conventos). <<

[242] *de nuevo*: por primera vez. <<

[243] *crió*: *creó*. <<

[244] *a tendido paso*: de prisa, sin detenerse, de largo. <<

[245] *cabo*: sitio, lado, parte. <<

[246] *dio*: el reloj dio. <<

[247] *iglesia mayor: catedral.* <<

[248] *en junto*: al por mayor. <<

[249] *razonables cámaras*: habitaciones de tamaño aceptable. <<

[250] *cabo della*: junto a ella. <<

[251] *escudillar la olla*: servir la comida, echar el caldo en las *escudillas* o platos. <<

[252] *no... cámara*: no ser de recibo, no ser presentable. <<

[253] *silleta*: silla baja sin respaldo, especie de taburete. <<

[254] *tajo*: tronco ancho usado como taburete. <<

[255] *almorzado*: desayunado. <<

[256] *caer de mi estado*: desmayarme. <<

[257] *fasta*: hasta. <<

[258] *de los de por Dios*: de los obtenidos pordioseando o mendigando. <<

[259] *hubiste*: conseguiste. <<

[260] ¿*Si es*: ¿será..., ¿acaso es... <<

[261] *se comediría*: se brindaría antes de pedírselo. <<

[262] *camareta*: alcoba, habitación pequeña. <<

[263] *párate*: ponte, colócate. <<

[264] *cañizo*: estera de cañas atadas entre sí. <<

[265] *ropa*: tela rellena de lana, colchón. <<

[266] *Aquél*: se refiere al colchón. <<

[267] *enjalma*: ropa, colchón. <<

[268] *entrecuesto*: espinazo. <<

[269] *alfamar*: manta, cobertor. <<

[270] *capean*: roban capas. <<

[271] *hacerlo hemos*: hemos de hacerlo, lo haremos. <<

[272] *tenella*: observarla. <<

[273] *calzas*: calzones muy ajustados, medias gruesas. <<

[274] *jubón*: prenda ajustada que se ponía sobre la camisa. <<

[275] *rifar y encenderse*: rozar y enrojecerse, reñir y enojarse. <<

[276] *libra*: aproximadamente, medio kilo. <<

[277] *le servía de pelillo*: le ayudaba en cosas insignificantes. <<

[278] *de espacio*: pausadamente, sin prisas. <<

[279] *aguamanos*: agua en el *aguamanil* o palangana para lavarse las manos. <<

[280] *talabarte*: tahalí o correa de cuero de la que se colgaba la espada. <<

[281] *marco de oro*: media libra de oro, equivalente a unas 4800 blancas. <<

[282] *Antonio*: espadero famoso, muy celebrado porque forjó la espada de Fernando el Católico. <<

[283] *prestos*: bien templados. <<

[284] *sartal*: rosario. <<

[285] so: «bajo», pero aquí «sobre». <<

[286] *conde de Arcos*: el último conde de Arcos fue don Rodrigo Ponce de León, pero el condado pasó a ducado en 1493, por lo que podría tratarse de una confusión con el conde Claros, bien celebrado en el romancero por sus vestidos. <<

[287] *camarero*: ayudante de cámara, que daba de vestir al señor. <<

[288] ... *el remedio*: es idea muy corriente en la Biblia, y de gran difusión desde antiguo, que circulaba como frase proverbial: «Dios que da la llaga luego da la medicina». <<

[289] *halda*: falda. <<

[290] *alto y bajo*: de arriba abajo. <<

[291] *sin hacer represa*: sin detenerme. <<

[292] *recuesta*: requerimiento amoroso. <<

[293] *rebozadas*: con las caras medio tapadas. <<

[294] *no hacen falta*: no escasean, no faltan. <<

[295] *verano*: primavera. <<

[296] *se lo dé*: en doble sentido: «el refresco [deleite]» y el «almuerzo». <<

[297] *un Macías*: «un perfecto amante», por comparación con el célebre trovador gallego del siglo XIV a quien la leyenda le otorgó desde temprano el título de «enamorado» por antonomasia. <<

[298] *más... Ovidio*: «más desvergüenzas..., más obscenidades...», dado que Publio Ovidio Nasón, el conocido poeta latino, representa la tradición amatoria más erótica y las «rebozadas» son auténticas prostitutas. <<

[299] *enternecido*: apasionado. <<

[300] *con... pago*: con la usual recompensa sexual. <<

[301] *frío de bolsa*: falta de dinero. <<

[302] *instituidas*: enseñadas, expertas. <<

[303] *como... el que era*: «en cuanto se dieron cuenta de su pobreza, lo abandonaron»; aunque, posiblemente: «reservaron sus favores sexuales para quien pudiese pagárselos». <<

[304] *a mi menester*: a mi oficio, a pordiosear. <<

[305] *suficiente*: capaz, aventajado. <<

[306] *ensiladas*: guardadas en el silo, engullidas. <<

[307] *Tripería*: la calle donde se vendían tripas. <<

[308] *uña*: mano. <<

[309] *dó*: de dónde. <<

[310] *no partía*: no apartaba, no quitaba. <<

[311] *comedirme*: anticiparme. <<

[312] *quel*: que el. <<

[313] *ayudase... mío*: remediase su necesidad del fruto de mi esfuerzo. <<

[314] *en las uñas la otra: en las manos la mano de vaca.* <<

[315] *lo había gana*: deseaba de veras el comer. <<

[316] *almodrote*: salsa de aceite, ajos, queso y otros ingredientes. <<

[317] *como es ello*: como eso es verdad. <<

[318] *una cabeza de lobo*: «una excusa para sacar provecho», porque las cabezas de lobo cazadas se iban enseñando por las casas para obtener alguna recompensa. <<

[319] *Contemplaba*: meditaba, reflexionaba. <<

[320] *lo pasase*: comiese lo imprescindible para sobrevivir. <<

[321] *en camisa*: en ropa interior. <<

[322] *al uno... suelta*: al clérigo mediante las ofrendas tras besarle la mano, y al ciego por su habilidad para rezar y decir remedios. <<

[323] *aquéste... mancilla*: a éste es justo tenerle lástima. <<

[324] *fantasía*: altivez, arrogancia. <<

[325] *aunque... lugar*: aunque no tengan ni un céntimo (ni calderilla), no se quitarán el bonete o sombrero (para saludar, descubriéndose ante los superiores en señal de respeto). <<

[326] *vivienda*: forma de vida. <<

[327] *pan*: trigo, cosecha. <<

[328] *extranjeros*: forasteros. <<

[329] *punido*: castigado. <<

[330] *desde a*: de allí a, transcurridos. <<

[331] *las Cuatro Calles*: lugar céntrico, entre la plaza de Zocodover y la catedral, donde se ejecutaban las sentencias dictadas por el Ayuntamiento. <<

[332] *demandar*: mendigar. <<

[333] *mujercillas*: prostitutas. <<

[334] *par de*: junto a, al lado de. <<

[335] *vecindad y conocimiento*: trato y relaciones sexuales. <<

[336] *muy... pasaba*: muy enjuto pasaba mi vida. <<

[337] *lastimado*: lastimoso, desgraciado. <<

[338] *los... tenían*: «los dientes», a fin de aparentar que había comido, según la conocidísima anécdota. <<

[339] *todavía*: continuamente. <<

[340] *real*: valía unos 34 maravedís. <<

[341] *el tesoro de Venecia*: todo el oro del mundo. <<

[342] ¡quebrems... *diablo!*: ¡celebrémoslo, disfrutemos! <<

[343] *desastrada*: carente de estrella, malhadada, maldita. <<

[344] *hendí... gente*: me abrí paso por entre la gente. <<

[345] ¿*Qué has?*: ¿Qué tienes?, ¿qué te pasa? <<

[346] ¿Cómo así?: ¿Cómo es posible? <<

[347] *esforzándome*: animándome. <<

[348] *estada*: permanencia. <<

[349] *su hacienda*: su vida, lo referente a su persona. <<

[350] *no más...* *vecino*: sólo por no descubrirse ante un caballero vecino suyo al saludarle. <<

[351] *en no quitárselo*: al no quitároslo ante él. <<

[352] *os lo quitaba*: se lo quitaba ante vos, se descubriría. <<

[353] *comedirse... mano*: anticiparse en alguna ocasión y hacerlo antes que yo. <<

[354] *cabdal*: caudal. <<

[355] ¡vótote a Dios!: ¡te juro por Dios! <<

[356] *un hidalgo... nada*: porque los hidalgos dependían directamente del rey y no estaban sometidos a ningún tipo de jurisdicción señorial. <<

[357] *deshonré*: afrenté. <<

[358] *oficial*: artesano. <<

[359] *poner... manos*: pegarle, llegar a las manos. <<

[360] *Mantenga... Merced*: era fórmula de saludo usada sólo entre plebeyos y villanos —como dice más abajo—, mientras que el tratamiento cortesano exigía «Beso las manos a Vuestra Merced», de ahí el enojo del hidalgo. <<

[361] *bien criado*: educado, cortés. <<

[362] *quienquiera*: un cualquiera. <<

[363] *de aquí acullá*: por aquí y por allá. <<

[364] *maña*: manera. <<

[365] ¡*Mirá... enhoramala!*: es fórmula recriminatoria. <<

[366] *hombres... arte: plebeyos, gente baja.* <<

[367] *de aquel*: se refiere al saludo, lo mismo que en el «nunca más le» siguiente. <<

[368] *a estar... maravedís*: si estuviesen sin hundir y bien edificadas en la calle de la Costanilla de Valladolid (era calle principal y abundante en vecindario judaico), y no a diez y seis leguas (unos 90 km), donde yo nací, valdrían más de doscientos mil maravedís. <<

[369] *asiento*: contrato, salario. <<

[370] *limitada*: avarienta, mezquina. <<

[371] *malilla*: comodín, criado para todo. <<

[372] *librado en la recámara*: pagado con ropa usada (la *recámara* era la habitación donde se guardaba la ropa). <<

[373] *Par: Por.* <<

[374] *privado*: hombre de confianza. <<

[375] *reílle hía*: le reiría. <<

[376] *en su persona*: en presencia suya. <<

[377] *dar... agudos*: elevar la voz con afectación. <<

[378] *malsinar*: delatar, calumniar. <<

[379] *alcanzaron... alcanzara: elevaron la cuenta... reuniera.* <<

[380] *una... dos*: una moneda de dos castellanos de oro (unos treinta reales). <<

[381] *a estotra puerta*: a esta otra puerta («que ésa no se abre» añadía el refrán). <<

[382] *trueco*: cambio (de la moneda). <<

[383] *alguacil*: era el oficial de la justicia encargado de prender a los delincuentes y llevarlos a la cárcel. <<

[384] *escribano*: acompañaba al *alguacil* como letrado encargado de levantar acta de las primeras diligencias jurídicas. <<

[385] *desembarazada*: vacía. <<

[386] *paños de pared*: tapices. <<

[387] *alhajas de casa*: mobiliario y utensilios. <<

[388] *alzado*: quitado, sacado. <<

[389] *collar*: cuello. <<

[390] *nos entregar*: satisfacernos, resarcirnos. <<

[391] *sus derechos*: sus emolumentos. <<

[392] *porquerón*: era el ayudante del alguacil, encargado de prender físicamente a los delincuentes. <<

[393] *bien se empleaba*: bien empleado le estaba. <<

[394] *señalándose*: mostrándose, manifestándose. <<

[395] *de la Merced*: de la Orden de la Merced, mercedario. <<

[396] *el cuarto*: el cuarto [amo]. <<

[397] *pariente*: porque las *mujercillas* de mala vida habían emparentado sexualmente con él. <<

[398] *del coro*: de cantar las «horas», del recogimiento conventual. <<

[399] *trote*: «ir y venir»; pero, quizá, «ajeteo erótico». <<

[400] *cosillas*: «cosas sin importancia», aunque, dado el contexto, «cosas inconfesables». <<

[401] *salí dél*: lo abandoné, lo dejé. <<

[402] *buldero*: clérigo encargado de predicar y vender las *bulas* (indulgencias papales).

<<

[403] *el quinto*: el quinto [amo]. <<

[404] *echador dellas*: expendedor y vendedor de las bulas. <<

[405] *presentaba*: regalaba, ofrecía como presentes. <<

[406] *cada... verdiñales*: dos peras de las que conservan siempre su verdor a cada uno.

<<

[407] *suficiencia*... capacidad, sabiduría. <<

[408] *gentil... romance*: esmerado y muy correcto castellano. <<

[409] *reverendos*: los que se ordenaban mediante *reverendas* o cartas de recomendación compradas. <<

[410] *un Sancto Tomás: un teólogo.* <<

[411] *la Sagra de Toledo*: región situada al norte de Toledo, cuyo centro comarcal es Illescas. <<

[412] *jugar la colación*: jugarse el aperitivo o el postre. <<

[413] *comisario*: el buldero, como encargado o comisionado de repartir las bulas. <<

[414] *huéspedes*: tanto los hospedados como los posaderos. <<

[415] *cargase*: se apelonase, acudiese en masa. <<

[416] *atrás que*: además de que. <<

[417] *echacuervo*: embelecador, embaucador, embustero. <<

[418] *directe ni indirecte*: directa ni indirectamente, ni remotamente. <<

[419] *dejo... suelo*: depongo mi autoridad y arrojo la vara de alguacil al suelo. <<

[420] *les fue a la mano*: se lo impidió. <<

[421] *puestas las manos*: con las manos juntas para rezar y pedir misericordia. <<

[422] *Señor Dios*: la oración que sigue parafrasea numerosos pasajes bíblicos y litúrgicos: *Salmos*, LXVIII—<sup>2</sup>; *Lucas*, I—<sup>37</sup>; *Mateo*, XXVII—<sup>4</sup>; *Sabiduría*, XI—<sup>24</sup>; *Números*, XVI—<sup>30</sup>, etc. <<

[423] *siete estados*: siete veces la estatura media de un hombre. <<

[424] *cae de su estado*: se desmaya. <<

[425] *puñadas*: puñetazos. <<

[426] *mula falsa*: la que tiene resabios y cocea. <<

[427] *daba... llenas*: «les ocupaba las manos» y «los aporreaba». <<

[428] *planto*: llanto. <<

[429] *no eran parte*: no eran suficientes, no bastaban. <<

[430] *pasión*: sufrimiento. <<

[431] *señaladamente... señalado: prodigiosamente... manifestado.* <<

[432] ... *injurias*: alude a *San Marcos* (XI, <sup>25</sup>). <<

[433] *encomendó*: encargó, mandó. <<

[434] *letanía*: invocación a todos los santos. <<

[435] *se le parecía*: se le veía, le asomaba. <<

[436] ...*arrepentimiento*: recuerda a *Ezequiel*, xxxiii—<sup>11</sup>. <<

[437] *aquel*: a aquel. <<

[438] *fue... acuerdo*: recobró el conocimiento. <<

[439] *nueva*: noticia. <<

[440] *lugares comarcanos: pueblos vecinos.* <<

[441] *ensayo*: engaño, ardid, embeleco. <<

[442] *industriado... industrialoso*: maquinado por el astuto, trazado por el sagaz. <<

[443] Alcalá añade:

*Acaesciónos en otro lugar, el cual no quiero nombrar por su honra, lo siguiente. Y fue que mi amo predicó dos o tres sermones, y dó a Dios la bula tomaban. Visto por el astuto de mi amo lo que pasaba, y que aunque decía se fiaban por un año. <<*

[444] Alcalá añade:

fatigas], *aunque me daba bien de comer, a costa de los curas y otros clérigos do iba a predicar.*<<

[445] *de pintar panderos*: «de adornar panderetas», aunque podría ser malicioso: «en estafar», «en vender mujeres», etc. <<

[446] *púsome en poder*: puso en mi poder, me entregó. <<

[447] *echar*: pregonar, vender. <<

[448] *mi... medida*: era yo quien tasaba el precio de la mercancía y determinaba mis beneficios. <<

[449] y *todo lo demás*: todo lo que pasaba de treinta maravedís. <<

[450] *fustán*: algodón. <<

[451] *un sayo... puerta*: un sayo desgastado, de manga trenzada y abierto a la altura del pecho. <<

[452] *frisada*: de pelo rizado y levantado, cardada. <<

[453] *Cuéllar*: villa de Segovia celebrada por sus espaderos, como el tal Antonio mencionado en el tratado III. <<

[454] *por... justicia*: como ayudante, corchete o porquerón. <<

[455] *retraídos*: fugitivos de la justicia acogidos a sagrado para evitar la acción judicial. <<

[456] *trato*: oficio, contrato. <<

[457] *oficio real*: empleo público. <<

[458] *almonedas*: subastas públicas. <<

[459] *acompañar...*: porque se les paseaba públicamente en procesión. <<

[460]  *echar... a vender*: pregonar... para venderlo. <<

[461] *no... ello*: no se ocupa de ello. <<

[462] *San Salvador*: era iglesia parroquial de Toledo. <<

[463] *casarme con una criada*: los curas solían casar a sus amantes con criados para no levantar sospechas. <<

[464] *servicial*: sirvienta, criada. <<

[465] *cuando... bodigos*: cuando se ofrecían los panecillos, el día de San Marcos (25 de abril). <<

[466] *no sé... sé qué*: la muletilla no puede ser más maliciosa: Lázaro está al tanto y consiente la relación entre su mujer y el arcipreste. <<

[467] Alcalá añade:

*verdad], aunque en este tiempo siempre he tenido alguna sospechuela, y habido algunas malas cenas por esperalla algunas noches hasta las laudes, y aún más; y se me ha venido a la memoria lo que mi amo el ciego me dijo en Escalona, estando asido del cuerno. Aunque, de verdad, siempre pienso que el diablo me lo trae a la memoria por hacerme malcasado, y no le aprovecha.*

<<

[468] *alguno*: algún dicho malicioso o rumor. <<

[469] *entrar... y salir*: en sentido sexual, como cuando lo hacía Zaide en el tratado I.

<<

[470] *parido*: abortado. <<

[471] *tomóse a: púsose a, se echó a, le dio por.* <<

[472] *el caso*: el amancebamiento de la mujer y el arcipreste, a sabiendas de Lázaro, sobre el que había preguntado Vuestra Merced. <<

[473] *me pese*: me apesadumbre. <<

[474] *meter mal*: malmeter, poner a mal. <<

[475] *que es... Toledo*: «que es tan virtuosa mujer como cualquier otra de las que residen dentro de las murallas de Toledo»; esto es: «que no es peor que las demás toledanas (pues todas son ramera)». <<

[476] ... *Cortes*: puede referirse a las Cortes celebradas en Toledo en 1525, tras la batalla de Pavía, o bien a las menos victoriosas de 1538-1539, suponiendo que no se trate de una simple fórmula epistolar más para ironizar sobre las «fortunas y adversidades» del pícaro. <<

[477] Alcalá añade:

fortuna], *de lo que de aquí adelante me suscediere, avisaré a Vuestra Merced.*

<<